

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

SOBRE EL ESTUDIO DE
LITERATURA Y SOCIEDAD

23



Antonio
CHICHARRO

BB Biblioteca de Bolsillo
DIVULGATIVA COLLECTANEA LIMITANEA

Universidad de Granada

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

ANTONIO CHICHARRO

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

SOBRE EL ESTUDIO DE
LITERATURA Y SOCIEDAD

UNIVERSIDAD DE GRANADA

2005

El Corazón Periférico

ANTONIO CHICHARRO

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

SOBRE EL ESTUDIO DE
LITERATURA Y SOCIEDAD

Reservados todos los derechos. Está prohibido reproducir o transmitir esta publicación, total o parcialmente, por cualquier medio, sin la autorización expresa de Editorial Universidad de Granada, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

© ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL CORAZÓN PERIFÉRICO. SOBRE EL ESTUDIO
DE LITERATURA Y SOCIEDAD.
ISBN: 84-338-3633-1. Depósito legal: GR.VI.683-2005.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja, Granada.
Diseño de Cubierta: Rosa María Rodríguez Mérida.
Fotocomposición: Natsa's, S.L. Granada.
Imprenta: Imprenta Comercial Morán, Granada.

UNIVERSIDAD DE GRANADA

2005

Printed in Spain / Impreso en España

ANTONIO CHICHARRO

EL CORAZÓN PERIFÉRICO

SOBRE EL ESTUDIO DE
LITERATURA Y SOCIEDAD

Reservados todos los derechos. Está prohibido reproducir o transmitir esta publicación, total o parcialmente, por cualquier medio, sin la autorización expresa de Editorial Universidad de Granada, bajo las sanciones establecidas en las Leyes.

- © ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO.
- © UNIVERSIDAD DE GRANADA.
EL CORAZÓN PERIFÉRICO, SOBRE EL ESTUDIO
DE LITERATURA Y SOCIEDAD.
ISBN: 84-338-3633-1. Depósito legal: GR./1.685-2005.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja. Granada.
Diseño de Cubierta: Rosa María Rodríguez Mérida.
Fotocomposición: Natale's, S.L. Granada.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain

2005

Impreso en España

*Para José Moratalla, por su probada
amistad y por, sin que lo pretendiera,
el regalo del título.*

Francisco Ayala

*Ella habla de él y en ella es donde se
le aprehende.*

Jacques Lacan

*No cabe duda de que en el fondo de la
naturaleza humana hay un misterioso anhelo
de autodisolución en la colectividad.*

Stefan Zweig

Para José Montaña, por su probada
generosidad y por su siempre
generoso apoyo.

*Reservados todos los derechos. Está prohibido reproducir o transmitir
esta publicación, total o parcialmente, por cualquier medio, sin la
autorización expresa de Editorial Universidad de Granada, bajo las
sanciones establecidas en las Leyes.*

- © ANTONIO CHICHARRO CHAMORRO.
© UNIVERSIDAD DE GRANADA.
EL CORAZÓN PERIFÉRICO, SOBRE EL ESTUDIO
DE LITERATURA Y SOCIEDAD.
ISBN: 84-338-3633-1. Depósito legal: GR/1.685-2005.
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja, Granada.
Diseño de Cubierta: Rosa María Rodríguez Mérida.
Fotocomposición: Naital's, S.L. Granada.
Imprenta: Imprenta Comercial, Motrill, Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

INTR *En efecto, anterior a la conciencia del yo es la conciencia del nosotros, del cual brota la vida y comienza a desplegarse en una dirección humana.*

Francisco Ayala

Ello habla de él y en ello es donde se le aprehende.

Jacques Lacan

No cabe duda de que en el fondo de la naturaleza humana hay un misterioso anhelo de autodisolución en la colectividad.

Stefan Zweig

En efecto, anterior a la conciencia del
yo es la conciencia del nosotros, del cual
brota la vida y comienza a desplegarse en
una dirección humana.

Francisco Ayala

Ello habla de él y en ello es donde se
le oprime.

Jacques Lacan

No cabe duda de que en el fondo de la
naturaleza humana hay un misterioso anhelo
de autoextinción en la colectividad.

Siegfried Freud

INTRODUCCIÓN

El corazón periférico (Sobre el estudio de literatura y sociedad) pretende servir de introducción al estudio de las perspectivas teóricas sociológicas y sociales que nutren los estudios literarios, si bien centrándose en ciertos aspectos epistemológicos y algunas cuestiones de principio. Se deja de lado aquí, pues, el tratamiento histórico de dichas teorías y la exposición panorámica de las mismas que ya fue objeto de mi atención en el artículo "Teoría de la crítica sociológica" (Chicharro, 1994).

En todo caso, no quiero dejar de recordar en estas páginas iniciales, con unos simples trazos verbales por supuesto, ese panorama histórico que seguramente el lector conoce. Así, han de tenerse en cuenta las bases históricas y conceptuales de los estudios sociológicos y sociales de la literatura y, más concretamente, a los precursores dieciochescos del pensamiento histórico y sociológico, así como el que representa la modernidad romántica, con el que se ensaya una nueva comprensión

de la literatura y de la sociedad. Desde este lejano periodo de inicio de la modernidad, se estableció la legitimidad y la necesidad de una integración de los hechos literarios en la historia de las sociedades humanas (Orecchioni, 1970: 48). Sobre estas bases ideológicas de raíz burguesa se desarrollará, como es sabido, la filosofía positivista y el materialismo decimonónico sobre el que se fundará la sociología y los estudios literarios historicistas, además de la poética y crítica real-naturalistas, tan atentas a cumplir una específica función social. Es el periodo en que triunfa el método de la observación, en que alcanza su mayor descrédito el espíritu teológico o ficticio, resulta insuficiente el espíritu metafísico o abstracto y se propicia la construcción del comntiano espíritu positivo o real.

Este racional horizonte materialista dio, como el lector seguramente conoce, un nuevo fruto, el del socialismo científico o materialismo histórico con la aportación decisiva del pensamiento marxista que hoy llamamos clásico, un pensamiento que alimentará el proceso revolucionario bolchevique iniciado en la Rusia zarista de 1917, en el que tan compleja y contradictoriamente continuaron surgiendo ciertos desarrollos teóricos, marxistas, formalistas y de proyección socio-semiótica. El recuerdo, pues, de la herencia recibida del marxismo clásico sobre literatura y arte —entre otros aspectos, el de la condición superestructural del arte, la relación del origen del arte con el trabajo, su carácter cognoscitivo y la función desenajenante de la actividad artística— y la propiamente rusa de los críticos social-realistas que Lenin denominara democráticos y que, iniciadores de la búsqueda del

equivalente social de la obra de arte y contrarios a la neutralidad, apostaron por una estética realista y unos efectos políticos a través de su autorizado discurso crítico, es imprescindible para comprender las originales reflexiones plejanovianas que fundamentaron su teoría del arte y la literatura en el materialismo histórico, aunque el resultado de este esfuerzo reflexivo no pasara de practicar a la postre un determinismo sociogenético de estirpe positivo-materialista. Por otra parte, conviene reconocer la central figura de Lenin en los momentos previos y posteriores a la revolución bolchevique, por ser de obligado estudio como precedente próximo de las reflexiones soviéticas sobre el arte y la literatura, aunque no dejara ningún cuerpo sistemático de reflexiones en este sentido, aportando sólo algunas sueltas consideraciones sobre la literatura como ideología y las cuestiones del partidismo en literatura y del reflejo artístico. En este momento histórico y en esta problemática hunden sus raíces las teorías del realismo socialista —los rasgos de aquel método artístico eran, entre otros: representación verídica de la realidad revolucionaria, la función educadora de la misma, el reflejo de la lucha del mundo capitalista y del socialista, el partidismo comunista en la representación del proceso de la vida, etcétera—, de tan larga vida posterior y amplia proyección hasta los momentos finales de la guerra fría. Y en aquellos momentos surge también, aunque tardara décadas en difundirse y en conocerse, el heterodoxo y fecundo pensamiento de estirpe marxista del círculo de Bajtín que se explica por su relación crítica con el de los jóvenes formalistas rusos y con el de los marxistas ortodoxos del

régimen soviético, un intento de construir una poética social al reconocer el carácter social y la naturaleza ideológica de todo signo lingüístico y al evitar una sociología literaria puramente genética, así como al concebir la literatura en su especificidad ideológica y en su particular funcionamiento histórico-social.

No fueron pocos, por otra parte, los intentos de elaboración de una estética y teoría literaria marxistas que se siguieron, intentos que se orientaron ya hacia el realismo artístico o ya a la teoría crítica del antirrealismo. Aquí he de nombrar el fundamental pensamiento de Lukács en su etapa sociológica y en la abiertamente marxista que darán los frutos, primero, de su sociología de las formas literarias y estudios sobre los géneros y el de su estética y teorías del realismo artístico literario, después, que tan gran repercusión tuvieron ya desde su publicación. Claro que también provocaron polémicas teóricas como la mantenida por Brecht a propósito de su concepto del realismo como realismo dialéctico y no como linealmente social y de su nuevo proyecto de acción teatral. Y no menos polémica levantaron sobre el eje del concepto de realismo los miembros de la Escuela de Frankfurt al sustentar sus teorías acerca de la negatividad y el antirrealismo en el arte —el arte es concebido como expresión de la sociedad y proyección utópica de los anhelos socialmente prohibidos o reprimidos, lo que conlleva la negación estética del realismo literario y la consecuente consideración de las obras de vanguardia—, en la que sobresalen los estudios de Theodor W. Adorno y el pensamiento heterodoxo y fecundamente fragmentario, muy vivo en el día de hoy, de Walter Benjamín.

Además del pensamiento frankfurtiano, cabe nombrar un territorio reflexivo profundamente renovador que se vive en el seno del marxismo al calor de las nuevas condiciones históricas que tienen lugar en Europa a partir de los años sesenta, un territorio, pues, neomarxista y, en dos sentidos, estructuralista. No obstante, en el caso del pensamiento gramsciano, conviene no perder de vista que, aunque éste es anterior en cuanto al momento de su escritura, fue a partir de los sesenta cuando se editó completamente y se dio a conocer con su propósito moral y político de producir, desde su posición marxista renovadora o filosofía de la praxis, una nueva cultura. Galvano della Volpe, también de origen italiano, constituyó en aquellos años uno de los focos de reflexión más genuina y renovadora no sólo sobre estética marxista, al prestar atención sustantiva a los aspectos discursivos con instrumentos lingüísticos, sino también por sus críticas de las ideologías literarias. A esta coyuntura pertenecen también el estructuralismo genético y las teorías de la producción ideológica y literaria, nutriéndose estas últimas del neomarxismo althusseriano. Ambos movimientos teóricos supusieron, desde perspectivas materialistas diferentes, las aportaciones más difundidas y polémicas del llamado marxismo occidental.

Ahora bien, con haber sido las teorías antes nombradas muy divulgadas y, en consecuencia, de amplia difusión y seguimiento, no se agotan aquí las teorías sociológicas y sociales de la literatura. No son pocas las nuevas reflexiones que se sucedieron sobre las instancias de la producción, mediación y recepción de la literatura en el panorama de la teoría literaria

de las últimas décadas del siglo XX. Se trata de unas teorías sociológicas y sociales que, desde diferentes bases conceptuales y problemáticas teóricas, se ocupan del fenómeno literario, privilegiando una u otra instancia del mismo. Así ocurre con la sociología empírica —extrínseca— de la literatura, que se ofrece como auxiliar de la ciencia de la literatura con el estudio de las condiciones de existencia del hecho literario, abordando cuantitativamente el estudio de la producción, distribución y consumo de las obras. También, con las sobresalientes aportaciones, tanto sociológicas como marxistas a este respecto, que nutren lo que podemos llamar una sociología del público y una sociología de la lectura. Pierre Bourdieu es, por citar un caso particular ahora, el sociólogo que ha dado a la luz la aportación más ambiciosa y compleja que desde la sociología se ha ofrecido para el estudio de la literatura en sus aspectos institucionales, esto es, para el estudio de las condiciones sociales de la producción y recepción, no dejando de lado la fundamental dimensión estética de la misma. Finalmente y aunque no se trata de una teoría sociológica ni estrictamente materialista, no puede dejar de recordarse la fenomenología existencial sartreana por cuanto sí se ocupa de los aspectos sociales de la literatura a través de las respuestas a la conocidas preguntas que se formula —“¿Qué es escribir?”, “¿Por qué escribir?” y “¿Para quién escribir?”— y a partir de su reflexión sobre el compromiso.

Tras los largos años vividos en el seno de los estudios literarios de exclusivismo lingüístico-formal o de reductor sociologismo literario o simples lecturas

contenidistas de la literatura, se viene conociendo desde hace unas décadas una convergencia en fundamentales aspectos teóricos de unos estudios que, entre otras numerosas denominaciones, son reconocidos como sociosemióticos. Ahí queda el llamado "postformalismo" sociosemiótico eslavo que, si bien tiene su origen en los años veinte y treinta del pasado siglo en la Europa oriental, comienzan a ser editados, divulgados y traducidos en los años de la renovación teórica en Europa y otras partes del mundo. Ahí quedan la crucial poética social-dialógica promovida por las reflexiones bajtinianas y las pioneras reflexiones semióticas y sociales sobre arte y literatura de Mukarovsky, además de la semiótica de la cultura de la Escuela de Tartu, ésta más próxima a nuestro tiempo presente, que cuenta con asistencias teóricas diversas, formales y no formales. Pero no queda aquí la reflexión sociosemiótica, ya que deben tenerse en cuenta dos movimientos teóricos más por su complejidad teórica, conciencia metodológica y continuas aplicaciones. Se trata de dos perspectivas de estudio que tuvieron su origen en problemáticas teóricas distintas y que ofrecen originales respuestas teóricas a la fundamental cuestión enunciada como literatura y sociedad. Me refiero a la sociocrítica y a las teorías sistémicas. En concreto, la sociocrítica se aproxima a los textos como concreciones históricas o instancias sociodiscursivas indagando su socialidad en la materialidad textual, no interesándose por la realidad referencial, sino por el proceso de transformación que codifica el referente bajo la forma de elementos estructurales y formales, lo que impone un análisis de las mediaciones. Por su parte, las teorías sistémicas

conciben la literatura como un dinámico sistema socio-cultural integrado por múltiples factores, sistema que es fruto de un proceso social complejo que en todo momento incluye factores centrales y periféricos, verbales y no verbales, en dinámica relación de mutación e interdependencia.

Llegamos así en este dibujo verbal a los trazos que representan otras reflexiones teóricas próximas a nosotros, reflexiones que pueden considerarse postmarxistas y estudios que vienen adjetivándose de culturales, sin olvidar los nuevos desarrollos teóricos sobre literatura, política y sociedad. Se trata de teorías radicales y de abierta proyección política que, como las que nutren el postmarxismo o han desembocado en el ancho espacio de los estudios culturales, de los estudios feministas y de los postcoloniales, entre otros, constituyen nuevas formas de intervenir sobre la sociedad con el conocimiento.

Pero, como decía al principio, no son pocas las cuestiones epistemológicas y los aspectos de fundamento que este horizonte de conocimiento de la literatura ofrece a la reflexión, reflexión que no persigue sino introducir al lector más necesitado en territorio reflexivo tan extenso como contradictorio. Pues bien, dicha reflexión se ofrece a través de tres capítulos. El primero es consecuencia de pensar las propias condiciones de la reflexión que se va a iniciar. Para ello, se ofrecen los resultados de una mirada al presente de los estudios literarios y, en él, al fenómeno de la mundialización. El segundo trata de dilucidar el *lugar* que ocupan los estudios sociológicos y sociales de la literatura en el seno de los estudios literarios, pronunciándose acerca

del tipo y validez del conocimiento que los mismos ofrecen del fenómeno literario. Finalmente, el tercer capítulo aborda la sustantiva cuestión del dominio y del objeto de conocimiento de los estudios en cuestión, ensayando un concepto de ese dominio que queda enunciado operativamente con el sintagma 'literatura y sociedad'.

CAPÍTULO PRIMERO

UNA MIRADA AL PRESENTE DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y AL FENÓMENO DE LA MUNDIALIZACIÓN

Mundialización, razón disciplinar y razón histórica.

Nos ha tocado en suerte vivir un tiempo mutante de profunda aceleración histórica en los diversos frentes de nuestra actividad, si bien no hago esta afirmación para subrayar solamente los profundos cambios que se están derivando, por ejemplo, del imparable desarrollo de las nuevas tecnologías digitales, etc., con las importantes consecuencias que en nuestro caso tienen tanto sobre los aspectos mayores y menores de nuestra existencia como sobre el dominio de la literatura y de los estudios literarios¹, esto es, del sistema literaria,

1. No es ocasión ahora de detenernos ni tan siquiera en

Llegamos así en este dibujo verbal a reflexiones que representan otras reflexiones teóricas próximas a nosotros, reflexiones que pueden considerarse postmarxistas y estudios que vienen adjetivándose de culturales, sin olvidar los nuevos desarrollos teóricos sobre literatura, política y sociedad. Se trata de teorías radicales y de abierta proyección política que, como las que nutren el postmarxismo o han desembocado en el ancho espacio de los estudios culturales, de los estudios feministas y de los postcoloniales, entre otros, constituyen nuevas formas de intervenir sobre la sociedad con el conocimiento.

Pero, como decía al principio, no son pocas las cuestiones epistemológicas y los aspectos de fundamento que este horizonte de conocimiento de la literatura ofrece a la reflexión, reflexión que no persigue sino introducir al lector más necesitado en territorio reflexivo tan extenso como contradictorio. Pues bien, dicha reflexión se ofrece a través de tres capítulos. El primero es consecuencia de pensar las propias condiciones de la reflexión que se va a iniciar. Para ello, se ofrecen los resultados de una mirada al presente de los estudios literarios y, en él, al fenómeno de la mundialización. El segundo trata de dilucidar el lugar que ocupan los estudios sociológicos y sociales de la literatura en el seno de los estudios literarios, pronunciándose acerca

CAPÍTULO PRIMERO

UNA MIRADA AL PRESENTE DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y AL FENÓMENO DE LA MUNDIALIZACIÓN

Mundialización, razón disciplinar y razón histórica

Nos ha tocado en suerte vivir un tiempo mutante de profunda aceleración histórica en los diversos frentes de nuestra actividad, si bien no hago esta afirmación para subrayar solamente los profundos cambios que se están derivando, por ejemplo, del imparable desarrollo de las nuevas tecnologías digitales, etc., con las importantes consecuencias que en nuestro caso tienen tanto sobre los aspectos mayores y menores de nuestra existencia como sobre el dominio de la literatura y de los estudios literarios¹, esto es, del sistema literatura,

1. No es ocasión ahora de detenernos ni tan siquiera en

sino que formulo esta afirmación para señalar sobre todo la existencia de nuevas prácticas, ideologías, formas y problemáticas históricas que inciden con el valor y proyección que fueren sobre las acciones y los planteamientos que podamos efectuar acerca de nuestro propio presente. En efecto, el complejo mundo que habitamos, que ensaya nuevos rostros del mundializado capitalismo postindustrial y consolida el espacio digital o ciberespacio, nos exige un continuado esfuerzo de adaptación a las nuevas condiciones sociales de orden

CAPÍTULO PRIMERO

una simple enumeración de los cambios que se están produciendo al respecto y de los que comienza a haber una clara conciencia, aunque algunos tengan sus precedentes históricos, tal como ha planteado con sagacidad Ricardo Senabre en un informado estudio de claro interés sociológico como es el titulado “La novela, entre dos siglos” (Senabre, 2000). Téngase en cuenta además, entre otros, los trabajos de Delany y Landow (1991), Landow (1992 y 1994, como editor), Talens (1994), Marcos Marín (1994) y Romera Castillo (ed.) (1997), Hillis Miller (1999), Martínez Fernández (2001: 193-196), Pulido Tirado (2002; 2003), Borrás (2002), Aguirre Romero (2002), Salas Romo (2002) y Sánchez-Mesa Martínez (2004), aparte de algunos que se expusieron en el VIII Congreso Internacional de la AES y que fueron recogidos en Antonio Sánchez Trigueros, M.^a Ángeles Grande Rosales y M.^a José Sánchez Montes (eds.), *Miradas y voces de fin de siglo. Actas del VIII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica (Granada, 15-18 de diciembre de 1998)*, Granada, Asociación Española de Semiótica, 2000. Me refiero a los de Domingo Sánchez-Mesa Martínez, Fernando Contreras, Helena Hidalgo Robleda, Caridad Posada y Claudia Rausell Köster, quienes abordan cuestiones relativas a la cibercultura, la transformación del individuo en la sociedad de la información, la semiosis literaria en el hipertexto, el espacio textual de la actividad ciberdiscursiva o la revolución epistemológica en la red, respectivamente.

científico y técnico, en lo que tanto tiene que ver la conversión de la ciencia en *tecnociencia* (Rioja, 2002: 35), y nos obliga a reflexionar sobre el mismo. Por esta razón, resulta imprescindible pensar el presente² y su siempre abierta posibilidad (Cerezo, 2003: 20) antes de introducirnos en algunos aspectos epistemológicos y cuestiones de principio de ese dispar y no pocas veces tachado de periférico, obviamente en su peor sentido, conjunto de saberes agrupados bajo la genérica denominación de sociología de la literatura. Así pues, se hace necesario tomar conciencia de nuestra situación y, en lo posible, acceder a la comprensión de las líneas de fuerza que conforman nuestro tiempo. Esta operación resulta imprescindible, como digo, a la hora de efectuar una reflexión sobre aspectos de fundamento de la sociología de la literatura. El conocimiento así entendido es, como ya había razonado Francisco Ayala precisamente en el prólogo de su *Tratado de sociología*, una operación del vivir al igual que la materia del conocimiento sociológico es materia de la vida (Ayala, 1947), lo que justifica que nuestro importante escritor granadino construyera su famoso tratado desde una concepción de la sociología como ciencia de la crisis. Así se explica

2. No se olvide que, como ya planteara Uspenski en un conocido artículo aparecido en 1993, para que haya historia ha de haber una semiotización de la realidad, esto es, una conversión del no-signo en signo, de la no-historia en historia, es decir, ha de haber *conciencia* de la historia, lo que supone una semiosis, esto es, se impone reflexionar sobre los acontecimientos de nuestro tiempo estableciendo relaciones de causa-efecto y salir así del tiempo habitual o mitológico (cf. Chicharro, 2004).

que razón disciplinar y razón histórica, por decirlo de este modo, se imbricaran en su extenso estudio teórico como un modo de construir un tratado de sociología que atendiera a las necesidades cognoscitivas del agudo momento histórico en que lo escribe, el posterior a la Segunda Guerra Mundial, con un propósito finalmente práxico³. Todo su esfuerzo reflexivo está, pues, destinado a actuar responsablemente sobre ese momento especialmente crítico que contó con la insoportable herencia de decenas de millones de seres humanos muertos por hecho de guerra, la negra rúbrica de un nuevo fracaso de la humana razón o, por decirlo con otras palabras, la evidencia de unas agudas contradicciones en el juego de intereses del capitalismo entre naciones-estados. De ahí que concluya su prólogo afirmando lo siguiente:

Vivimos un momento en que una percepción adecuada de la situación de conjunto puede ser

3. En definitiva, Ayala continuaba el camino abierto por la disciplina en sus orígenes: "La disciplina sociológica aparece como una ciencia destinada a proporcionar un conocimiento de la realidad social en un momento histórico en que la estructura de esa realidad estaba sufriendo serios trastornos; y ello, con vistas a eliminar dichos trastornos mediante la deliberada actuación sobre unas condiciones que solo previa averiguación de sus términos exactos podrían ser modificadas" (Ayala, 1961²: XII). La sociología —también el socialismo científico que representara el marxismo decimonónico, si bien no partiendo de categorías humanas sino históricas— es un fruto de la inteligencia que trata de constituirse en práctica de conformación humana del mundo (Moya, 1970), aunque todos sabemos que en ese adjetivo se enmascara la burguesía, ya hegemónica, y sus intereses, en lo que insistiré posteriormente en el texto.

cuestión de vida o muerte; nuestra generación afronta probablemente las circunstancias más difíciles que jamás se hayan dado en el curso de la Historia universal; unas circunstancias que, echando sobre sus hombros responsabilidades sin precedente, le plantean tareas para cuyo cumplimiento se requiere esfuerzo ciclópeo, aliado a la más sutil perspicacia. Al llamar la atención por el camino del conocimiento de la realidad histórico-social como aquí se intenta, quiere servirse en algún modo el imperativo de nuestra época. (Ayala, 1961²: XXIII-XXIV).

Pues bien, una vez argumentada lo que no deja de ser una necesidad obvia, voy a exponer sucintamente algunas consideraciones sobre los vectores que conforman nuestro presente, haciendo referencia, como no puede ser de otro modo, en lo que concierne a los estudios literarios, al superior marco *velis nolis* de nuestra disciplina, según razonaré en el apartado siguiente.

Desde las últimas décadas del pasado siglo XX y hasta hoy estamos asistiendo a una serie de importantes cambios sociales que, atravesándolo, van más allá de nuestro inmediato medio social. Las palabras que venimos usando para nombrar esa serie de cambios no son otras que las de 'globalización' o 'mundalización'. Con estas etiquetas verbales tratamos de reconocer el

proceso dominante en torno al cual se ordena la mayor parte de las transformaciones del mundo contemporáneo, en todas sus esferas de actividad, tanto materiales como culturales. Dicho proceso apareció a los comienzos de los años ochenta (con

raíces naturalmente más antiguas) y no ha dejado de acelerarse después. Obtiene su fuerza en la convergencia de sus diversos resortes o procesos constitutivos (económicos, políticos, culturales) y conduce al alumbramiento de una nueva sociedad “postmoderna” de caracteres radicalmente nuevos. (Bois, 2003b: 3).

Queda claro que, según el análisis de este fenómeno efectuado por el historiador Guy Bois —otros estudios de interés que abordan desde diferentes perspectivas este fenómeno son los de Beck (1998), Vázquez Medel (1999) y G. de la Dehesa (2000), por citar sólo algunos de ellos—, este proceso constituye —hablo descriptivamente— el nuevo marco en el que se inscriben los problemas de nuestro tiempo. También, como no podía ser de otro modo, en dicho marco alcanza su sentido la problemática actual propia del pensamiento literario. Pues bien, Guy Bois trata de elucidar el fenómeno histórico de la mundialización, evitando en todo momento caer en la red de araña de los tópicos derivados de la ideología mundialista —los tópicos que la dan como fenómeno socialmente neutro e ineluctable efecto de la modernidad, por ejemplo—, de una manera compleja y coherente sin dejar de poner en estrecha relación las facetas o aspectos en que este fenómeno se manifiesta. Esto le permite analizar integradoramente los ámbitos económicos, estratégico, político y propiamente ideológico del fenómeno en cuestión, sin limitarlo a la consideración aislada de alguna de sus facetas —la económico-tecnológica, en particular— como tan frecuentemente se hace. Dicho en

pocas palabras, lo que caracteriza al proceso histórico de la mundialización en el dominio económico es la mutación estructural del capitalismo al subordinarse la esfera económica a la financiera, imponiéndose la lógica de un rendimiento financiero máximo, de una libre circulación del capital mundializado, de un control sobre las economías nacionales. La consecuencia más importante obtenida a partir de aquí no es otra que “el desarrollo sin precedentes de las desigualdades sociales tanto entre países ricos y países pobres como en el seno de ambos” (Bois, 2003b: 3). La consecuencia principal en el ámbito estratégico es el establecimiento de la hiperpotencia americana en todos los frentes (económico, cultural, militar, informativo, etcétera), con la estela de intervenciones militares, etc. y el establecimiento de un nuevo orden mundial. En cuanto al ámbito político, Bois señala que la mundialización conlleva la desustanciación de la democracia —la crisis de la política de partidos, papel creciente del dinero en la vida política, cuestionamiento de alternativa real entre derecha e izquierda, papel dirigente de los medios de comunicación, conversión del ciudadano en consumidor y mero espectador, etcétera— (Bois, 2003b: 4). Por último y en relación con el factor expresamente ideológico, la mundialización ha supuesto el otorgamiento de un poder hasta ahora desconocido a la información —la información, el saber, la ideología son ahora directamente productivos (cf. Rodríguez, 2002: 650)—, el cultivo irracionalista del escepticismo y del relativismo, abandono de lo social y olvido de las herencias históricas, desarrollo dogmático de la ideología política y del pensamiento único. También,

la práctica de un sistema de valores de inspiración “liberal-libertario”, con su aspecto bifronte de radicalismo simbólico en las costumbres y exaltación del individualismo. Bois extrae de su análisis integral del fenómeno de la mundialización la conclusión final de que tal proceso representa

un trágico atolladero histórico: no sólo la ruina de una gran parte del mundo, sino también una disolución del lazo cívico y social, la postración del pensamiento en una especie de consenso bochornoso, por no hablar de amenaza sobre la paz. (Bois, 2003b: 4).

Este certero y contundente análisis, del que me auxilio, de nuestra globalizada situación histórica, no hace sino demostrar la necesidad de operar desde el ámbito de nuestra disciplina con la ayaliana conciencia de trabajar en el ancho y plural dominio de una ciencia de la crisis, haciendo una la razón disciplinar y la razón histórica, lo que equivale a reconocer la dimensión más que responsable de la misma o su final capacidad crítica, esto es, lo que equivale a reconocer su radicalidad histórica. Por este motivo, no podemos segregar nuestras reflexiones introductorias de una tan mínima como realista conciencia de lo que pueda suponer este proceso histórico globalizado, proceso en el que tanto quedan subrayadas con trazo grueso las bondades tecnológicas a nuestro alcance, sin duda existentes, y parece satisfacerse la muy extendida aspiración de universalidad como se disimula con los más diversos barnices lo que a la postre está derivando en un nuevo fracaso de la

razón en los ámbitos económico, político y cultural, lo que justifica críticas y reflexiones alternativas (cf. Beck, 1998). No podemos, pues, reflexionar sobre los aspectos de fundamento de nuestra disciplina, evitando sostener nuestra mirada sobre el turbio espejo de nuestro tiempo. No olvidemos —ahí reside una de sus principales dificultades epistemológicas— que los estudios sociales y sociológicos, sin adjetivos en este momento, centran su atención en la materia de la vida social, de la que formamos parte. Tampoco debemos ignorar que la epistemología se mueve a la postre en un espacio de valores —no solamente se ocupa del estudio de la estructura lógica y principios básicos y operativos de las teorías, sino también de su validez y aplicabilidad, etcétera— y que cualquier aproximación histórica se hace siempre en función de un tiempo presente. No otra cosa intenta hacer expresamente Pedro Cerezo en su último libro al ocuparse de la crisis finisecular del siglo XIX: apropiarse del pasado de modo que tal apropiación redunde en una más fina autocomprensión de nosotros mismos (Cerezo, 2003: 19). Por esta razón, ya dejé escrito en el artículo “Atreverse a aprender y a enseñar Teoría de la Literatura” que el cultivo de la razón histórica no sólo es una manera de limitar y controlar el fantasma del irracionalismo y el de la lineal credulidad en el pasado cultural literario de determinadas sociedades, sino que al mismo tiempo constituye un eficaz medio de entender la génesis y funcionamiento históricos de una determinada cultura social literaria y de procurar un sentido crítico acerca de la tradición literaria actuante en un determinado medio social. Aquí radica la

practicidad de las disciplinas históricas⁴ en general y alcanza plena justificación curricular el cultivo de las mismas (Chicharro, 2002). De ahí que la disciplina de la que nos ocupamos deba ser tratada tanto desde una perspectiva teórico-sistemática como teórico-histórica. De cualquier modo, lo que no podemos es separar teoría e historia ni pensar que es posible una teoría sin historia. En consecuencia, una historia de la sociología de la literatura debe ser resultado de una mirada teórico-histórica que vaya más allá de la simple notación de esa clase de realidad, la del pensamiento sociológico y social de la literatura. Así, empleando por ejemplo el instrumental de la teoría, sin apuntar a ninguna concreta en este instante, una disciplina como la nuestra considerará esa clase de fenómenos en la complejidad de su individualidad histórica, yendo más allá de sus descripciones, esto es, preguntándose teóricamente por ellos y por el sentido de sus *crystalizaciones* discursivas. No hay, pues, historia sin teoría. Tampoco, teoría sin historia, lo que afecta no sólo a las llamadas ciencias humanas, sino también al resto de las ciencias, independientemente del grado de alienación y neutralidad histórica de que puedan hacer gala. En este sentido, el siguiente razonamiento de Carmen Bobes Naves referido a los estudios literarios en general es muy claro:

4. En todo caso, no debemos olvidar la originaria función práctica que desempeñaron las disciplinas históricas, y en particular la historia literaria, en el siglo XIX: la colaboración en los procesos de legitimación de estructuras político-sociales de raíz burguesa, como es de sobra conocido.

Puede decirse que a lo largo de la historia del pensamiento literario lo único constante es el cambio, exigido o reclamado por la aparición de temas no previstos desde perspectivas anteriores. De aquí deducimos que la ciencia es *ontológicamente* histórica, es decir, no es algo que se vaya manifestando en la historia, sino que tiene su propio ser, su razón de ser y su desarrollo en la historia. (Bobes Naves *et alii*, 1995: 11).

Así pues, no hay teoría sin historia ni historia sin teoría, tal como podemos deducir de la lectura de estudios como el de Juan Carlos Rodríguez *Teoría e historia de la producción ideológica: 1. Las primeras literaturas burguesas*, donde dicho título es justificado con las siguientes palabras:

Título resbaladizo —dice— por excesivamente ambicioso en apariencia, pero que en absoluto pretende ser globalmente abarcador de esa serie de problemas, sino que más bien ha sido elegido como índice del sentido concreto que pretende tener nuestro proyecto: no hay «historia» sin «teoría» y no hay «teoría» sin «historia». (Rodríguez, 1974: 26).

Luego concluye rechazando la posibilidad de delimitar esos dos momentos, ya que siempre habrá que partir de su fusión efectiva para lograr el análisis concreto de cada situación. Algo similar afirma con rotundidad Jameson (1981: 14) cuando se apresta a defender el carácter praxiológico de su trabajo, avisando de la necesidad de que no se separe el modelo teórico-

interpretativo de su aplicación, con objeto de que se comprenda en sus últimas consecuencias y no se aísle ni privilegie académicamente la teoría frente a la historia, ni se conciban incompatibles, por lo que termina afirmando la existencia de una vía teórica que en su caso las trasciende a ambas: el marxismo, que afirma en la forma de la dialéctica una primacía de la teoría que es a un mismo tiempo un reconocimiento de la primacía de la Historia (con mayúscula) misma (Jameson, 1981: 14).

Pero es más, la comprensión de nuestro presente resulta indisociable del cultivo de la memoria histórica. Así, desde que disponemos de la teoría de la relatividad sabemos que no existe una entidad llamada movimiento absoluto, es decir, sin referencia a nada. En este sentido, podemos afirmar que no hay presente ni pasado ni futuro absolutos. La relación que pueda existir entre esos tiempos nos comprenderá a nosotros. Cabe afirmar en consecuencia la obviedad de que el pasado, el presente y el futuro son relativos espacio-temporalmente. El abierto reconocimiento, pues, no sólo del factor constructor del presente que es la memoria histórica, sino también de la existencia de un punto de vista en toda operación de conocimiento, supone relativizar antes que universalizar la “verdad”⁵

5. En la construcción de conocimientos se opera con la idea de verdad. Aunque no podemos despachar en una nota tan grave cuestión, conviene apuntar que el sentido de esta palabra cambia radicalmente si se atribuye el criterio de verdad a la realidad o al conocimiento. En todo caso, la verdad científica es una verdad relativa y condicionada por el mismo proceso de conocimiento (cf. González de Ávila, 1997: 47).

y aceptar, además de que se opera inevitablemente sobre un corpus delimitado en un área concreta,

el principio de que la mirada del investigador sobre su objeto está temporal, espacial, social y subjetivamente circunscrita: no hay atalaya científica panóptica concebible más que en el delirio de una autoridad epistémica absoluta. (González de Ávila, 1997: 41).

En todo caso, disponemos, además de la memoria de la experiencia histórica, de un arsenal interdisciplinar de conocimientos y de instrumentos de pensamiento con los que asentarnos en un espacio paradójico, heterogéneo y mutante como el que nos ha tocado vivir, un espacio en el que, como consecuencia positiva del debate de la posmodernidad, lucen sus fracturas las otrora aceptadas universalidades, lo que no elimina la existencia de conocimientos supraculturales (cf. Fernández-Rañada, 2002), en el que se relativizan en efecto las objetividades, en el que se critica con fundamento la ideología del progreso y de su perfectibilidad y linealidad históricas, en el que se debate sobre las humanidades y la sociedad tecnificada, la era digital a que nos venimos refiriendo, un nuevo ámbito de acción social de incalculables consecuencias y de inmensas posibilidades de cuya dimensión cultural —dimensión cultural productiva— cabe poca duda⁶, un tiempo en

6. Manuel Castells lo ha estudiado con claro fundamento en “La dimensión cultural de internet”, donde reflexiona sobre cómo la dimensión cultural es decisiva en la producción y las formas

el que se piensa sobre nuevas formas de identidad y diferencia desde la bisagra chirriante del pensamiento de la modernidad y de la posmodernidad que alimenta un radicalismo crítico y un estado de permanente sospecha. En cualquier caso, téngase presente que, como afirma Manuel Cruz a propósito de ese ya largo debate, “la categoría de superación crítica es constitutiva de la modernidad” (Cruz, 2002: 421).

No cabe añadir a la exposición de esos efectos globales ni siquiera un resumen argumentado de las posiciones manifestadas en tal debate. Baste saber que la discusión posmoderna es un fenómeno de muchas caras, en las que cuenta y no poco la novedosa cara propiamente mediático-mercantil del mismo, que afecta no sólo al modelo de ciencia físico-natural y a las más diversas disciplinas del saber, sino también a las prácticas y actividades propiamente artísticas y, descriptivamente hablando, a otras prácticas culturales⁷.

de las tecnologías digitales apuntando cuatro “capas culturales” de Internet: la universitaria, la de los *hackers* o intrusos, la de las formas culturales alternativas y la empresarial.

7. Ni que decir tiene que las actividades artísticas, literarias y científicas son actividades culturales hasta el punto de que no son pocos los que entienden por cultura sólo el conjunto de obras y actividades intelectuales y, muy especialmente, artísticas. Pero, claro, por cultura cabe entender algo más, tal como lo ha expuesto en clara síntesis Antonio Méndez Rubio: “En la tradición teórica moderna, consolidada a lo largo del siglo XVIII, se han distinguido con cierta claridad al menos dos definiciones fundantes del término *cultura*. De un lado, una que entiende por *cultura* el nivel más alto de calidad estética e intelectual, según criterios universales y constantes. De otro, una acepción de raíz antropológica, más global,

En todo caso, la plural discusión gira en torno a las consecuencias de la quiebra del concepto de razón, concepto central de la modernidad —burguesa— y, desde el periodo ilustrado, agente de construcción del mundo (Saldaña, 1998: 578), un modelo que según expone Mario Bunge en *La sociología y la filosofía* se resume en los siguientes rasgos que la burguesía revolucionaria europea u occidental volvería hoy, si pudiera, a suscribir: confianza en la razón; rechazo del mito y de la superstición; libre investigación y secularismo; naturalismo en cuanto opuesto a sobre-

que arrancarían de Herder y hablaría, según criterios históricos, de toda actividad o valor en sociedades o grupos determinados. Siguiendo a Raymond Williams (1968: 19-21), el concepto pasó, sorprendentemente, de significar el cuidado del desarrollo natural y la educación del hombre a representar una cosa en sí, un estado y condición mental o conjunto de actividades intelectuales, hasta llegar a implicar formas enteras de vida. Acompañando el conjunto de transformaciones que trajo consigo, en Europa, la llegada de la revolución industrial, la idea de *cultura* no constituye sólo una reacción mecánica al nuevo industrialismo sino que destapa, abre un terreno de acción y reflexión preñado de potencialidades críticas a la hora de comprender los nuevos modos de relación personal y social, sus formas y alternativas, las distintas posibilidades de situarse ante y desde ellos. Desde esta última acepción más amplia de la noción de *cultura* es posible, entonces, discernir en ella dimensiones tanto prácticas como imaginarias. O mejor: el lugar inestable de su encuentro. Encrucijada: campo abierto de articulación y dispersión de discursos y prácticas que, materialmente, condiciona y es condicionado por cada entramado social concreto. Según diferentes grados de coherencia o de conflicto, en cualquier caso, cultura y sociedad resultan inseparables en tanto procesos históricos que se influyen y se dan de forma recíproca” (Méndez Rubio, 1997: 208-209).

naturalismo; adopción del enfoque científico para el estudio de la naturaleza y de la sociedad; utilitarismo en cuanto opuesto a la moral religiosa; respeto por la praxis; modernismo y progresismo, entendiendo por tal el menosprecio del pasado y la confianza en el futuro; individualismo, libertarismo, igualitarismo y democracia política; universalismo y cosmopolitismo (derechos humanos y educación generalizada, por ejemplo) (Bunge *apud* Rioja, 2002: 33-34). De todos modos, este ajuste de cuentas de raíz posmoderna —Bunge lo ha caracterizado así: desconfianza en la razón y en particular en la ciencia; subjetivismo o la doctrina de que el mundo es nuestra representación; relativismo o la negación de valores universales; obsesión por el símbolo, el mito, la metáfora o la retórica; y pesimismo o la negación de la posibilidad de progreso, sobre todo en lo referente al conocimiento científico (Bunge *apud* Rioja, 2002: 34)— no es cosa sólo de hoy, sino que es deudor del diálogo crítico que el pensamiento del siglo XX ha venido manteniendo con la herencia del proyecto ilustrado (Cruz, 2002: 413), máxime cuando ese proyecto ha defraudado las expectativas puestas en él ya por el abandono de sus ideales —en realidad, por su desenmascaramiento— ya por el empleo de una razón instrumental y utilitarista puesta al servicio de la legitimación de la sociedad capitalista. Por esta razón, independientemente de que resulten más o menos radicales en sus posiciones y análisis, los teóricos posmodernos no dejan de mantener estrechas relaciones con Heidegger, Benjamin, Adorno y Horkeimer, así como con quienes pusieron su inteligencia al servicio de un análisis crítico de la

modernidad desde los comienzos de la misma: desde Hegel a Nietzsche pasando, muy especialmente, por Marx. Por esta razón, es mejor usar esa imagen de bisagra chirriante cuando hablamos del pensamiento de la modernidad y de la posmodernidad que hacerlo de dos movimientos sucesivos y alternativos, de igual modo que ocurriera con el estructuralismo y el postestructuralismo. Así el prefijo de esa palabra compuesta apunta más a una discusión de tipos y límites de conocimiento que a una lineal sucesión temporal —y sustitución o absorción— en el programa del saber. Por esta razón, no son pocos los que afirman que tal movimiento no debe interpretarse como rechazo indiscriminado de la modernidad. Es más, en lo que concierne al dominio de las prácticas estéticas, Adolfo Sánchez Vázquez considera que en realidad no existe alternativa posmoderna a la modernidad:

¿Qué queda, entonces, de la alternativa postmoderna en el terreno estético? Con la recuperación de elementos estilísticos del pasado, sin renunciar a la fe moderna en la tecnología y a la exaltación del mercado, lo que tenemos no es una alternativa a la modernidad, sino a una forma histórica de ella: la radical de la vanguardia. La tentativa postmoderna puede ser aceptada en el marco moderno tardocapitalista, que ha hecho imposible la vida a la vanguardia, en la medida en que, bien aceptada, se ajusta a él. Al liberar el arte de toda carga emancipatoria, reavivar el pasado y distanciarse nuevamente de la vida, el postmodernismo viene a remachar los clavos de la integración en el sistema, y, en este sentido, sería una nueva versión

de la modernidad estética con la particularidad de que asume su integración económica e ideológica en el sistema sin la nostalgia vanguardista de la rebeldía perdida en los tiempos heroicos. (Sánchez Vázquez, 1993: 69).

Esto nos lleva, como he señalado en el anterior párrafo, a operar con no pocos de sus fundados planteamientos. En cualquier caso, si la modernidad ha entrado en crisis, el proyecto de emancipación que ella inaugurara no está agotado a pesar del radicalismo mostrado al respecto por Lyotard, tal como ha señalado Saldaña (1994-1995: 354), quien sitúa la crisis sobre todo en:

la propia capacidad de enjuiciamiento crítico que alimentó desde sus inicios la modernidad, diluida ahora en muchos sectores en las aguas confusas y acrílicas del relativismo. De esta manera, gran parte de las teorías críticas que, surgidas de la razón ilustrada, se dedicaron a poner en entredicho la cultura adocenada y burguesa aliada del sistema económico capitalista, han sucumbido ante el mismo becerro de oro que trataban de derribar, al que han acabado adorando. (Saldaña, 1994-1995: 354).

Estado de comprensión, tiempo presente y experiencia del sinsentido

Lo expuesto justifica que me detuviera a señalar en un texto de vocación introductorio incluido en el libro *Sociología de la literatura*, dirigido por Antonio Sánchez Trigueros (1996), lo que entendía por estado

de comprensión que compartíamos quienes contribuimos en dicha publicación, un estado de comprensión caracterizado por un rechazo del cientificismo que había asolado los estudios literarios desde la modernidad decimonónica hasta los años ochenta del siglo XX y una clara conciencia de la extrema complejidad del dominio de conocimiento que es la realidad social que llamamos literatura que no se agota con una u otra explicación teórica. La primera cuestión fundamental que expuse es la que concierne al estado de comprensión que en la actualidad aproxima a sociólogos, teóricos de la literatura, historiadores del pensamiento literario, etcétera. No resulta baladí, afirmaba, si tomamos en cuenta las palabras de Wellek que parafraseo a continuación, hacer partícipe al lector de la conciencia que de ese estado de comprensión nos embarga. Afirmaba en el prólogo de su *Historia de la crítica moderna* que la historia de la crítica, lejos de ser un asunto de pura arqueología, debía servir para iluminar y hacer posible la interpretación de nuestra situación actual, como a su vez sólo se haría comprensible a la luz de una teoría literaria moderna (Wellek, 1969: 7). Así pues, si toda explicación y reconstrucción histórica se hace desde una conciencia teórica y en inevitable función de un tiempo presente, si ésta se elabora desde lo que hemos dado en llamar un estado de comprensión, debemos manifestar desde el principio el compartido rechazo actual de las posturas científicas que tan redivivamente han venido calando los estudios literarios —también, los estudios netamente sociológicos bajo el nombre de sociologismo, corriente ésta que considera su discurso científico superior, siendo suficiente para

la explicación total de la realidad⁸— a lo largo y ancho del pasado siglo XX, siglo este que ha conocido la progresiva implantación de un pensamiento literaturoológico, esto es, un pensamiento no esencialista ni normativo al modo de las poéticas clásicas y de orientación científica, que alcanza su sentido en su propia base disciplinar y no en el dominio literario que le sirve de estudio⁹. Hoy día, así lo pensamos, el conocimiento científico no resulta por sí mismo un conocimiento superior ni por lo tanto la única forma válida y exclusiva de conocer, algo que ya reconocía en 1947 con su habitual clarividencia Francisco Ayala en su *Tratado de sociología*, al considerarlo un modo particular de conocimiento que, si prevalece durante

8. Aparte de esta crítica radical del sociologismo, ahora sin adjetivos, no se olvide que el sociologismo literario ha sido objeto de un muy claro análisis crítico por parte de Juan Carlos Rodríguez en “¿Sociologismo o Literatura? Para una crítica del sociologismo crítico”, incluido en su libro *La literatura del pobre* (1994: 50-63), al cuestionar la presentación dual literatura / sociedad o literatura / economía y, en consecuencia, la consideración sociologista que las concibe como dos entidades autónomas o contrapuestas.

9. No voy a detenerme en este punto a resumir los términos de la discusión acerca de lo que pueda ser la ciencia de la literatura ni, por supuesto, a lo que ha sido su desarrollo a lo largo del pasado siglo XX, un siglo verdaderamente importante en el dominio de la reflexión literaturoológica. No obstante, remito a algunos trabajos generales en nuestra lengua como los de Mignolo (1978 y 1983), Asensi (1987), Pozuelo (1988), Villanueva (1991), Bobes Naves (1994), Senabre (1994) y García Berrio (1989); así como a otros míos donde ya me ocupé de esta fundamental y, por ello, insoslayable cuestión. Se trata de *Literatura y saber* (1987), “La ciencia de la literatura” (1996b) e *Ideologías literaturoológicas y significación* (1998).

un lapso histórico, no es el único posible ni el único legítimo (Ayala, 1961²: XIV). En este sentido lo es aún menos el conocimiento científico oportunamente adjetivado y sustentado ya sobre una base formalista ya sobre una base contenidista, ahora tan fundadamente discutidas y puestas de manifiesto sus matrices kantiana y hegeliana, los dos grandes proyectos-soportes filosóficos de la modernidad burguesa. Por otra parte, exponía, tenemos una clara conciencia de la extrema complejidad del dominio de conocimiento que es la realidad social que llamamos literatura, lo que ha posibilitado el reconocimiento de la legítima existencia de los diversos paradigmas en que se asienta hoy el saber literario (semiológico, sociológico, psicoanalítico, fenomenológico), así como la necesidad de poner en diálogo teórico dichos paradigmas para procurar avanzar cualitativamente en el proceso de construcción de un saber complejo de lo que es una realidad, como decimos, sumamente compleja. Por esta razón, no reconocemos hoy la existencia de una explicación última satisfactoria de la realidad literaria basada aisladamente en uno u otro de los paradigmas en cuestión (Chicharro, 1996a: 12-13), lo que no quería decir, señalo ahora, que abogáramos por la práctica de un eclecticismo teórico ni ignoráramos los intentos de redefinición de los estudios literarios que se estaban produciendo bajo el ancho y ambiguo sintagma de estudios culturales.

En todo caso, operar con esta conciencia realista de la complejidad de un dominio y tratar de conocer la orientación y el alcance y, en consecuencia, las limitaciones de toda operación de conocimiento —el

conocimiento sin dejar de ser una forma productiva de lo real no es en sí obviamente la realidad misma que dice conocer—, nunca me ha llevado, sin que esta afirmación me haga caer en posiciones dogmáticas y excluyentes, a poner en entredicho la originaria conquista histórica de la razón crítica y sus consecuencias en el dominio de la reflexión y praxis históricas, así como el proyecto emancipador —sin mesianismos, desde luego, pero tampoco sin cerrar los ojos ante la realidad social— que alimentó desde un principio, y sí a reconocer la necesidad de que el instrumento teórico que la razón originara se esfuerce en comprender lo que en nosotros y en los otros precede y excede a la razón como, por ejemplo la experiencia del sinsentido, por decirlo con palabras de Pedro Cerezo (2003: 19), algo que ya ocurriera en la crisis finisecular del XIX y que no ha dejado de darse desde entonces, si bien es desde los años ochenta, por nombrar uno de los periodos de mayor intensidad al respecto, cuando esta plural experiencia y su reflexión paralela, ha propiciado sus resultados más visibles, con notorias consecuencias sobre los estudios literarios, nuestro ámbito de actuación. Precisamente, Cerezo ha dejado escritas unas muy claras palabras al respecto en su libro de inequívoco título *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, en el que emplea el nihilismo como clave hermenéutica decisiva dada la muy extendida experiencia del sinsentido¹⁰. Su planteamiento es el

10. Aunque estas páginas no tienen por objeto detenerse en particularidades, no puedo dejar de mencionar aunque sea

siguiente: la situación de desencanto posmoderno de hoy, con su quiebra de las utopías revolucionarias y de los mesianismos históricos, se asemeja a la de la

en nota el caso del poeta Gabriel Celaya. Tal vez sea uno de los más claros ejemplos de desarrollo y descrédito de la razón en el ámbito de nuestra cultura literaria. Sé muy bien lo que digo por cuanto he dedicado largos años de mi vida investigadora a su pensamiento literario y a su labor poética. Puede verse así en alguno de mis libros el seguimiento de sus grandes etapas y el minucioso estudio de sus posiciones poéticas que ahora no voy a repetir (Chicharro, 1989). Baste recordar que él, como pocos, ha representado el modelo ya hegeliano ya hegeliano-marxista ya marxista de constructor de la historia para desembocar en los últimos años de su vida en radicales posiciones nihilistas derivadas de la brutal experiencia del sinsentido, apelando curiosamente en el último texto reflexivo publicado en vida, "Poesía y origen", directamente al mito, al que le dediqué un breve estudio (Chicharro, 1997). El texto en cuestión comienza con una tajante afirmación de principio: cuanto más se envejece, más se advierte, afirma el poeta, que en lugar de caminar por el ingenuo camino del progresismo racionalista, más se va sumergiendo en el tiempo sin tiempo de los orígenes y de los mitos. He sido, pues, testigo directo a través de mis estudios de esta "evolución". Así, estudié los aspectos de su poética carnavalesco-nihilista (Chicharro, 1994). Daré una muestra reflexiva de esa experiencia nihilista. En 1980 dejó escrito Celaya lo siguiente: "Entonces, ¿para qué esforzarnos? ¿Para qué luchar prometeicamente? Nada significa nada, y si Dios murió, también ha muerto el proyecto ascendente de la evolución con que los humanistas pretendieron sustituirle. Neguémonos a competir. Neguémonos a trabajar. Neguémonos a luchar. Neguemos todo lo que no sea jorra y fiesta. La acción no conduce a nada. El porvenir no existe. El combate es ridículo. La sociedad, falsa. ¡Qué carnaval! Riamos, liberados. Barrámoslo todo a carcajadas. Nuestra autenticidad sólo se basa en una razón irracional: El "porque sí". Y una inmensa carcajada —la risa-bomba— parece

coyuntura histórica del 98, coyuntura en la que “una Ilustración deficiente, alicorta y positivista” libraba su batalla con un romanticismo desfalleciente. Así, frente al positivismo dominante se buscaron alternativas “en la ética del egotismo, en el esteticismo y en la mística”. Y hoy, pese a los esfuerzos del nuevo racionalismo y purgados los excesos de objetivismo, retorna el espíritu del mito (Cerezo, 2003: 19-20). No me detendré a ofrecer la caracterización que de nuestro tiempo efectúa Cerezo. Valgan las siguientes palabras suyas finales para hacernos una idea al respecto:

Hoy los tiempos son más sobrios, pero no dejan de estar lacerados por fuertes antagonismos: una Ilustración, más cauta y reflexiva, se enfrenta con el romanticismo asténico de la postmodernidad, y el cosmopolitismo democrático se debate con la multidiversidad de los culturalismos y nacionalismos. Nuestra penuria no es de ciencia, sino de orientación “significativa” global de la vida. La experiencia del nihilismo se ha vuelto, mientras tanto, más intensa y anonadadora. (Cerezo, 2003: 20).

entonces amenazar nuestra vida con la destrucción total” (Celaya, 1980: 184). Conciencia nihilista en estado puro: primacía de los factores irracionales de la experiencia, actitud de sospecha en relación con la civilización occidental y una actitud de duda ante toda verdad, negación de los valores propios de la sociedad burguesa e implacable devaluación de sus ideales, poniendo por encima de todos ellos la vida misma en su elementalidad. Esta experiencia del sinsentido es la consecuencia de haber mirado detrás del rostro humano de la historia, es decir, de haber intuido o pensado las relaciones sociales dominantes, la explotación y alienación de los individuos, así como su propia impotencia frente a tal situación. El poeta se niega a seguir.

No creo que haga falta insistir en el hecho de que esta es una fundada apreciación global acerca de nuestra situación presente que, aunque esclarecedora, no da cabida a todos los elementos actuantes en el ya largo debate actual acerca de la crisis de la modernidad. Por otra parte, tal como he dejado escrito en alguna ocasión, ser realista no equivale a ser pesimista. Afirmo esto ahora, porque la conciencia que poseemos de la crisis de la modernidad y de las insuficiencias y excesos de la razón ilustrada debe alimentar antes el ejercicio de la radical razón histórica que llevarnos a caer en posturas nihilistas e irracionales, esto es, en posturas que alimenten el mito. Por eso, ante la discusión acerca de los modelos objetivistas históricos en general y del materialismo histórico en particular, lo que habría de afectar inevitablemente a la historia del pensamiento literario, no sólo sostuve en su día la necesidad de desarrollar estudios de naturaleza histórica, sino que señalé la bondad de ese debate a la hora de corregir los excesos deterministas, negar las objetividades empírico-positivistas, cuestionar los fundamentos holísticos y la extendida concepción unitaria y eurocéntrica de la humanidad, entre otros aspectos¹¹. Una discusión teórica de tal calibre, dejé dicho, no tenía por qué traducirse necesariamente en

11. No puede ignorarse que el marxismo ha sido cuestionado en el debate posmoderno por, entre otros, Lyotard (1978), quien discute la pertinencia de los discursos basados en la razón ilustrada, la idea de progreso y el proyecto de emancipación social, al considerarlo un metarrelato basado en la autoemancipación del proletariado. Un fundado análisis crítico al respecto puede verse en Saldaña (1994-1995).

pesimismo cognoscitivo, máxime si tal discusión se planteaba en términos constructivamente materialistas. No hay necesidad de llegar a una situación de esterilidad, pues tal discusión puede fecundar análisis multicausales y de otro tipo de determinadas realidades, sin abandonar ciertas estrategias teóricas ni la perspectiva histórica que abarca el estudio de las condiciones sociales y materiales de existencia y de las mediaciones¹², abriendo el dominio de estudio a los espacios de determinadas relaciones con otras prácticas y dominios discursivos, atendiendo en cualquier caso al análisis concreto de la realidad concreta. Si no existe *la* historia como aquella científica totalidad disciplinar, existen las actividades cognoscitivas parciales¹³

12. Una de las consecuencias historiográficas del debate posmoderno es el intento de superar los planteamientos dicotómicos representados por el materialismo e idealismo, por el objetivismo y subjetivismo, presentes ya en la historia social ya en la historia tradicional de base subjetivista, etc., desplazando el interés por los hechos al interés por los textos o, dicho de otro modo, atendiendo a los procesos de conexión entre realidad social y conciencia, esto es, ocupándose de las mediaciones en lo que se presenta como una nueva historia cultural basada en una nueva teoría de la sociedad: "El objetivo prioritario de la investigación histórica ha de ser el de identificar, especificar y desentrañar el patrón categorial de significados operativo en cada caso, analizar los términos exactos de su mediación entre los individuos y sus condiciones sociales y materiales de existencia y evaluar sus efectos realizativos sobre la configuración de las relaciones sociales [...] Lo cual implica, a su vez [...] que toda explicación de las conductas y procesos sociales requiere un análisis minucioso del proceso de formación histórica de los propios conceptos" (Cabrera, 2001: 180).

13. A esta conclusión, de la que me serví, había llegado Jenaro Talens a propósito de la teoría de la literatura en general :

(Chicharro, 2001: *passim*). En todo caso, parece quedar claro que el chirriante ruido reflexivo de la bisagra de la modernidad-posmodernidad, dejados a un lado los excesos radicales objetivo-cientificistas y mítico-subjetivistas, ha venido a ensanchar el dominio del saber y del saber científico, tal como leemos en una de las conclusiones a que llega Mardones en *Filosofía de las ciencias humanas y sociales*:

El método científico se ensancha. Aparece el ideal de las ciencias sociales y humanas de generalizaciones débiles como el modo de unificar las ciencias. Queda claro que no existen fronteras tan nítidas entre la ciencia y otras actividades del pensamiento humano. Crece en suma, el convencimiento de la necesidad de profundizar la autoconciencia de la ciencia sobre su propio quehacer. La filosofía de la ciencia se vuelve reflexión sobre los presupuestos y supuestos de la tarea científica. (Mardones, 1991: 57).

“El anunciado «fin de la teoría», que Michaels y Knapp exponían como predecible, dado el supuesto apoliticismo generado por la deconstrucción, puede ser leído, por ello, en sentido contrario: el fin de la teoría como explicación «general» para dar paso a un conglomerado de teoría(s) de la(s) literatura(s) que tome en consideración el carácter inestable de su objeto y la dependencia que éste tiene de su concreta inscripción en una tradición cultural determinada [...] En cualquier caso, este desplazamiento, paradójicamente, otorga a la disciplina de la teoría de la literatura — en el sentido múltiple y plural del término— un lugar privilegiado para la reflexión sobre el mundo contemporáneo” (Talens, 1994: 141).

Una aclaración sobre los estudios literarios de nuestro tiempo, la ideología y la ciencia

Vivimos, pues, paradójicos tiempos de mundialización y relativización, de importante desarrollo científico-tecnológico y de discusión de la razón y sus límites, de ensanchamiento de los dominios del saber y de experiencias del sinsentido que buscan el punto de fuga del nihilismo, de modernidad y posmodernidad en suma. Si he ofrecido las anteriores argumentaciones y me he apoyado en esos análisis de proyección general sobre cuáles puedan ser las líneas de fuerza de nuestro tiempo y ofrecido una obligada explicación del estado de comprensión es, sobre todo, para iluminar con esa luz la que pueda ser la situación general de los estudios literarios —por otra parte, un escenario privilegiado del debate entre modernidad y posmodernidad, es decir, uno de los espacios fundantes del pensamiento de nuestra época de abierta proyección y de clara vocación interdisciplinar— y, entre ellos, claro está, la situación del pensamiento sociológico y social sobre literatura.

Pues bien, como es sabido, la situación de los estudios literarios en nuestro globalizado tiempo es de nueva discusión acerca de los fundamentos y acerca del objeto de los mismos, es decir, nos ha tocado en suerte vivir una fase más de refundación y replanteamiento, esto es, un nuevo giro o cambio de orientación, lo que tal vez alimente el ya crónico síndrome de inconclusión disciplinar —en realidad, el conocimiento científico, como forma productiva de la historia y al igual que ella, es proceso—, que tan largamente afecta por lo general a las llamadas

ciencias humanas y sociales, al tiempo que nos habla de la complejidad de su dominio de estudio y de la seriedad de su global proyecto cognoscitivo, pues tales fundamentales discusiones teóricas y metateóricas son signo de cientificidad, como en su momento explicaré. Ahora bien, conviene efectuar algunas precisiones en este sentido con objeto de evitar defender el espantajo de un modelo de ciencia de perfil positivista-neopositivista en el seno de nuestra actividad, un modelo periclitado. En este sentido y con objeto de despejar cualquier duda, hace tiempo que opté por llamar a los estudios literarios de orientación científica por la que considero una de sus más apropiadas denominaciones: ideologías literatrológicas (Chicharro, 1998). Pues bien, comenzaré afirmando que los estudios literarios que se pretenden científicos son resultado de operaciones inductivas e hipotético-deductivas que se nutren, y a su vez las alimentan, de las ideologías sociales, estando sometida su ansiada neutralidad científica a intereses históricos. Aunque pueda pensarse, como así ocurre en no pocas ocasiones, que las teorías literarias dependen exclusivamente de su movimiento interno y se constituyen autónomamente, en realidad constituyen prácticas radicalmente históricas, fuerzas materiales que intervienen en la vida social, cuya historia exige la investigación social de su historicidad, tal como ha explicado Antonio Sánchez Trigueros a propósito de un estudio sobre las raíces ideológicas de Vladimir Propp:

Y ello se ve claro si partimos de que la teoría no es sino una práctica histórica y social, el resultado

de una coyuntura sociohistórica, lo que exige la negación de la autonomía absoluta del desarrollo teórico [...] Es la caracterización en su historicidad, que no quiere decir búsqueda de las relaciones extrínsecas entre dos mundos separados, uno espiritual y otro material (teoría literaria, por un lado, y realidad histórico-social, por otro), que existirían previamente y que en un momento determinado son puestos en contacto, sino historicidad en el sentido de que la teoría literaria y la crítica son fuerzas materiales que intervienen en la vida social, que actúan sobre ella, y existen, en cuanto que productos ideológicos, como realidades históricas ellas mismas, como algo inseparable de esas raíces históricas, sociales e ideológicas sin las cuales no serían tales, o sencillamente no serían. (Sánchez Trigueros, 1996: 505-506).

Por eso, me decidí a llamar a las cosas por su nombre, tal y como otros muchos lo vienen haciendo desde hace tiempo. Así pues, con esta denominación me refiero a ciertas prácticas teóricas sobre el discurso literario que, adjetivadas o adjetivables de científicas, se han venido desarrollando a lo largo de las últimas décadas no desdeñando de su horizonte cuestiones de principio relativas a su propia fundamentación cognoscitiva y al conocimiento del fenómeno literario. Haber elegido este marbete alcanza su justificación en mi deseo de hacer explícita la compartida idea acerca de lo que pueda ser la teoría de la literatura en general y acerca de ciertas prácticas literatrológicas en particular. En concreto, concibo la teoría como una práctica significativa ideológica en su raíz cuyas

diferencias con otras prácticas ideológicas no cabe planteárselas en términos de verdadero / falso, sino, como dejaba escrito en *Literatura y saber*, en relación con las respectivas funciones sociales que unos y otros discursos desempeñen, esto es, las diferencias radican en *lo que se hace*, respectivamente, con las teorías y con los discursos no propiamente teóricos, así como en la convención social que rige su recepción. Por eso, comienzo no ocultando la naturaleza ideológica de las prácticas teóricas frente a lo que haría cualquier discurso ideológico que pretendiera disfrazarse tan rígida como positivista del discurso de la verdad científica para operar en su propio beneficio, esto es, en beneficio de concretos intereses sociales que pueda representar o en los que pueda incidir de la manera que fuere. Por lo tanto, si la llamada ciencia de la literatura no existe sino como espacio de encuentro o simple lugar de cruce de múltiples teorías y actividades cognoscitivas no sustentadas siempre en un mismo paradigma o común problemática teórica o compartida matriz disciplinar, teorías y actividades de conocimiento estas, ideológicas, articuladas en torno a determinada organización disciplinar, que deben comprenderse en su relación, se comprenderá en consecuencia la razón de la elección de esta denominación. Si, además, tomamos, aunque sólo sea en parte, la tan radical como pragmática lección de un Terry Eagleton, comprenderemos la razón de esa insistencia en la magnitud ideológica del pensamiento literatológico. En este sentido, no se olvide que Eagleton se ocupa en *Una introducción a la teoría literaria*, de 1983, tanto del análisis de las ideologías literarias actuales como

ofrece su propuesta teórica acerca de la necesidad de una “crítica política” que venga a ser distinta a una corriente más del pensamiento literario, inclasificable entre dichas corrientes teórico literarias como una opción más por cuanto

mi intención —afirma— no es oponer las teorías literarias que examiné críticamente a una teoría literaria mía que pretendiera ser más aceptable políticamente [...] Opongo a las teorías expuestas en este libro no una teoría *literaria* sino una clase diferente de discurso —llámese “cultura”, “prácticas significativas” o cualquier otra cosa— que incluiría los objetos (“Literatura”) de que tratan esas otras teorías, pero transformándolos al colocarlos en un contexto más amplio. (Eagleton, 1983: 242-243).

Pretende resaltar de esta manera que la política ha estado siempre presente en toda teoría literaria. Pero es más, resalta así su carácter ideológico, lo que hace que la teoría literaria sea menos un objeto de investigación por su propio derecho que una perspectiva especial desde la cual se observa la historia de nuestra época (Eagleton, 1983: 231). En este sentido, no existe una teoría literaria “pura” salvo como mito académico, ya que toda actividad teórica es una actividad ideológica y en consecuencia política. Por este motivo, razona Eagleton, no se debe censurar a las teorías literarias por tener características políticas sino por tenerlas encubiertas o por presentarlas ciegamente como verdades supuestamente “técnicas”, “axiomáticas”, “científicas” o “universales” cuando en realidad no hacen sino fa-

vorecer intereses particulares de grupos particulares en épocas particulares (Eagleton, 1983: 232). De ahí la importancia del análisis de las teorías literarias, ya que pueden hallarse implícitas ideologías sociales enteras en un método crítico aparentemente neutral. A partir de aquí se comprende su crítica política de la actual historia de la teoría literaria subordinada a un individualismo posesivo; su crítica del pluralismo teórico; su análisis crítico de la relación de las teorías literarias con las ideologías dominantes del capitalismo industrial, así como del proceso de institucionalización universitaria.

Ahora bien, si ha quedado justificado el uso del sustantivo con la breve exposición de las ideas del crítico postmarxista, cabe todavía efectuar algunas aclaraciones en relación con el empleo del adjetivo en cuestión. Pues bien, con el uso de este neologismo debido, que yo sepa, a W. D. Mignolo, me refiero a teorías que persiguen la expresa construcción de un discurso de orientación científica, independientemente ahora de otras valoraciones al respecto. Recordemos que, acabado el período "prehistórico" de los estudios literarios, entramos en los primeros años del siglo XX en lo que generalmente se ha considerado su etapa científica. Lo cierto es que, tomada en cuenta la lección de los excesos cientificistas y mirada con la perspectiva de haber superado esta enfermedad infantil del conocimiento, la de creerse la única forma válida y exclusiva que colma las aspiraciones del saber humano al respecto, limados en su momento los excesos exclusivistas del paradigma semio-lingüístico e identificada esa forma de esencialidad literaria resguardada en el

concepto de literariedad, lo ocurrido en el campo de los estudios literaturoológicos ha sido realmente importante. El concepto positivista de ciencia de la literatura con que se venía operando va a constituir un inequívoco punto de referencia para comprender las nuevas vías teóricas que comenzaron a recorrerse hacia finales del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, vías que vienen a reemplazar el discurso normativo sobre literatura y que son, recordémoslas, la *Literaturwissenschaft*, cuyo ingreso se produce en el contexto de las discusiones positivistas que acaban por establecer la separación de las “ciencias de la naturaleza” y de las “ciencias del espíritu”, y la moderna poética que supuso con respecto a la vía anterior un desplazamiento epistemológico, según Mignolo. Este desplazamiento produjo, entre otras consecuencias, el abandono del solar de la disciplina estética. En este sentido, como se ha dicho, el siglo XX ha sido sustancialmente el de un acabamiento metafísico, el siglo neopositivista y formalista del estructuralismo y sus derivaciones en ciencias humanas, entre otras corrientes y vertientes paradigmáticas que podríamos ahora nombrar, por lo que se deduce sin dificultad alguna que son muchas las teorías que se han fundado sobre ciertos espacios disciplinares ajenos a la estética. Este es el brevemente aludido marco que justifica el uso de ese adjetivo para identificar ciertas teorías y reflexiones. Llamemos, pues, a las cosas por su nombre, esto es, a las científicas teorías de la literatura denominémoslas con más propiedad ideologías literaturoológicas. Claro que, por otra parte, no todos los discursos sobre literatura pueden ser considerados literaturoológicos, ya que los

así considerados, además de operar desde una base disciplinar, elaborar un objeto de conocimiento a partir de un dominio real, con el que evitan asimilarse y participar así de su propia lógica estética, y dejar de lado toda prescripción, nos informan recurrentemente sobre las condiciones de su producción sin ocultar su propio origen y las reglas de su quehacer reflexivo, no dando nada por sentado, etc. (González Ávila, 1997: 37). En todo caso, no hacen derivar su propia discursividad, como sí lo pretenden hacer o creen hacerlo los discursos teóricos esenciales, de la literatura misma ni tratan de doblar con sus palabras un modo de escritura que confunden con toda la literatura.

Situación histórica y estudios literarios

Efectuadas estas aclaraciones de principio, estamos en condiciones de considerar cuáles puedan ser las líneas de fuerza que operan en el seno de los estudios literarios, dados los aristados perfiles de nuestro tiempo, y en qué pueda consistir ese intento de refundación de nuestra disciplina, heredera y deudora —no lo olvidemos— de la antigua poética, también de la retórica clásica, disciplina con la que el clásico griego supo reconocer la radical capacidad poética —histórica— de los seres humanos de su tiempo, los que lo fueran¹⁴, con

14. Cuando hablamos de seres humanos, no pocas veces nos vemos atrapados en un discurso sobre esencias que nos lleva a ignorar la radical historicidad de sus discursos reflexivos, crea-

medios verbales y no verbales, y con la que nombró el inmenso territorio de la ficción, verbal y no verbal, con el instrumento conceptual de la mimesis del universo dual platónico, explorando específicamente las vías, modos y efectos de su realización. Quedaban abiertos así los caminos por los que habrían de transitar nuevas reflexiones sobre la creación verbal, sin que esto nos lleve a pensar que en realidad todo lo hecho no es más que una vasta paráfrasis de Aristóteles. Es Aristóteles y, desde luego, algo más. Es Aristóteles y, desde luego, el decisivo modelo dieciochesco del ejercicio de la crítica, los fundamentales pasos de la razón ilustrada que nos llevarían a la historia y construirían la idea misma de sociedad, al tiempo que consolidarían la de sujeto, y desarrollarían más tarde los modelos histórico-filológicos para desembocar en el materialismo decimonónico. Es Aristóteles y, desde luego, las argumentaciones románticas sobre literatura, con su apuesta por el genio, la vida y el sentimiento, y los tratados de la moderna disciplina estética de ese tiempo. Es Aristóteles y, desde luego, como

dores, etc., tal como ha quedado dicho. Por esta razón y aunque no sean frecuentes afirmaciones como las que paso a transcribir, no por ello dejan de poseer un claro fundamento a la hora de explicar los orígenes del pensamiento europeo: “En el esclavismo grecorromano la matriz ideológica clave es siempre la relación Amo / Esclavo. Ni una sola palabra de Platón o Aristóteles, de Virgilio o de Séneca, está dicha o escrita sino para demostrar que ellos tenían esencia humana (*Ousia*) y que podían poseer esclavos [...] la esclavitud era la verdadera infraestructura económica de todo, incluido el modo de vida político, familiar, social, y en el orden discursivo en cualquier aspecto” (Rodríguez, 2002: 40).

decía, la ideología positivista, con su fundamento en la observación y en la realidad empírica, su negación de toda metafísica, y su apuesta por la construcción positiva de la ciencia, incluida la ciencia de lo social, lo que va a tener consecuencias de duradero efecto no sólo sobre la literatura misma, con el realismo y naturalismo, y sobre el lenguaje crítico, con una crítica de estirpe asimismo realista y naturalista, sino muy especialmente sobre el discurso teórico al construir la historia literaria en tanto que ciencia literaria; así como va a fecundar los estudios comparatistas, histórico-filológicos y crítico textuales aplicados rectilínea y externamente sobre el mundo de la particularidad literaria. Es Aristóteles y, desde luego, el periodo del idealismo simbolista, con el florecimiento de las teorías del arte por el arte, la instauración de nuevas ideas acerca de la modernidad artística, la fusión de filosofía, crítica y producción artística, el ensayo del camino que desembocará en las pujantes vanguardias y en el formalismo que, más que negar los planteamientos positivistas, los renovará proyectándolos en diferente dirección, en dirección inmanente. Es Aristóteles y, desde luego, el impresionante conjunto de estudios contemporáneos sobre literatura a los que aludía en el apartado anterior: de los estudios inmanentes y lingüísticos, idealistas y formal-estructuralistas, a los estudios postestructuralistas y semióticos; de los sociológicos y marxistas a los sociosemióticos; de los psicoanalíticos a los antropológicos; de los fenomenológicos y hermenéuticos, con su orientación ya científica ya radical, a los que llamamos culturales, protagonistas estos últimos del giro que se ensaya en

nuestros días. Traigo a la memoria sólo los nombres de estas cruciales fases del desarrollo de la plural y rica, por contradictoria, reflexión sobre el dominio de la creación verbal y sus relaciones con la no verbal, no sólo para reconocer la magistral lección primera de Aristóteles, sino también para señalar con los mismos el proceso de constante discusión de fundamentos y objeto y la discusión constante acerca del saber —y de aquello en que éste consista— y de la literatura —y de aquello en que consista— y de su posibilidad, con sus afirmaciones rotundas y sus rotundas negaciones, con su separación radical de la literatura y con su radical hibridismo, con su apertura de los límites, etcétera.

Así pues, las discusiones a que asistimos en nuestra mundializada situación histórica a propósito de los estudios literarios vienen a nutrir el proceso descrito, un proceso vivido con especial intensidad en cada una de sus agudas fases —recuérdese lo que afirma Cerezo acerca de la experiencia de desengaño del periodo finisecular y la presente de desengaño posmoderno. Por eso, el actual debate que anda redefiniendo el dominio estético, explorando en los márgenes del dominio de estudio e introduciendo nuevos planteamientos disciplinares, etc., como veremos a continuación, puede ser considerado como un especial momento de crisis cuando en realidad responde a la lógica propia de lo que es un campo de investigación, tal como razona Bunge (1985: 24-27): un campo de investigación cambia incesantemente como consecuencia de la propia investigación frente a lo que ocurre en un campo de creencias¹⁵. Hago esta afirmación

15. No vamos a discutir de nuevo si los estudios litera-

porque, como ha planteado con fundamento Pozuelo Yvancos, de un tiempo a esta parte se han cargado las tintas acerca de la peligrosa crisis que viven los estudios literarios:

Una de las consecuencias más evidentes de los escenarios que acabo de dibujar someramente, ha sido la creciente bibliografía escrita y organización de ciclos de conferencias, cursos y monográficos de revistas en torno al futuro de la teoría literaria, como si la teoría se encontrase en un punto de difícil salida y tuviera que realizar una rápida opción que la sacase del marasmo en que se encuentra. Obviamente no comparto tal diagnóstico en cierta medida apocalíptico, que instaura lo que J. Culler (1988: 140-141) ha llamado con acierto una “retórica de la crisis”, tras la que late escondida unas veces, y patente y a las claras otras, una cierta nostalgia de un orden perdido, un orden antiguo al que se apela, y en el que al parecer hubo consensos básicos sobre la tradición de los clásicos, sobre las escuelas interpretativas, sobre la orientación de las Humanidades o sobre los métodos críticos. (Pozuelo Yvancos, 1999: 99).

rios nutren lo que es un campo de investigación o un campo de creencias. Ya dediqué unas páginas de *Literatura y saber* a esta cuestión no menor, a las que remito (Chicharro, 1987: 25-27). Mi posición a favor de considerarlos propios de un campo de investigación queda corroborada por el desarrollo de la teoría de la literatura desde la modernidad hasta hoy, con todos sus excesos y muy especialmente con todos sus límites.

Por lo tanto, cabe hablar de los estudios literarios de nuestro momento histórico sin tonos apocalípticos, esto es, aproximándonos a su flujo desde una perspectiva antes realista que pura y linealmente defensiva de un orden previo en realidad inexistente.

Pues bien, si recordamos la cita de Jenaro Talens ofrecida en nota donde se hace eco de la idea del fin de la teoría como explicación “general” y plantea un desplazamiento hacia un conglomerado de teoría(s) de la(s) literatura(s) que tome en consideración el carácter inestable de su objeto y la dependencia que éste tiene de su concreta inscripción en una tradición cultural determinada, lo que valora como un efecto positivo al otorgarle a la disciplina de la teoría de la literatura —en el sentido múltiple y plural del término— un lugar privilegiado para la reflexión sobre el mundo contemporáneo, podremos comprender globalmente la dirección de movimiento seguida por los estudios literarios, los de mayor actualidad y proyecto renovador de nuestro momento histórico. Pero, claro está, una vez orientados habremos de concretar qué supone y a qué obedece el fin de la teoría como explicación general y el paralelo surgimiento de múltiples teorías. Para ello, hemos de tener presente el tantas veces nombrado debate posmoderno y la descrita situación histórica de mundialización que nos afecta, con sus consecuencias de todo orden, en particular de orden epistemológico y político. En este sentido, Pozuelo Yvancos ha planteado en su citado artículo la existencia de unas vinculaciones entre el marco de la globalización y el componente radical de la teoría actual cuya lectura puede ayudarnos a aclarar las cuestiones abiertas. Afirmar allí:

Paradójicamente está siendo en la era del crepúsculo de las ideologías como sistemas de proyección política y en la era de la globalización que impone un modelo de pensamiento único neoliberal, cuando la teoría literaria vive felizmente en un enclave profundamente ideológico, que yo llamaría radical, y no solamente por la naturaleza subversiva respecto a los principios dominantes que pueden suponer los *gay studies* o los frentes postcoloniales respecto a los valores morales de ese orden único, sino sobre todo por otro componente esencial de la voz radical, el etimológico: el conflicto de las Humanidades es radical porque pretende afectar al orden de la cuestión de principio: a qué y por qué llamamos Humanidades, y a qué y por qué llamamos Literatura. (Pozuelo Yvancos, 1999: 97-98).

En efecto, el debate posmoderno y la era de la globalización están teniendo consecuencias radicales sobre el pensamiento literario, así como otras consecuencias sobre las ciencias sociales al haber asociado conocimiento y poder, esto es, al haber introducido en el debate no sólo categorías epistemológicas o historiográficas, etc., sino también geoculturales y políticas. En este sentido, el debate sobre la modernidad ha encarado cuestiones del proyecto científico asociado a ella y también cuestiones del proyecto político y económico que ha venido cumpliendo. A partir de aquí se comprende la introducción de nuevos elementos en el debate y el hecho de que, por ejemplo, Mignolo, desde la perspectiva de los estudios postcoloniales que desarrolla en la actualidad, afirme que las ciencias sociales estuvieron, y en alguna medida todavía

están, ligadas a las empresas colonizadoras, por lo que recomienda reorganizar la producción de conocimiento desde una perspectiva postoccidentalista a través de una epistemología fronteriza en la que la reflexión —filosófica, literaria, ensayística—, incorporada a las historias locales, encuentre su lugar en el conocimiento desincorporado de los diseños globales en ciencias sociales. Esta es una simple muestra de la anchura del debate que se está teniendo y de cómo, en todo caso, se opera desde la razón crítica. Posiciones de este tipo son las que han venido a cuestionar la dimensión o proyección universal de la teoría de la literatura, etc. y a promover procesos de descolonización cultural y de apertura al conocimiento de las más diversas prácticas de cultura, rechazando el eurocentrismo, es decir, la tendencia de pensamiento que sitúa en la cumbre de los pueblos a la cultura europea desde los orígenes hebreos, griegos y romanos hasta la revolución industrial, lo que ha justificado los excesos colonialistas y el desprecio de las particularidades culturales. No se olvide, pues, que el proyecto histórico de la modernidad es un proyecto de complejo funcionamiento puesto que, si bien rompe con el mundo tradicional premoderno, disuelve principios trascendentes, seculariza la sociedad y la diferencia en su funcionamiento político, económico, moral, científico, etc. y trata de construir racionalmente un mundo ajustado a la naturaleza humana en un continuo progreso científico y técnico, entre otros aspectos (Sánchez Vázquez, 1993: 64), dicho proyecto de modernidad de raíz burguesa conlleva efectos históricos tales como la universalización del modo de producción capitalista, con la expansión ilimitada de

las fuerzas productivas y de la economía de mercado, con sus consecuencias perversas, y de los valores occidentales lo que, según expone Sánchez Vázquez, equivale a arropar con el manto de universal lo particular, convirtiendo el proyecto liberador que la Razón venía a fundar y garantizar en una nueva forma de dominación humana. De ahí, la importancia de la razón crítica y de pensar críticamente la modernidad.

Después de todo lo dicho hasta aquí, comprendemos mejor el hecho de la aparición de numerosas reflexiones teóricas elaboradas desde esa radicalidad a que se refiere Pozuelo Yvancos, esto es, desde la conciencia de una nueva ubicación y la delimitación de nuevos objetos de conocimiento, etc. en relación con dominios culturales inscritos en una tradición cultural determinada que es usada por la teoría. A partir de aquí, podremos comprender la importancia que se le concede a la propia teoría como lugar central del debate. Como explica Pozuelo Yvancos en su artículo citado, se está operando un desplazamiento del interés cognoscitivo hacia la teoría y hacia las esferas político-institucionales de su propia constitución:

La pregunta ya no es sobre el sentido o los sentidos de la obra literaria en sus estratos comunicacionales, sino el lugar mismo de la Teoría y cuáles son los papeles históricos y sociológicos de los ejecutantes de la propia Teoría [...] Este nuevo objeto de estudio ha provocado un desplazamiento de la Teoría literaria y de la Literatura Comparada hacia las esferas político-institucionales de su propia constitución. Elegir una teoría no es solamente elegir un instrumental metodológico para un objeto

definido e incuestionado, sino elegir sobre todo un lugar desde el que definir ese objeto. La evidencia de que el objeto literario es una consecuencia de un lugar teórico previo ha provocado que el campo de la teoría como lugar epistemológico y político sea el principal punto del debate actual. (Pozuelo Yvancos, 1999: 93-95).

Creo que esta apreciación debe tenerse en cuenta a la hora de comprender los múltiples desarrollos de la teoría en los últimos lustros —estudios feministas, de género, de clase, *gay*, postmarxistas, postcoloniales, étnicos, *Queer* y, en general, culturales—; su deuda con las radicales posiciones teóricas postestructuralistas y marxistas, así como con las desconstruccionistas europeas y la práctica de un radicalismo cultural; la renuncia al poder representativo de las teorías y abierto uso político-institucional de las mismas; la discusión del modelo cultural europeo u occidental y la aparición de nuevas *identidades* culturales (Pozuelo Yvancos, 1999: 197); redefinición de lo literario, renuncia a la idea de la existencia de un significado estable en la obra literaria y apertura a nuevos ámbitos de estudio del fenómeno literario ya masivos ya marginales o no canonizados o de nueva factura digital —cibertextos, texto-imagen, etcétera—, entre otros aspectos.

Por otra parte, a la hora de concluir este apunte sobre la situación histórica y los estudios literarios, no podemos dejar de lado el tratamiento de lo que haya podido suponer un acontecimiento histórico como el de la caída del muro de Berlín en relación con los estudios literarios y, muy particularmente, en relación

con los estudios literarios de base marxista, por razones que fácilmente se comprenden. Me he referido con anterioridad al radicalismo crítico mostrado por Lyotard en relación con el discurso emancipador basado en la razón ilustrada, lo que afecta de lleno, no hay que decirlo, al marxismo¹⁶ por constituir un metarrelato basado en la autoemancipación del proletariado, según el famoso argumento del crítico posmoderno. También han quedado expuestas, al hablar de la razón disciplinar y de la razón histórica, algunas de las consecuencias teóricas que sobre el materialismo histórico ha producido el debate posmoderno y su general orientación relativizadora. Ahora bien, lo que no he planteado todavía es cómo afectó al horizonte marxista un hecho histórico concreto como fue la caída del muro de Berlín, el famoso muro de la vergüenza levantado al calor de la guerra fría, y con el que no sólo cayeron sucesivamente los regímenes del Este de Europa llamados socialistas, sino que también rodaron por el suelo las ideologías políticas y el aparato teórico del marxismo en que decían sustentarse, propiciándose las condiciones que habrían de fecundar la expansión del fenómeno neoliberal de la mundialización, además

16. Razones teóricas, históricas y políticas han hecho que la palabra 'marxismo' se haya sobresemantizado, por decirlo así. Por esta razón, necesita ser continuamente definido en su uso concreto. De momento, entiendo por marxismo en el contexto de mi reflexión tanto el materialismo histórico como el materialismo dialéctico, ya que han propiciado numerosas teorías sobre la literatura y reflexiones y prácticas estéticas muy extendidas en el pasado siglo.

de haberse aprovechado la ocasión por parte de “los mecanismos capitalistas para extender conjuntamente el certificado de defunción del marxismo y de la teoría crítica y / o materialista histórica” (Rodríguez, 2000: 177). No es una cuestión menor ni puramente anecdótica ni resulta un contrasentido establecer una relación de este tipo, entre un acontecimiento político de gran calado histórico y hondo poder simbólico¹⁷ y un cuerpo de ideas y conceptos. Dichos elementos puestos en relación tienen mucho que ver y no sólo porque las teorías tengan una inevitable dimensión y proyección política, alimentada por su razón práctica. Hay un interés añadido que me obliga a plantear esta cuestión, ya que el horizonte teórico del marxismo, un horizonte plural y contradictorio, como se comprende, ha ejercido desde sus comienzos una aguda crítica de la modernidad, de sus excesos y límites, alimentando la filosofía de la sospecha, y de la manera que fuere ya por la vía postmarxista o por cualesquiera otras vías teóricas está en el origen del giro que se está

17. El lector que haya vivido de cerca este acontecimiento histórico conoce por propia experiencia la proyección simbólica de tal hecho creada ya sobre los primeros restos del muro por los medios de comunicación. De todos modos y puesto que no podemos ocuparnos de este fundamental aspecto en la presente ocasión, remito a un excelente estudio sobre la reunificación alemana como hecho simbólico realizado desde el lado alemán y desde la perspectiva sociocrítica por parte de Jürgen Link (1997). En dicho trabajo, Link se ocupa del “gran relato simbólico” de la reunificación y trata de demostrar el importante papel que puede jugar el simbolismo colectivo moderno a la hora de actuar sobre el plano subjetivo en situaciones-límite.

ensayando en el dominio de los estudios literarios en nuestros días. Pero, además, se hace necesaria una breve reflexión al respecto por cuanto el marxismo como teoría emancipadora, esto es, como una teoría para la praxis social y política, se encuentra vinculado naturalmente a los aconteceres políticos de nuestro tiempo¹⁸ y entre ellos se encuentra el de la caída del muro de Berlín. Así pues, el horizonte del marxismo, ni por su razón teórica ha podido permanecer ajeno a los debates que han tenido y tienen lugar en el ámbito de las ciencias humanas ni por su razón práctica puede desvincularse de un hecho histórico de tal envergadura y tales consecuencias.

Pues bien, a tenor de lo expuesto, no hace falta preguntarse cómo ha afectado este acontecimiento histórico al marxismo. La herramienta de este pensamiento ha sido sacada oportunistamente de entre el instrumental para la comprensión de la sociedad por su vinculación con los regímenes dictatoriales del Este de Europa. Pero, como razona Antonio Sánchez

18. El marxismo y el pensamiento sociológico están ligados a la aparición y desarrollo del capitalismo y surgen para dar cuenta de un nuevo orden de transformaciones. Como razona Manuel Cruz (2002), Marx se inscribe en esa tradición de pensamiento como el autor que ha aportado las categorías de que se han servido posteriormente los pensadores sociales más significativos, lo que lo ha convertido en un punto de referencia obligado sobre lo histórico-social, lo que explica que, si bien podemos no ser marxistas, no podemos impedir de la manera que fuere ser marxianos. En fin, ya seamos marxistas, marxianos o marxólogos, lo cierto es que este horizonte de ideas y conceptos no puede ser dejado de lado.

Trigueros, de momento conviene mantener una fundada prevención a la hora de asociar exclusivamente la crisis del marxismo a la caída del muro y a la de los regímenes del socialismo real por cuanto dicha asociación exclusiva supone un desconocimiento de la realidad social, además de una reacción oportunista:

No faltará quien diga que la Sociología de la Literatura, sobre todo la de estirpe materialista histórica, está hoy claramente superada, como algo que pertenecería a otra época. Sólo desde el desconocimiento de la realidad social contemporánea, sólo desde una posición puramente oportunista, que asimila acríticamente los valores de esta Sociología de la Literatura a la caída del muro de Berlín y a la desaparición de las dictaduras del Este de Europa, sólo desde ahí se le puede negar su evidente validez hoy. La dura realidad del mundo actual avala desgraciadamente mis palabras. (Sánchez Trigueros, 1996: 10).

Siguiendo estos razonamientos, se impone reconocer la crisis y propiciar la reflexión teórica, examinando, tal como señala Manuel Cruz (2002: 102), bajo una nueva luz la articulación entre los elementos descriptivo, valorativo y prescriptivo del marxismo que en algún momento se propuso. De esta manera, podrían diferenciarse hipótesis teóricas, valoraciones y objetivos emancipatorios de la clase obrera, pudiéndose apreciar que lo que ha hecho crisis ha sido probablemente el objetivo fijado. Por eso, Manuel Cruz afirma que los ciudadanos que a finales de los años ochenta reclamaban en la Alemania Oriental un orden político

democrático para su país no estaban emitiendo un juicio epistemológico acerca de la cientificidad de la propuesta marxiana:

Su gesto de rechazo hacia el viejo orden, presuntamente inspirado en los textos de Marx, no debe ser en lo esencial pensado desde el conocimiento, sino desde la voluntad. No ha habido refutación sino rechazo, y es en esa desafección en la que ante todo deberían pensar los marxistas. (Cruz, 2002: 102).

CAPÍTULO SEGUNDO

Rechazar en efecto no es refutar teóricamente, lo que explica que en la larga reflexión sobre la literatura y la sociedad se continúe empleando categorías materialistas —categorías claves a la hora de explicar los grupos sociales, las relaciones sociales y sus funciones en los procesos económicos y culturales—, aunque se discutan en buena lógica la idea de totalidad, quede relativizada la cuestión de la determinación y se opere con un inmediato propósito político, definiendo la literatura en términos antes institucionales e históricos que pura y exclusivamente estéticos, como ocurre con las teorías postmarxistas.

CAPÍTULO SEGUNDO

LOS ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS Y SOCIALES DE LA LITERATURA EN EL SENO DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS

*Los estudios sociológicos y sociales de la literatura
o el corazón periférico*

El corazón es un órgano motor central, un músculo hueco que actúa como impulsor de la sangre. Lo sabemos de sobra. Es, pues, una pieza vital del aparato circulatorio de la especie humana y de otras numerosísimas especies animales. Ahora bien, el movimiento continuo de la sangre que va del corazón a las extremidades —sangre arterial— y de las extremidades al corazón —sangre venosa— no podría darse si no fuera por la existencia de un corazón periférico, esto es, de una suerte de órgano expandido que reenvía la sangre al órgano central alimentando y asegurando ese proceso,

gracias a los capilares, a los pequeños y grandes vasos venosos, al empuje provocado por la presión arterial, incluso a la acción de la gravedad en las venas situadas por encima del corazón, a las contracciones musculares que presionan tangencialmente los vasos venosos haciendo circular la sangre en sentido único, lo que es asegurado por la presencia de unas válvulas, y gracias también a los movimientos respiratorios que producen en el momento de la inspiración una presión inferior a la atmosférica en las venas cavas y en las aurículas. Me he parado a trasladar estas breves explicaciones propias de cualquier manual al efecto para servirme de ellas, como ahora se verá, en mi momentáneo propósito cognoscitivo, pues, sin que esto suponga caer en el modelo de explicación en cierto modo biologicista de la cultura que impusiera el positivismo decimonónico, del que tanto podríamos hablar a propósito de los estudios literarios y, en general, filológicos, y no siempre para bien ciertamente (cf. Llovet, 2002: *passim*), me van a resultar muy útiles en un principio a la hora de aproximarme a los estudios sociológicos y sociales de la literatura de un modo no simplista, así como a la hora de explicar las redivivas y complejas cuestiones suscitadas por el poliedro que llamamos literatura y sociedad.

Ese inasible y, a simple vista, paradójico corazón periférico existe objetivamente sólo como un constructo mental, esto es, como una idea o forma histórica y productiva de lo real: una realidad material a su modo. No hay más corazón tangible que ese musculoso motor central aludido, base referencial a su vez de un macrosímbolo de nuestra cultura. Sin embargo, la idea

de considerar una suerte de órgano a una pluralidad de elementos y factores que cumplen o ayudan a cumplir funciones plurales, mayores y menores, cuantitativas y cualitativas —órgano es aquella parte del cuerpo que ejerce una función— que van a desembocar en el cumplimiento de una función superior como es la de reenviar la sangre a la bomba cardiaca y asegurar el funcionamiento del aparato circulatorio y, con él, la vida de un individuo, dista mucho de ser caprichosa deducción o más o menos afortunada metáfora. La idea de la existencia de una suerte de corazón periférico es tanto resultado de observaciones y consecuentes procesos inductivos como de la aplicación sobre lo real inmediato de ciertas conjeturas e hipótesis que han alimentado una deducción.

Pues bien, después de tan extenso razonamiento previo, puedo afirmar mediante un razonamiento análogo que el corazón real del hecho literario y el corazón real de los estudios literarios paralelos no se explican constitutivamente sin la existencia real del corazón periférico que es toda sociedad —y dichos estudios, en una suerte de explicación interna a su vez, no se explican sin el corazón periférico que conforman los estudios de su plural dimensión social. La sociedad no existe sino como un constructo mental, una idea obtenida por procesos tanto inductivos como hipotético-deductivos para nombrar con la misma una pluralidad de elementos y factores, lo que dificulta el establecimiento de objetos de conocimiento y llena de vaguedad la disciplina sociológica¹⁹, que cumplen muy

19. Francisco Ayala dedica un apartado del capítulo primero

diversas funciones, mayores y menores, cuantitativas y cualitativas, que se orientan en el cumplimiento de la función o funciones que, en nuestro caso, viene a desarrollar el fenómeno literario. Así pues, el hecho de que los elementos y factores sociales se desarrollen de modo plural y diverso en relación con la literatura —en realidad, los entes literarios—, para nosotros punto de partida y objetivo dominio de estudio, resultando difíciles de aislar y de establecer, no debe llevarnos a ignorarlos y sí a reconocer en cualquier caso su importancia radical y constitutiva por lo que respecta a la actividad literaria. Tal y como vengo razonando, periferia y centro conforman una unidad, alimentan un proceso. En cualquier caso, los elementos periféricos pueden que rodeen un núcleo, pueden estar “lejos”, pero en nuestro caso nunca están “fuera”. Son elementos indispensables de un proceso. Por esta razón, he de exponer la obviedad de que no concibo, desde la perspectiva metateórica adoptada, los estudios sociológicos y sociales de la literatura ni su dominio de estudio representado por el poliedro literatura y sociedad en cualquiera de sus caras, del que hablaremos en uno de los apartados siguientes, como realidades ajenas al sistema literatura, lo que no debe hacer pensar que reconozca como válidas muchas

de su *Tratado de sociología* al tratamiento del desprestigio de la sociología a causa de la imprecisión de su contenido y propósitos, haciendo referencia al problema de fijar su exacto objeto de conocimiento, así como a la desmesurada amplitud y turbadora vaguedad de los contenidos que su nombre cubre (Ayala, 1961²: 6-7).

teorías de este paradigma en su lógica interna, tales como las deterministas del equivalente social y las más simplistas teorías marxistas del reflejo, por recordar sólo algunas en este sentido ni tantas otras que conciben la literatura y la sociedad como entidades autónomas ellas mismas. El fácilmente perceptible corazón central de la literatura, interesadamente reconocido-doblado y privilegiado en su estudio, y el difuso e inasible corazón periférico de la sociedad, por decirlo así, son elementos constitutivos del sistema literatura. Así pues, el tratamiento de aspectos textuales y contextuales —también, pretextuales, subtextuales, paratextuales, etcétera— o estéticos y extraestéticos o discursivos y extradiscursivos o ficcionales y ciertos o verdaderos²⁰, desde la perspectiva del texto o desde la mediación, etc., no viene a ser consecuencia sino de algunos cortes teóricos o instancias sobre la complejidad de lo real literario para proceder a su conceptualización y comprensión formando parte de la manera que fuere —vaso venoso o arteria coronaria autoabastecedora del

20. No podríamos hablar de la existencia del mundo de la ficción verbal si no aceptáramos la existencia de lo que llamamos mundo real, sin entrar ahora en consideraciones sobre la verdad del mundo aparente ni la apariencia del mundo real, lo que escapa a mi propósito en este trabajo. De todas maneras, esta explicación dual, ya presente en los albores del pensamiento griego y que llega hasta hoy —el mundo verdadero ha sido explicado como fábula (Nebreda, 2003)—, nos resulta muy operativa para nuestra relación con lo real y con lo real literario, aunque haya podido ser un estorbo a la hora de comprender que el universo de la ficción es él mismo una forma de lo real, si es que no reducimos lo real positivístamente a la exterioridad empírica.

propio motor, para seguir con nuestra vía de explicación metafórica— de los estudios propiamente literarios. Ahora se comprenderá que haya usado y extrapolado²¹ una de las fundamentales proposiciones teóricas de Lacan a la hora de explicar en su caso la emergencia de la subjetividad —el conocido estadio del espejo como formación de la función del yo—, propias del horizonte del psicoanálisis²², para encabezar junto a

21. Edmond Cros (1997), más que extrapolar, se sirve en su proyecto teórico sociocrítico de algunas reflexiones de Lacan sobre cómo el sujeto se aliena al aparecer siempre *representado* en detrimento de su verdad, pues *Ello habla de él y en ello es donde se le aprehende*, a la hora de elaborar el concepto de sujeto cultural o instancia que integra a todos los individuos en la colectividad dado que la cultura, siempre específica y concreta, cumple la primordial función de enraizar una colectividad en la conciencia de su propia identidad. Este razonamiento le lleva a afirmar que el *yo* cede su sitio al *ellos*, operando así el sujeto cultural tras la máscara de la subjetividad, pues esta instancia se construye en el espacio psíquico de un único individuo. Señala igualmente que el sujeto cultural forma parte ante todo de la problemática de la apropiación del lenguaje en sus relaciones con la formación de la subjetividad y con procesos de socialización, por lo que el sujeto no se identifica con el modelo cultural, sino que es ese modelo cultural el que lo hace emerger como sujeto. A partir de aquí aplica el esquema explicativo lacaniano de la emergencia de la subjetividad, proponiendo la hipótesis de que el *sujeto cultural* y el *Ego* emergen al mismo tiempo.

22. Téngase en cuenta que el psicoanálisis trata de descubrir, por decirlo así, totalidades significantes en relación con los hechos literarios, en lo que viene a coincidir con cierta sociología de inspiración marxista. Tanto una como otra vía, al plantearse la relación del hecho literario con la realidad, o bien hacen hincapié en el inconsciente del autor o bien en la realidad social. En

dos citas más el presente libro. Recordémosla: *Ello habla de él y en ello es donde se le aprehende.*

Claro que tal radical planteamiento me obliga a adelantar en parte el tratamiento del problema de la especificidad de la literatura, dadas las no pocas concepciones que vienen a segregarla de la sociedad, concepciones que, ya por su veneración estética ya por su radicalidad teórica excluyente, se resisten a explicar lo que conciben como “superior” o específico por lo que consideran “inferior” o social, como si la literatura sólo pudiera ser causa de sí misma, despreciando la concepción que la da como un conjunto de prácticas específicas de cultura que, en relación de interdependencia con otros conjuntos de prácticas sociales, se desarrolla en sistemas diferenciados, por lo que tampoco resultan aceptables desde mi punto de vista aquellas explicaciones que tienden a una suerte de disolución de la literatura en pie de igualdad cuantitativa con otros hechos de cultura, masivos o no. No puede disolverse una práctica estética tan compleja que viene a constituir “el lugar discursivo en que mejor se dan cita el mayor número imaginable de lugares culturales” (Llovet, 2002: 59). En este sentido, no resulta extraño que convivan concepciones esencialistas de la literatura que acaban por divinizarla con aquéllas que, de

cualquier caso, reducen la obra a una significación fundamental, desconsiderando otras posibles significaciones, tal como plantea Maurel (1997: 51-52). Por otra parte, tanto la sociología como el psicoanálisis han mostrado su colaboración a la hora de estudiar la imaginación social (cf. Sánchez Capdequi, 1994; Castoriadis, 2002).

un supuesto materialismo, no pocas veces grosero y siempre reductor, terminan ignorándola en su calidad de diferenciado hecho cultural complejo, práctica radicalmente histórica, que cumple muy diversas funciones. Por esta razón, debemos sospechar de tales concepciones, por lo que hay que fundarse en la realidad a la hora de construir explicaciones de la cultura literaria para evitar toda segregación social, caricaturización, simplificación, devaluación o revaluación de la misma y para, tras tratar de comprenderla en su complejidad y especificidad histórica y social, abordar los procesos de su producción, uso y funcionamiento, entre otros aspectos. Ahora bien, la especificidad histórica y social de que hablo no tiene nada que ver lógicamente con los fracasados intentos especificadores de la literatura de los formalistas, aquellos cultivadores de lo que Bajtín llamó la estética material²³. Pero, insisto, no puede confundirse diferenciación con reconocimiento de una serie aislada socialmente en su suprema ver-

23. Según Bajtín (1975: 13-30), la sobrevaloración del aspecto material en la creación artística por parte de los formalistas rusos explica el hecho de que se refugiaron en la disciplina lingüística, disciplina necesaria sólo auxiliariamente. Por esta razón, los considera cultivadores de una suerte de estética material, inaceptable corriente, en sus aspectos globales, que persigue su autonomía frente a la filosofía sistemática, resultando sólo útil para el estudio de la técnica de la creación artística e inútil, consecuentemente, para el estudio de la creación artística en su conjunto, con su especificidad y significación estética; y para la explicación del objeto estético, las formas arquitectónicas y compositivas, las formas híbridas e impuras de lo estético y el arte en la unidad de la cultura y del proceso histórico de la cultura (cf. Chicharro, 1998).

dad lingüística. La historia no conoce series aisladas, como afirmó también Bajtín. Por lo tanto, *Él* y *ello* son interdependientes. Hablar de la literatura o *Él* y de la sociedad o *Ello*, para entendernos ahora, es un modo de decir teóricamente una compleja unidad, al tiempo que nos sirve para reconocer la obviedad de la radical importancia constitutiva que tiene toda sociedad en los procesos concretos de su desarrollo, procesos en los que hecho literario y sociedad emergen conjunta e indisolublemente, lo que equivale a reconocer en todo caso que la especificidad del hecho literario “históricamente variable, y múltiple, es una función de la economía global del discurso social y no se entiende en términos inmanentistas, sino en términos de trabajo interdiscursivo”. (Angenot, 1991: 151). Por otra parte, hablar ahora de los estudios que se llaman literarios o *Él* y de los estudios sociológicos y sociales de la literatura o *Ello* es un modo decir asimismo una compleja unidad. Con una argumentación próxima, Marc Angenot no es que considere literarios de pleno derecho los estudios sociológicos y sociales de la literatura —con las matizaciones expuestas aceptando el problema de la indeterminación del objeto y haciendo descansar en el discurso social la especificidad del hecho literario, como acabamos de leer en la cita—, sino que llega a considerar a las llamadas metodologías literarias “metodologías sociodiscursivas pervertidas por su aplicación a un objeto fetichizado” (Angenot, 1991: 151).

Si he planteado tan larga cuestión preliminar, es para dejar despejadas al menos por mi parte las dudas y descalificaciones que, con tanta frecuencia, se

han expuesto acerca de la pertinencia y operatividad *verdaderamente* literarias de los estudios sociológicos y sociales de la literatura, al tiempo que me sirvo de ella para dejar planteado un concepto de lo que pueda ser la literatura. En todo caso, tal planteamiento nos obliga a preguntarnos qué son estudios *verdaderamente* literarios. Pues bien, si tenemos en cuenta la situación histórica presente de la que hemos hablado con anterioridad la pregunta resulta inoportuna o, en el mejor de los casos, queda en realidad ya respondida, por cuanto se está operando una redefinición de lo que pueda ser la teoría de la literatura, del lugar que la misma ocupa y de su objeto de estudio, cuestionándose su proyección universal y revaluándose el lugar mismo de la teoría de la literatura, “disciplina que define su objeto dentro de un marco cultural global y no de una forma específica” (Asensi, 2000: 145), tal como hemos considerado, produciéndose un ensanchamiento de tales estudios. En este sentido, el editorial del número 1 de *Prosopopeya*, expresivamente titulado “Concentración y dispersión de la teoría literaria” no deja lugar a dudas:

En efecto, la historia de la teoría literaria es la historia de una oscilación entre la concentración en el texto literario mismo en tanto materialidad lingüística y la dispersión que convoca la necesidad de disciplinas como la filosofía, la psicología, las diferentes clases de sociología, las otras artes, etc. [...] Que durante los últimos tiempos la teoría literaria se haya hecho cargo, entre otras cosas y como también indica Pozuelo, de la intervención que tienen los sujetos en la construcción de la teoría y

no tanto del texto, de su emisión o recepción, no es sino un síntoma de ese movimiento de dispersión al que estamos haciendo referencia. Pero como se acaba de decir, se trata de una dispersión lógica, pues la teoría literaria no obtiene su condición de posibilidad sin su “otro”, que es también su “mismo”, representado por aquellas disciplinas “externas” cuyo paradigma es la filosofía. Ello es, a nuestro juicio, tan cierto como que esas disciplinas “externas” tienen su condición de posibilidad en el reconocimiento de su alteridad representada por la literatura y por la teoría de la literatura. (*Prosopopeya*, 1999: 3).

Si, como acabamos de leer, la teoría literaria no obtiene su condición de posibilidad sin su “otro” que es su “mismo”, no cabe más discusión a la hora de reconocer como *verdaderamente* literarios cualesquiera estudios que se ocupen ya del corazón real de la literatura ya de su corazón periférico en el marco de una cultura global, esto es, que presten su plural atención al sistema literatura, si es que no lo hacen en relación con el sistema de administración de lo literario, en donde, tal como exponía Pozuelo Yvancos, anda ocupada la teoría literaria actual, planteando incluso en el caso del debate norteamericano una pugna fronteriza “desde la periferia al centro del sistema de administración de lo literario” (Pozuelo Yvancos, 1999: 96)²⁴.

24. El proceso de mundialización que vivimos y el protagonismo alcanzado por Norteamérica en el mismo permitirá comprender la difusión y, en algunos casos, el efecto multiplicador

De todos modos, dejando de lado ahora el debate norteamericano, se observa en el seno de los estudios literarios de nuestro tiempo numerosas teorías que confirman la apertura a nuevos ámbitos de estudio que van más allá del corazón central del texto haciendo uso de las aportaciones de diversas disciplinas, lo que supone redefinir el concepto mismo de ciencia de la literatura con que el que venía operándose desde los años de refundación de la poética. Es el caso de la teoría empírica de la literatura, de S. J. Schmidt que

que ha tenido el debate sobre los estudios literarios que se viene manteniendo en dicho país. No cabe aquí dar cuenta del mismo. Me limitaré a remitir al libro de Wlad Godzich (1998) y a recoger la expresiva muestra de un testimonio crítico no menor al respecto efectuado desde la perspectiva de un teórico de la Literatura Comparada como es Claudio Guillén, quien fuera profesor de la Universidad de Harvard: “Debo añadir también unas palabras acerca de la situación en Norteamérica, que ha sido anómala en los últimos años. Durante al menos tres cuartos de siglo las mejores universidades de Estados Unidos y el Canadá han abierto sus puertas a la Literatura Comparada, creando departamentos donde han trabajado a sus anchas [...] la primera plana del estudio de la literatura. En esos departamentos se llevó a cabo el giro radical [...] por la irrupción de los llamados *Cultural Studies* y otras formas de expresión de intereses de las minorías raciales y culturales —afroamericanos, asiáticos, chicanos y otros hispanohablantes— en Estados Unidos. Los fenómenos estudiados deben entenderse mediante lo que se ha denominado “contextualización”, término fácil y borroso que designa muy rudimentariamente las relaciones entre la obra y su entorno sociohistórico. De poco sirve responder que es precisamente la Literatura Comparada la que se abre desde antiguo al conocimiento de las literaturas orientales y africanas y americanas, como desde luego, desde tantos ángulos, a la historia social y económica.” (Guillén, 2001: 105-106).

se presenta como una teoría —no participativa— global de la comunicación literaria, cuyo objeto no es otro que el estudio abstracto-formal —para su aplicabilidad— de la producción, mediación y recepción literarias, así como del “procesamiento” cognitivo de la literatura, por lo que mantiene relaciones con las teorías sociológicas, empíricas y dialécticas, y el pensamiento marxista. Esta teoría, que se sustenta en una perspectiva materialista de investigación, no se limita al dominio de las obras literarias o de los textos, ofreciéndose como una teoría compleja que no considera aisladamente los hechos literarios, por lo que no separa sus facetas lingüístico-comunicativas de las sociales ni éstas de las estéticas. De modo análogo, es decir, no considerando la literatura como una actividad aislada en el orden social, sin que necesite ninguna ley o principio formulado para ella en exclusiva, y ampliando la perspectiva y el dominio de estudio, procede una vía reflexiva como la teoría de los polisistemas, para la que la literatura se comporta como cualquier otro sistema sígnico organizado socialmente y por ello integrado dentro de otros polisistemas más amplios como la cultura o la sociedad. Esta teoría, según expone Montserrat Iglesias,

se va convirtiendo paso a paso en una Ciencia de la cultura, en cuyo ámbito se puede dar cuenta de la creación y distribución de los distintos modelos socio-culturales a través de las nuevas prácticas de análisis textual y semiótico [...] en el mismo sentido [que] presentan las teorías semióticas de Lotman, y desde otra tradición, el trabajo de Pierre Bourdieu. (Iglesias, 1994: 346).

Esta apertura se observa efectivamente en la semiótica de la cultura, aparte de en otras de base sociológica que, como la de Pierre Bourdieu, tiene un extraordinario interés para los estudios literarios por cuanto pretende sentar las bases de una “ciencia de las obras” que se ocupe tanto de la producción material de las mismas como de la producción de su valor, pretendiendo superar así los planteamientos restrictivamente sociológicos (cf. Asensi, 2000), de lo que también hablaremos. El desarrollo e importancia de estas teorías confirman mi aserto acerca de la vital importancia que para el corazón central de la literatura posee el reconocimiento y estudio de nuestro imaginario corazón periférico. De ahí que lo estudios literarios se vean obligados a romper la clausura verbal y, con objeto de aportar nueva luz sobre el complejo funcionamiento de los hechos literarios, recurran a otros saberes disciplinares, tal como expone Manuel Asensi:

Lo dicho hasta ahora significa de manera esencial que el espacio de la teoría literaria es heterogéneo en la medida en que recurre a ciencias y métodos de otros espacios humanísticos y / o científicos para dar cuenta de la literatura, hasta el punto de que, como sucede en los *Cultural Studies* o en el marxismo post-estructural, acaba a veces disolviéndose en puntos de vista más amplios que la engloban. (Asensi, 2000: 149).

Con las argumentaciones expuestas, habrán quedado despejadas en alguna medida las dudas y descalificaciones que en ocasiones se han vertido acerca de la pertinencia y operatividad *verdaderamente* literarias de los estudios sociológicos y sociales de la literatura,

dada la ya descrita situación de radical apertura de nuestro tiempo teórico. Ahora bien, no siempre fue así en nuestro ámbito disciplinar tanto por los excesos y exclusiones cientificistas del paradigma semiolingüístico como por las reflexiones esteticistas sobre literatura, de tan larga vida y proyección a lo largo y ancho del siglo XX, teorías y reflexiones que nunca dejaron de pensar en el corazón central del texto como si fuera motor de sí mismo y lengua especial generadora de su belleza. En cualquier caso, como de sobra conoce el lector, tanta resistencia teórica comenzó a quebrarse como consecuencia de nuevas reflexiones que renunciaron al estatismo y a la clausura del signo privilegiando el enfoque dinámico, el concepto de texto como signo integral y, en consecuencia, el estudio de los aspectos pragmáticos de ese proceso, tal como exponía en clara síntesis Vázquez Medel:

El enfoque estático de la literatura ha sido sustituido por el dinamismo del postestructuralismo semiótico. La teoría ha gravitado desde la consideración del código a los actos de habla; desde el signo al texto, desde la estructura a los procesos de enunciación que la generan y dan razón de ella. Las consideraciones acerca de la lengua literaria se han transformado en teorías del texto literario. El componente pragmático de la semiótica ha ensanchado la óptica, desde la investigación del signo y sus procesos internos, hacia el análisis de la relación del signo con los restantes factores comunicativos, y se amplía la teoría del signo hacia el proceso en el que un signo material produce la semiosis. (Vázquez Medel, 1987: 116).

Por esta razón, Pozuelo Yvancos reconocía en su *Teoría del lenguaje literario* el momento de superación teórica y, como consecuencia del mismo, el reconocimiento de la pertinencia de la investigación sociológica de la literatura:

La propia evolución de la teoría lingüística ha venido en última instancia a deshacer esa dicotomía —fértil en su momento, pero ahora falaz— entre acceso inmanente / acceso no inmanente. La descripción adecuada de las propias estructuras textuales ha hecho ver que la lectura, la convención histórico-normativa, o la investigación sociológica del hecho literario no podían marginarse, entre otras cosas porque tales fenómenos no son “extrínsecos” a la lengua literaria. (Pozuelo Yvancos, 1988: 63-64).

A pesar del botón de muestra de este global reconocimiento de los estudios sociológicos, no faltan otros acerca del interés y validez de los mismos sobre todo por lo que concierne en buena lógica al estudio de los efectos sociales de la obra, así como de la obra como hecho social, si bien no son considerados estudios “directamente literarios”, con excepción de los estudios sociocríticos por cuanto se ocupan del mundo ficcional de la obra, esto es, de alguna manera de la obra en sí (Bobes Naves, 1994: 37-38). En fin, podría traer a estas páginas nuevos comentarios y consideraciones con descalificaciones absolutas sobre la pertinencia literaria de los estudios sociológicos y sociales de la literatura, efectuados ciertamente desde una perspectiva bien distinta de la que hasta ahora hemos considerado.

Pero no aportarían nada nuevo a mi argumentación. Es más, también podría aportar ahora desde el lado de los estudios sociológicos y sociales —en todo caso, lo haré en un apartado siguiente— algunos comentarios en sentido contrario, esto es, algunos razonamientos en los que no sólo se rechaza la pertenencia de dichos estudios al ámbito de la teoría de la literatura y su paralela y directa adscripción a la sociología, sino que en algunos casos se argumenta acerca de la posibilidad de elaborar una ciencia *otra* de la literatura. En cualquier caso, conviene dar un giro de tuerca a estas cuestiones de principio desde la perspectiva de las relaciones de los estudios de nuestro interés con la estética y la investigación estética, ya que no son pocas las teorías de este ámbito que se inscriben en el dominio de la estética —piénsese en las estéticas hegeliano-marxistas, por ejemplo—, si bien la mayoría de los estudios teóricos que centran nuestra atención tratan de desarrollarse al margen de la estética, siguiendo para ello la propia tradición disciplinar de la sociología y, cómo no, la iniciada en las primeras décadas del siglo XX por la teoría de la literatura lingüístico-formal.

Los estudios sociológicos y sociales de la literatura y la estética

El ancho espacio disciplinar que denominamos sociología de la literatura no ha podido permanecer ajeno a la discusión general sobre la especificidad del saber teórico literario y su relación con la disciplina

estética, habiendo contribuido, con sus excesos (cf. Ambrogio, 1975: 172, donde crítica el exceso positivista de disolución de los hechos artísticos en fenómenos extraestéticos o documentos históricos), en no poca medida, a la construcción de una concepción del saber teórico de la literatura como un saber fundado en la investigación y no en la participación literaria (Schmidt, 1980: 19) y produciendo un saber que no sirve de correa de transmisión estética, excepción hecha de ciertas prácticas propiamente crítico literarias que, a pesar de considerarse sociológicas, no reniegan de su condición esencial de discurso valorativo sobre la particularidad de las obras²⁵, un discurso “que difiere de (aunque parte de) la *experiencia* literaria” (Mignolo, 1986: 9) y que, dejando por tanto de lado el problema del valor literario, problema fundamental para la estética, tiene por objeto la explicación de los principios generales de la literatura (Mignolo, 1986: 19). Así

25. Según Jacques Dubois (1970), la crítica sociológica no debe verse desplazada hacia una periferia en que lo literario se confunda con fenómenos de otra naturaleza, constituyendo su misión primera designar lo que hay de *común* en el arte y mostrar luego cómo se efectúa el paso del fenómeno colectivo al producto estético, es decir, cómo se transforma el hecho social, por obra del escritor, en obra de lenguaje e imaginación, evitando considerar la obra como un simple reflejo y afirmando la relación de la misma con la realidad como una relación dialéctica en la que juega un papel la libertad creadora. Además, debe ser plenamente crítica, es decir, debe explicar obras particulares y debe establecer un juicio sobre ellas, un juicio novedoso al imponer una noción relativa de lo que son la originalidad y el valor al ligar la creación a lo colectivo.

pues, el problema del valor es capital para la estética, ya se trate de una estética normativa que intente el establecimiento de las reglas del gusto o ya se trate de una estética que se ocupe de definir las condiciones formales de un juicio estético, tal como razona Eco (1972: 64), o ya se ocupe de lo que Morawski llama *cualidades valuativas* (Morawski, 1974: 15).

Pues bien, un primer conjunto de estudios, los propios de la llamada sociología empírica de la literatura —extrínseca la denomina Matamoro (1980: 144)—, se ha venido desentendiendo desde un principio de operar con criterios estéticos y categorías propias de la estética al perseguir una objetividad científica al estilo de la sociología “libre de valoraciones” propugnada por Weber. Así, no teorizan sobre el espacio textual literario y la estructura social y sí lo hacen en cambio para dotar de medios cognoscitivos a las investigaciones empíricas, demostrables y objetivas, sobre los hechos literarios en su circulación social. Como se comprende, esto no quiere decir que no reconozcan el carácter estético de los textos literarios, sino que conciben lo estético como un fenómeno que sólo puede apreciarse intuitiva e individualmente. Esta es la razón de porqué estas teorías se conciben como parte de una disciplina particular de la sociología general, separada, pero no opuesta, de la ciencia de la literatura (Riezu, 1978: 44) y, por supuesto, de la estética²⁶. Esto explicaría ciertas

26. Francisco Ayala mantiene un planteamiento de este tipo en la segunda parte, escrita en 1949, de su famoso estudio *El escritor y el cine*, al ocuparse de las condiciones del arte cinematográfico, arte que se presta muy especialmente para este tipo de indagación,

diferencias básicas existentes entre una sociología del público y una sociología de la lectura, por ejemplo (cf. Zima, 1985: 213-225). Esta vía sociológica empirista y positivista ha eliminado, pues, de su horizonte la necesidad de proceder a una valoración estética de los fenómenos estudiados y la de emitir otros juicios de valor, lo que no es compartido por otras tendencias sociológicas de base dialéctica. Su propósito es el estudio estadístico-cuantitativo de datos relativos a la producción, la distribución y el consumo.

Por otra parte, un segundo grupo de teorías, las basadas en el materialismo histórico y el materialismo dialéctico —la teoría científica de la historia y la filosofía materialista propugnadas por el marxismo—, cuentan con teorías sociales, teorías sociológicas y teorías estéticas y literarias. Pues bien, Rodríguez Puértolas (1984: 240-243) señaló las dos direcciones, nada casuales y más que curiosas, en que se mueven las teorías marxistas con respecto a la estética, nombrándolas por su expresiva procedencia geográfica: las del marxismo soviético, que aceptaban lo estético, y las

según dice. Pues bien, afirma allí que se desentiende de criterios estéticos, que no se propone captar el arte cinematográfico en su sentido específico ni en su esencia, concluyendo con el siguiente razonamiento: “Este enfoque tiene su sentido propio, aunque de rechazo pueda reportar algún servicio al esclarecimiento de la naturaleza esencial del objeto; y esa peculiaridad de sentido se advierte con sólo pensar que para la Sociología entran en consideración las obras de arte con total independencia de su eficacia estética, y que incluso puede interesarse con mayor fruto en las producciones malogradas que en las —siempre excepcionales— marcadas por el acierto” (Ayala, 1996: 49, n.1).

del marxismo "occidental", que se enfrentaban mucho más radicalmente con la cuestión. Como ilustración de las teorías marxistas del primer grupo pueden servir las siguientes programáticas palabras de Nedoshivin, escritas al calor de una situación histórica hoy periclitada, tomadas de su trabajo *La estética marxista como ciencia* (1960), en las que, no sin contradicciones (ciencia general / ciencia partidista, arte general / arte socialista, formalismo y naturalismo / realismo socialista, experiencia artística de la humanidad / experiencia artística de una clase social. etc.) se reflexiona de lo general a lo particular:

La estética es la disciplina científica que estudia las leyes generales del desarrollo de las relaciones estéticas del hombre con la realidad y, especialmente, el arte como forma específica de la conciencia social [...] La estética es una disciplina filosófica [...] [que] se halla en relación con la filosofía marxista-leninista [en el aspecto gnoseológico, la teoría del reflejo, y en la concepción materialista de la historia] [...] La estética marxista-leninista representa una fase nueva y superior en la historia del pensamiento estético. Nace y se desarrolla sobre la base de la asimilación crítica y de la reelaboración creadora de las adquisiciones de todo el pensamiento estético avanzado de otros tiempos y constituye una generalización científica de la experiencia artística de la humanidad que ha enriquecido, a su vez, la experiencia del arte socialista [...] La estética soviética es una ciencia partidista [...] [contra] la ideología burguesa reaccionaria, contra el formalismo y el naturalismo y

en favor del florecimiento del realismo socialista. (Nedoshivin, 1960: 97-100).

Existen, pues, estéticas marxistas que, aunque han intentado redefinir tal disciplina, terminaron respondiendo a preguntas y haciendo suyos problemas “esenciales” de la misma, algo que el mismo Jameson rechaza (1981: 12), tal como ha explicado Wahnón:—

Muchos de ellos [teóricos marxistas] han pretendido elaborar, fundamentándose en los principios del materialismo dialéctico (es decir, de la filosofía materialista), una Estética y, con ella, una teoría de la literatura que, por ser parte de la filosofía materialista y no de la ciencia materialista (ciencia de la historia), tiene en cuenta no sólo la dimensión histórica, social de la literatura sino también lo que podría llamarse su dimensión antropológica, transhistórica [...] Desde este punto de vista la teoría marxista de la literatura está más relacionada con la teoría general del conocimiento que con la sociología. (Wahnón, 1991: 127).

De todas maneras, no puede perderse de vista la existencia de otras reflexiones de base marxista de gran calado en el dominio de la estética como las de Lukács y Adorno, miembros de las llamadas Escuela de Budapest y Escuela de Frankfurt, respectivamente, que ejercieron una gran influencia durante largos años. En esta dirección apuntan también las reflexiones de Adolfo Sánchez Vázquez (1970: I, 26-27), si bien sitúa la estética marxista en los principios del materialismo histórico. Para este teórico de origen español, la

existencia de la estética marxista se justifica como disciplina específica al aportar razones para comprender el hecho artístico en su esencialidad y universalidad. Su antología de textos teóricos sobre las más diversas cuestiones de estética y marxismo —el marxismo y la estética; la esencia de lo estético; la naturaleza del arte; la obra de arte; arte, ideología y sociedad; arte e historia; valoración estética y crítica artística; realismo y arte moderno; arte y capitalismo; arte y socialismo; y arte y política— es un buen ejemplo de la apertura y discusión de planteamientos que desde 1917 en adelante han mantenido una relación lógica con el pensamiento de Marx y Engels (Sánchez Vázquez, ed., 1970). En dicha obra expone una fundamentada y extensa introducción sobre los problemas más controvertidos de la estética marxista, a partir de su idea de la misma como teoría de una praxis creadora específica, es decir, una concepción que permite dar cuenta no sólo de las diferentes formas que históricamente asume el arte, sino también explicar sin caer en el sociologismo determinados fenómenos artísticos-sociales (Sánchez Vázquez, 1985: 8). Todo ello como fruto de una rigurosa investigación desarrollada en los años sesenta que se plasmó en su libro *Las ideas estéticas de Marx (Ensayo de estética marxista)* (Sánchez Vázquez, 1965). Sánchez Vázquez parte, pues, de una concepción de la praxis como un gozne en que se articula el marxismo en su triple dimensión de proyecto, crítica y conocimiento (Sánchez Vázquez, 1985: 9), rechazando el teoricismo, así como toda estética y teoría del arte normativas y las que consagran el arte realista como el arte auténtico, concibiendo el arte por el contrario

como una forma de praxis cuyo fundamento reside en el trabajo humano.

El proceso de construcción de una teoría marxista en este sentido ha sido tan interesante como contradictorio (cf. Sánchez Vázquez, 1970; Morawski, 1974 y 1977, entre otros) pues se ha definido la misma en relación sustantiva con saberes sociológicos y filosófico-estéticos ajenos a su propio proyecto teórico. También ha resultado de interés el otro proceso teórico marxista, el de procedencia "occidental" de que hablaba Rodríguez Puértolas, que, al igual que ha venido ocurriendo paralelamente con determinadas teorías lingüístico-semiológicas a lo largo del pasado siglo XX, rechazó el dominio filosófico de la estética como espacio disciplinar donde asentar su trabajo teórico de pretensiones científicas, pues no se ha dejado de reproducir la base de la misma. Así, Balibar y Macherey (1974) han afirmado que la elaboración de una estética marxista remite a dos tipos de problemas: el problema de cómo explicar la modalidad ideológica particular del arte y el problema de cómo analizar y explicar la posición de clase de un autor y más concretamente de un texto literario. El primero es una *imposición* a la teoría marxista por parte del horizonte teórico dominante que requiere al marxismo para *producir una estética*. Esta imposición provoca, en el caso de ser rechazada por el marxismo, una acusación de incapacidad teórica para explicar el arte; y en el caso de ser aceptada, una absorción de valores ajenos a la teoría marxista. Existe de cualquier forma la posibilidad —ponen de ejemplo ciertos textos de Lenin— de construir un conocimiento del arte

y de la literatura como formas ideológicas, lo que equivale propiamente a negar la estética en general y una estética marxista en particular. La propuesta de estos teóricos althusserianos es la elaboración de una teoría de la ideología y de la ideología literaria.

Pero no queda aquí esta reacción, porque uno de los más sólidos e influyentes teóricos de formación marxista, Bajtín, muy preocupado por los aspectos cognoscitivo y signico de la literatura, reflexionó con anterioridad sobre el capital problema de la relación que puedan guardar los estudios literarios de orientación científica con respecto a la disciplina estética. Bajtín (1975: 13-75) teoriza en este sentido por reacción a las posiciones de los formalistas rusos por cuanto éstos habían negado la estética para levantar su edificio teórico sobre el solar de la lingüística. Rechaza entender el problema de la esencia del arte en términos metafísicos por impedir éstos una aproximación científica y concibe la especificidad de lo estético en la unidad de la cultura humana. Entiende además la estética como un dominio metateórico, el metalenguaje de la ciencia literaria, que viene a profundizar el (escaso) nivel de la problemática de este campo cognoscitivo, ejerciendo un control epistemológico sobre las generalizaciones cuasicientíficas acerca de la historia literaria a que tiende la estética de la creación verbal (Bajtín, 1979: 19). Para él, la ciencia literaria no debe ser metafísica ni empirista ni "material", sino de orientación dialéctica y materialista, al especificar lo que es el contingente objeto estético (Bajtín, 1979: 75), de lo que es la pura y simple materialidad de la obra literaria y al propugnar la indagación de lo es-

tético literario como un tipo más de práctica cultural que no se delimita en sí mismo. Bajtín, al redefinir la estética general y la estética de la creación verbal en los términos considerados, contribuye eficazmente a lo que Simón Marchán (1971: 15) considera proceso de disolución de las estéticas sistemáticas de procedencia decimonónica, un proceso crítico que, según Ambrogio (1975: 172), envuelve

a toda estética especulativa, metafísico-idealista, totalmente ocupada en la búsqueda ansiosa de un principio último, universal, absoluto, en el cual subsumir como en una hipóstasis la múltiple fenomenología artística, y que se apoya en el criterio apriorístico de una indiscriminada y mística unidad del Arte. (Ambrogio, 1975: 172).

El teórico ruso trabajó, pues, por el desarrollo de una disciplina materialista que levanta su edificio teórico ni esencial ni estetizante sobre una base conceptual desvinculada de las prácticas estéticas, evitando toda confusión entre objeto real y objeto de conocimiento, distinguiendo entre conciencia cognoscente y conciencia estética, consciente de su propia historicidad y especificidad cognoscitiva en relación con las ciencias llamadas exactas, profundizando su problemática.

Tras estas consideraciones, es necesario nombrar otras corrientes sociológicas y sociocríticas que no han rechazado investigar sobre los discursos estéticos, sobre sus efectos y sobre la formación del valor estético de las prácticas literarias, si bien desde sus propias bases cognoscitivas ajenas a la disciplina estética. Es, por

nombrar siquiera algunos de los proyectos teóricos en este sentido, el caso de la sociología de Bourdieu, que estudia las condiciones sociales de la producción y la recepción literarias, esto es, del valor estético, sin desprestigiar la aproximación empírica; de otras aportaciones reflexivas del ámbito de la sociología de la lectura que, como las de Josza y Lennhardt, se sirven de la base empírica de experiencias estéticas para su investigación de la lectura como complejo acto social; y de las teorías sociocríticas del texto y del sujeto cultural. Por otra parte, no conviene olvidar las reflexiones sociosemióticas, cuyo marco teórico interdisciplinario no específicamente teórico estético —la apropiación estética y su racionalización queda en principio para otra dimensión cognoscitiva, de base hermenéutica (cf. Mignolo, 1986), la crítica literaria en concreto, así como para la disciplina estética en un nuevo plano de abstracción—, se nutre de diversas teorías materialistas.

Estas notas acerca de las relaciones entre los dominios propios de los estudios sociológicos y sociales de la literatura y de la estética, relaciones complejas que desarrollan ya el corazón periférico ya el corazón central de los estudios literarios, esto es, que se ocupan del plural estudio del poliedro literatura y sociedad, nos obligan a introducirnos en dichos estudios y a considerar ya más particularmente su tipología y, con las matizaciones consabidas, algunas de sus discusiones sobre su estatuto científico, esto es, sobre la construcción de su propio concepto. De este modo, podremos allegar algunos elementos que nos permitan comprender el sentido y orientación his-

tóricos de estas prácticas teóricas. Por este motivo, la discusión acerca de la estética como espacio disciplinar desde el que construir o no estudios sobre la literatura no es una cuestión menor, ya que dicha disciplina filosófica posee una radicalidad histórica y no sólo porque tenga un comienzo concreto en la Europa del siglo XVIII, sino porque constituye el fundamento teórico por excelencia de unas categorías ideológicas que, presentadas como universales y eternas, humanas más allá de su raíz, vienen a funcionar históricamente en una dirección determinada. Por esta razón, hemos leído anteriormente cómo algunos teóricos de estirpe materialista histórica se negaban a teorizar sobre el espacio de la estética por ser ésta una disciplina ajena al propio proyecto teórico del marxismo, según veíamos. Pero ajena ¿en qué sentido? Para responder a esta pregunta, me serviré de unas quintaesenciadas palabras de Antonio Sánchez Trigueros que suministran unas preciosas claves para comprender el sentido histórico originario de la estética:

Uno de los frutos de esa conciencia y fe en el hombre es la aparición de la Estética y la proclamación de su autonomía, así como la afirmación de la autonomía de las formas (cada arte tiene sus signos expresivos, según se dedicó a probar Lessing en su *Laocoonte*), proclamaciones todas ellas paralelas a la lucha emancipadora del sujeto. La Estética como ciencia distinta a la Lógica y anterior al discurso intelectual (*Vico dixit*), está comprometida en este proceso que trata de dar relevancia a las vivencias estéticas como algo propio del hombre, como expresión de su humanidad

y que trata de cumplir un servicio para completar y equilibrar la conquista de la razón y proyectar teóricamente los valores del conocimiento sensitivo (como “cognitio sensitiva perfecta” define Baumgarten el objeto de la *Aesthetica*, que acaba de fundar), otro de los instrumentos de creación y dominio del hombre sobre la realidad, que fortalece la concepción de la esencia subjetiva de la belleza. (Sánchez Trigueros, 1999: 471-472).

En definitiva, es un instrumento reflexivo de consolidación de la teoría del conocimiento de la modernidad burguesa en el dominio de las prácticas estéticas y una aportación decisiva a la hora de sustentar la categoría central de sujeto, categoría ideológica fundamental en el funcionamiento de las formaciones sociales europeas de la modernidad. Ahora se comprenderá que algunos teóricos marxistas consideren que esta disciplina es ajena a su propio proyecto de conocimiento. Ahora se comprenderá también la larga polémica marxista del humanismo y el rechazo de la palabra maldita *Hombre*, lo que enfrentó a goldmannianos y a althusserianos. Por eso, según afirma Juan Carlos Rodríguez, unir un término tan vacío como *Hombre* a un término tan indeciso como *Literatura* nos ha llevado a decir que la Literatura es la expresión del Hombre,

Lo cual se asemeja mucho al hecho de no decir nada. O peor aún a ignorar demasiado todo lo que se refiere a la dislocación personal, *id est*, a la explotación continua e inabarcable en la que vivimos. (Rodríguez, 2002. 13).

Aspectos fundamentales del paradigma sociológico de los estudios literarios

Los estudios sociológicos y sociales han nutrido uno de los más vastos territorios del pensamiento sobre literatura (cf. Ludz, 1966; Escarpit *et alii*, 1970: 303-313; Sánchez Vázquez, ed., 1970: I, 405-431, y II, 434-473; Angenot, 1977; Albiac *et alii*, 1978; Beugnot y Moureaux, 1982; *Libros sobre Literatura y Sociedad*, 1983; *Anthropos*, 1985, pp. 37-44; Alburquerque-Garrido Gallardo, 1991: 56-80; y Casas, 2002: 46-49). En dicho complejo, intrincado y, en ocasiones, políticamente sobredeterminado espacio, de imposible neutralidad histórica —en todo caso, la ilusión de objetividad y de neutralidad es ideológica, por cuanto resulta imposible en el dominio de las ciencias sociales (Zima, 1985: 29)—, lo que ha propiciado incluso teorías explícitamente adjetivadas de críticas²⁷, se han desarrollado contrapuestas teorías sustentadas en las contemporáneas tendencias filosóficas del progreso, de raíz antimetafísica, que han hallado su fundamento en

27. No son pocas las teorías que, en el dominio de las ciencias humanas, se aplican a sí mismas este adjetivo. Su uso supone tener en cuenta en el proceso de conocimiento tanto lo que es como lo que debería ser, recuperando así el sentido crítico originario del uso de la razón. Proceder así supone “negar lo dado, negador a su vez de lo posible, para rebasarlo hacia un horizonte de experiencia abierto” (González de Ávila, *apud Anthropos*, 2002: 5). Las teorías críticas no se limitan a verificar los hechos, sino que se preguntan por los mismos, lo que conduce al análisis de los “mecanismos de la violencia simbólica, la injusticia social o la dominación política” (González de Ávila, *apud Anthropos*, 2002: 6).

la racionalidad científica, construyéndose a partir de una concepción de la filosofía como teoría del saber científico, en unos casos, o a partir de su concepción como saber científico de las condiciones materiales de la vida social, etc., en otros. En esta base radican la filosofía positivista y la sociología, disciplina originariamente propiciada por ella, así como la teoría marxista que tan gran protagonismo lograron en los estudios teóricos de nuestro interés, lo que queda subrayado por las palabras de Alfredo Luzi:

Si se deja de lado una cierta atención a la importancia social del hecho literario observable en la literatura europea de sello romántico o post-romántico, los primeros indicios de una sociología de la literatura se pueden localizar en el momento en que la gnoseología positivista (aunque cargada de las limitaciones propias de un sociologismo determinista) aspira a presentarse como sistema clasificatorio de lo real. Entre el estudio sociológico en el ámbito literario y los cambios estructurales de la economía política (y, por tanto, de la condición social colectiva), se establece una especie de interdependencia: a medida que el hombre de letras o de cultura se hace consciente de la distinción entre objetividad del desarrollo social y creación estética, se hace más precisa la noción de complejidad de las relaciones entre arte y sociedad. Desde esta perspectiva la aportación del pensamiento marxista ha sido determinante. (Luzi, 1998-1999: 89-90).

Ahora bien esto no impedido que, como hemos visto en el anterior apartado, se haya producido otra clase

de estudios que alcanzan su sentido en relación con la disciplina estética y, en particular, con uno de sus más notables desarrollos, la estética hegeliana, cuya presencia se ha hecho notar a lo largo de los dos pasados siglos, sin olvidar los de base sociosemiótica y sistémica. Este es el motivo de que no resulte fácil asomarse selectivamente a tan extensos espacios reflexivos sobre los que se han vertido además toda clase de descalificaciones y sobre los que, como veíamos, han pesado dudas acerca de su pertinencia científica y operatividad metodológica *verdaderamente* literarias durante demasiado tiempo.

Pues bien, para dejar trazados al menos los límites de este territorio reflexivo, deberemos precisar qué se entiende por paradigma y, más particularmente, por paradigma sociológico de los estudios literarios, así como qué teorías lo conforman, señalando las relaciones que puedan mantener dichas teorías entre sí y las direcciones que hayan podido seguir en su desarrollo actual, si es que lo han hecho, o los estudios que hayan podido fecundar. Por otra parte, dado que vengo refiriéndome con frecuencia a las teorías que nutren la sociología de la literatura como estudios sociológicos y sociales sobre la literatura, me veo en la obligación de justificar en un lugar de este apartado tal preferencia terminológica en absoluto gratuita.

Desde que T. S. Kuhn publicara en 1962 *La estructura de las revoluciones científicas*, estudio en el que introdujo el concepto de paradigma, que tan notables cambios provocara en la idea de progreso científico y en la valoración de la dimensión social de la ciencia y que tan importante debate llegara a generar —el propio

filósofo de la ciencia lo matizó en 1969 proponiendo la nueva denominación de “matriz disciplinar”—, ha pasado el tiempo suficiente para que tal idea haya sufrido nuevas críticas provenientes de nuevos planteamientos frente a la ciencia y a la sociedad. Sin embargo, el empleo de esta herramienta conceptual sigue resultando operativa a la hora de ordenarnos con respecto al pensamiento literario y literaturoológico, dado el importante número de teorías existentes y las distintas problemáticas en que se asientan. Pues bien, un paradigma, según Kuhn, es lo que los miembros de una comunidad científica comparten y, recíprocamente, una comunidad científica consiste en hombres que comparten un paradigma. En otras palabras, las de Mignolo que lo aplicara en su día a los estudios literarios, un paradigma es

la imagen fundamental por la que una actividad científico-teórica organiza su campo de reflexión. Tiene por función definir lo que debe estudiarse, determinar qué tipo de preguntas son pertinentes, qué tipo de reglas deben seguirse para interpretar los datos y evaluar las respuestas obtenidas. El paradigma es, en suma, el marco de referencia más amplio aceptado por la comunidad científica [...] Ahora bien, mientras que en las ciencias físicas —que analiza Kuhn— el paradigma sirve para señalar el momento en que el paradigma “normal” es reemplazado por el paradigma “revolucionario”, lejos estamos de tal situación en los estudios literarios. (Mignolo, 1986: 46).

En efecto, puede decirse que en el dominio de los estudios literarios más que paradigmas sucesivos hay

paradigmas paralelos, por lo que coexisten básicamente el semiológico, el fenomenológico, el psicoanalítico y el sociológico²⁸, capaces de generar respectivamente varias teorías en su seno que, a su vez, pueden relacionarse con teorías de otro paradigma (Mignolo, 1986: 49). Si no caemos en la rigidez clasificatoria, considerando los elementos clasificados como elementos estancos, ni dejamos de establecer y reconocer consecuentemente fecundos contrastes entre los paradigmas y sus teorías ni olvidamos su dimensión social, esta idea sigue siendo válida para establecer límites y mantener así un fecundo diálogo metateórico con los estudios literarios. Por este motivo y sin ninguna reserva, hablamos en el presente trabajo del paradigma sociológico de los estudios literarios.

28. No es necesario insistir en los múltiples intentos teóricos de considerar paradigma lo que a la postre no deja de ser una teoría de uno de los paradigmas nombrados en relación con otras teorías y paradigmas, como es el caso del nuevo paradigma que H. R. Jauss, teórico de la Estética de la Recepción, defendiera a finales de los años sesenta, cuya importante teoría vino a nutrir el paradigma fenomenológico-hermenéutico. Otro tanto cabe decir del llamado "paradigma empírico", que albergaría las teorías sistémicas (cf. Iglesias, 1994: 311, n. 1). También se habla hoy del "paradigma cognitivista". Por otra parte, los llamados estudios culturales y demás estudios relacionados con los mismos, dado que tratan de escapar a la lógica del discurso científico, no pueden ser considerados elementos de un nuevo paradigma. El giro cultural iniciado, como hemos tenido ocasión de ver, se ofrece como un discurso alternativo al propiamente literatrológico, partiendo de una nueva concepción del discurso teórico, de su ubicación, función, etcétera.

El paradigma en cuestión está formado por aquellas teorías que, desde la problemática sociológica o desde la materialista histórica o dialéctica, esto es, marxista, o desde la perspectiva sociosemiótica / semiosociológica se ocupan del estudio del poliedro literatura y sociedad. Por esta razón, la explicación que efectúa Mignolo (1986: 49) del mismo resulta restrictiva por cuanto considera teorías propias de este paradigma sólo a una parte de aquéllas, las que se derivan del cuerpo teórico del marxismo, razón por la que el mismo hubiera soportado mejor el adjetivo de marxista que el de sociológico. Según razona, el paradigma en cuestión está formado por las teorías que intentan responder a las preguntas que suscitan las relaciones entre el texto y la estructura social, siendo el concepto nuclear el de *ideología*. Dos tipos de teorías lo conforman concretamente: las que focalizan las relaciones entre la estructura del texto y la “estructura significativa” (cita a Goldmann y a Ferreras) y las que ponen énfasis en la práctica discursiva y en la producción del texto (nombra a Macherey, Eagleton y Jameson). Pero, cabe preguntarse ¿dónde queda el resto de estudios literarios sociológicos? ¿de qué estudios se trata?

Si acudimos a algunos de los diccionarios específicos de nuestro dominio de estudio podremos encontrarnos de entrada con el reconocimiento de la dificultad de definir lo que pueda ser la sociología de la literatura y, a continuación, con la referencia a aproximaciones sociológicas diversas y de procedencia no exclusivamente marxista. Así, por citar algunos casos concretos, ocurre con el diccionario de Joëlle Gardes-Tamine y Marie Claude Hubert (1996: 98),

en el que se reconoce la diversidad de teorías según provengan del marxismo, del hegelianismo, de la sociología weberiana o incluso de la sociosemiótica. Otros diccionarios señalan igualmente el amplio espectro de estudios que constituyen el dominio en cuestión. Así, Amoretti (1992: 111-114), siguiendo a Paul Cornea, trata de organizar el “bazar” de la sociología de la literatura, dada su fragmentación teórica, distinguiendo la sociología de la creación —el estudio de las correlaciones funcionales entre modalidades de la creación imaginaria y el contexto sociohistórico sin recurrir a explicaciones genéticas—, la sociología de los contenidos y de las mentalidades —uso documental de la literatura por sociólogos e historiadores en sentido estricto—, la sociología de la institución literaria —estudio de la circulación del hecho literario—, la sociología histórica y tipológica de la literatura —estudio de las corrientes y formas literarias como expresión mediatizada del concepto socio-histórico—, la psico-sociología de la lectura —estudio de los comportamientos, motivaciones y repercusiones de la lectura— y la sociocrítica —estudio del estilo como mediación de la socialidad. Y, por último, según el diccionario dirigido por José Valles Calatrava (2002: 560-561), la sociología de la literatura engloba las teorías que fundamentan el estudio del texto literario en su dimensión histórica y social, diferenciando la sociología empírica, la sociología sistémica y la sociología marxista, integrada ésta a su vez por numerosas tendencias.

Si he efectuado estas calas en los citados diccionarios, mostrativos de cierto saber compartido por la comunidad de investigadores de los estudios literarios, es para sustentar mi afirmación relativa a que el para-

digma sociológico en cuestión no debe reducirse sólo y exclusivamente a las teorías marxistas por importantes que éstas hayan resultado en el seno del mismo. También, por supuesto, para señalar la falta de unidad existente en el conjunto de estudios teóricos que suele agruparse bajo la tan genérica como inexacta denominación de sociología de la literatura —Garrido Gallardo (1996: 97) reconoce que la sociología de la literatura serían muchas disciplinas distintas entre sí, aunque conectadas—, pues éstos se encuentran relacionados más por un complejo dominio de ocupación y ciertas nociones comunes que por una común perspectiva teórica, tal como ha señalado Sultana Wahnón:

La unidad no es algo que, sin embargo, caracterice a esta disciplina [...] la llamada crítica sociológica o sociología de la literatura presentará tantas variedades cuantos conceptos de “sociedad” y de “sociología” se manejen por sus cultivadores. Lo que hay de común en todas ellas son las nociones sociológicas fundamentales, o, dicho de otro modo, la problemática característica de esta disciplina: la discusión atañe a cuestiones como las instituciones, o la conciencia colectiva, las clases sociales, las ideologías, etc. (Wahnón, 1991: 123).

Constituye dicho dominio la serie de relaciones que pueda existir entre literatura y sociedad o la dimensión social de la literatura o la realidad social literaria, una realidad que, como dice Beltrán (1991: 74) a propósito de la realidad social, ha de ser construida teóricamente a partir de la observación y de la experiencia de una

materia extremadamente compleja²⁹. Las diferencias provienen, pues, de las problemáticas y perspectivas teóricas que construyen objetos de conocimiento diferentes a partir de un dominio real, apostando por una valoración o asepsia crítica, primando el estudio de la literatura como producto social o como fenómeno de simple circulación social, etcétera.

Por tanto, bajo la ancha y muy extendida denominación de sociología de la literatura (cf. Ludz, 1961: 7-8; Zima, 1985: 9) vienen a confluír antiguas teorías sociológicas positivistas con, relativamente, nuevas sociologías empíricas, que exigen una clara separación entre la filosofía especulativa y la ciencia (Zima, 1985: 14); sociologías dialécticas y críticas, que utilizan conceptos como “sociedad histórica” o “espíritu de época” frente al concepto nuclear marxista de “ideología” (Wahnón, 1991: 124), con variadas teorías de base marxista (sociologistas, estéticas, materialistas históricas, etcétera); sin olvidar la existencia de otros desarrollos teóricos en diálogo con,

29. Si tenemos en cuenta la teoría del conocimiento basada en la arquitectura sujeto / objeto, desarrolladas por las filosofías kantiana y hegeliana (cf. Sánchez Trigueros, 1999: 473-475), dicha complejidad se debe a que, tal como expone Ayala en su *Tratado de sociología*, la cultura constituye un orden de realidades cuya existencia está ligada al sujeto, la propia realidad social se presenta como una ordenación normativa destinada a regular la conducta y la realidad de los objetos sociológicos lejos de ser inmutable se encuentra en continua evolución. Todo ello explica la ayaliana unidad de sujeto y objeto y, cómo no, la dificultad que ofrece el conocimiento científico de la sociedad humana (Ayala, 1961²: XXVII).

por citar un caso, el paradigma semiológico de los estudios literarios ni los que se levantan sobre espacios de relación existentes entre las citadas tendencias, cuyas diferencias particulares podrán apreciarse a lo largo de las páginas que siguen. No obstante, a pesar de la variedad de teorías y las no menores diferencias internas, no puede dejar de reconocerse la existencia de unos puntos de convergencia entre las mismas. Dos puntos señala en este sentido Luzi: en primer lugar, la caída de toda interpretación idealista y metafísica de la actividad literaria que, en cuanto hecho social, supone el establecimiento de relaciones dinámicas con la sociedad; en segundo término, el hecho de ocuparse del binomio literatura y sociedad ha contribuido a que los estudios literarios rompan con un inmovilismo interpretativo estético y vean aumentada la importancia del trabajo crítico en el tejido sociopolítico (Luzi, 1998-1999: 95).

Existen, como venimos comprobando, diferencias teóricas y metodológicas —no se olvide que toda metodología no es sino un estado operativo de la teoría, lo que supone el reconocimiento de una ligazón íntima entre método y objeto y, en consecuencia, un rechazo del metodologismo concebido como saber universal respecto de los objetos (Pizarro, 1979: 156)— que separa a las sociologías empíricas de las sociologías dialécticas, así como a los estudios sociológico literarios de los estudios marxistas de la literatura propiamente dichos. A partir de aquí, se comprenden las posiciones de Garasa (1973), Leenhardt (1967: 47; 1982: 130) y Castellet (1976: 157-158), siguiendo a Cases, entre otros, para quienes las relaciones entre

literatura y sociedad se pueden enfocar tomando la sociedad como punto de partida, de lo que se ocuparía la crítica sociológica, de base dialéctica y / o marxista, o como punto de llegada, de lo que trataría la sociología de la literatura propiamente dicha. Por su parte, el mismo Escarpit (1970: 40), uno de los sociólogos más importantes de la corriente empírica, establece estas diferencias objetuales básicas: el estudio de la literatura en la sociedad y de la sociedad en la literatura; así como Zalamanski (1974), quien especifica la existencia de una sociología empírica y de una sociología genética o, también llamada por Acosta (1989: 35), materialista (cf. Pospelov, 1971: 80-81). Peter Ludz (1966: 20-21), siguiendo a Newald, ofrece una clasificación de las posibilidades de los saberes sociológicos de la literatura, a propósito de una identificación de ciertas aportaciones de Lukács: la relatividad económico-social de la materia artística (Lukács); el cambio de la estructura social, que conduce a la transformación de las formas artísticas (Lukács); el análisis de la procedencia social del artista y de la literatura como institución social; y el análisis del efecto sobre el público y del éxito. Stefan Morawski (1974: 319-329), por su parte, distingue cuatro tipos de orientación sociológica de los estudios artísticos: el que se orienta al estudio de las instituciones y los modelos de comportamiento conectados con las obras; el que estudia la génesis y función del arte en su condicionamiento social; la investigación de la obra en tanto que “documento de su época”; y, por último, la investigación de las estructuras isomorfas socialmente condicionadas. Para Morawski, el primer

tipo es plenamente sociológico, el segundo y tercero son los propiamente estético-marxistas y el cuarto, añadido a una estética sociológica, es de procedencia semiológica. Pero, aparte de las diferencias apuntadas, existen otras no menos básicas entre las teorías marxistas y los estudios netamente sociológicos de la literatura. Así, no podemos perder de vista que el materialismo histórico se dirige a la constitución de una ciencia unitaria de lo real, centrada en el concepto de historicidad, totalizando para ello todos los niveles del conocimiento humano y estructurando sus interrelaciones, lo que justifica el empleo de la categoría de totalidad o movimiento de conjunto (Matamoro, 1980: 17; cf. Sánchez Vázquez, 1970, I: 23-24); categoría que puede entenderse en sentido ontológico, lo que supone un sentido holístico (así lo entienden Fokkema e Ibsch, 1981: 104), y en sentido gnoseológico, esto es, como idea reguladora de la interpretación con objeto de mejorar nuestra comprensión (Cruz, 1991: 111-112). Esta categoría ha sido repudiada en los últimos años de postestructuralismo al encontrar éste

su contexto sociopolítico en toda una nueva concepción de la cultura que repudia los conceptos de *totalidad* en nombre de la diferencia, lo heterogéneo y lo fluido [...] Es decir, nuevas formas de temporalidad que tienden a debilitar la historicidad. (Zavala, 1991:100-101).

Pues bien, volviendo al núcleo de la cuestión, esto explica que las teorías literarias fundadas sobre dicha

base hayan aspirado a constituir *otra* ciencia de la literatura (Riezu, 1978: 92-93; Rodríguez, 1985: 29-59; Eagleton, 1976: 22-23, entre otros) o la ciencia total de la literatura, lo que Morawski (1974: 326) llama el “enfoque marxista integrado”, al abarcar el estudio de la génesis, la estructura y el funcionamiento (Ferrerías, 1980: 18), mientras que numerosas teorías sociológicas de la literatura se conciben actividades cognoscitivas complementarias, pero autónomas en definitiva, de otras actividades científicas como las que nutren la ciencia de la literatura. A partir de aquí se comprende el hecho de la existencia de un abundante número de disciplinas sociológicas especializadas que pierden de vista la totalidad histórica. Así, la sociología de la literatura cuenta en su seno con, entre otras subdisciplinas, una sociología del escritor, con una sociología del público, con una sociología de los contenidos (cf. Zalamanski, 1970), con una sociología del libro (cf. Escarpit, 1965; 1970: 42), es decir, con estudios de fenómenos de circulación que operan por sí mismos y, comprensiblemente, pierden de vista la totalidad histórica real. Esta actitud básica conlleva la creencia de que los fenómenos sociales significan por sí mismos. Esta sociología al uso, por decirlo en palabras de Lukács, intenta una liberación de sus ataduras con la historia y la economía, con lo que se convierte en un conjunto de abstracciones formales, vacías y extrañas a la realidad.

Existen otros elementos diferenciadores entre las teorías materialistas y las teorías sociológicas del fenómeno literario. Entre ellos, y por lo que respecta a las primeras, el principio de la unidad de teoría y

praxis³⁰ (cf. Bueno, 1977: 45-72; Vericat, 1977: 141-165), principio que se sitúa en la base del concepto de práctica teórica (cf. Althusser, 1965: 136; González, 1982: 75), la desmitificación de la idea una subjetividad absoluta, etc. (cf. Dufrenne, 1982 : 90-91). También, los que provienen del concepto de “relación causal” (cf. Orecchioni, 1970: 49). Sin entrar de momento en la formulación teórica concreta de este concepto e ignorando su larga y contradictoria historia —no se olviden las puntualizaciones de Engels al determinismo mecánico en su carta a Joseph Bloch ni el capítulo de los teóricos de la IIª Internacional relativo a un determinista sociologismo “vulgar”—, el simple establecimiento teórico de esta relación ha sido objeto de radical crítica (cf. Wellek y Warren, 1948: 128; Fokkema-Ibsch, 1981: 162, por citar sólo dos casos concretos), lo que pone de manifiesto no sólo que hay elementos en el modo de producción específicamente marxiano muy diferentes de los que constituyen la infraestructura categorial del campo de las ciencias sociales (Pizarro, 1979: 157), sino también que se ha defendido generalmente la literatura como irreductible

30. Al principio de estas páginas hablaba, siguiendo a Francisco Ayala, de la sociología como una ciencia de la crisis, cuya materia es la vida, etc., con lo que reconocía abiertamente la existencia de una razón teórica y de una razón práctica en la misma. Ahora bien, no todos los desarrollos sociológicos han mantenido este principio. Según razona Carlos Moya (1970: 45), en el proceso de implantación y ascensión histórica de la burguesía, esta disciplina comienza a hacer prevalecer la razón teórica sobre la razón práctica señalada, lo que afecta, creo, a la sociología de la literatura.

a este tipo de análisis, salvo por lo que respecta a su faceta externa.

Lo expuesto hasta aquí puede ayudar a comprender por qué las teorías marxistas de la literatura no se conciben a sí mismas como sociológicas, aunque mantengan una relación con la sociología³¹ y aunque se les reserve la denominación de “crítica sociológica” (cf. Cases, 1970: 23-24 para esta cuestión). Asimismo puede servir para entender la razón de las posiciones de quienes reclaman el rango de *otra* ciencia de la literatura —otro modo de producción teórica, según Miguel Ángel García (2002: 31-45)— para el conjunto de estudios producidos en este sentido. En cualquier caso, siguiendo a Dubois (1987: 288-289), hay que reconocerles su importancia histórica, aun en la hora actual, así como su contribución al desarrollo de una vía de explicación en materia estética cuya elección supone optar por algo más que por un método entre

31. Las relaciones que puedan existir entre la sociología y el marxismo, ahora sin adjetivos, han sido objeto de continuada discusión teórica. Nada más lógico, según Ayala (1961²: 13), pues las disciplinas concomitantes a la sociología, que tratan materias próximas a la suya, o su propia materia, tratan de deslindar sus fronteras con ella. De todos modos, aunque existen diferencias de fundamento y perspectiva —Morawski (1974: 317-329) no ha dejado de señalarlo con insistencia—, no puede ignorarse la existencia de puntos de convergencia entre ambas y aún más hoy, dados los nuevos desarrollos sociológicos (cf. Moya, 1992) y la situación teórica del marxismo tras la discusión posmoderna. Por eso, Manuel Cruz se esfuerza en responder con inteligente apertura de límites a la pregunta ¿Marxismo o sociología? en “Sobre la presunta especificidad del marxismo” (Cruz, 2002: 97-105).

otros, al partirse de una concepción del mundo que postula que los hechos humanos están determinados por una historia, que las obras son los productos de esa historia y que esos productos constituyen prácticas humanas específicas si bien no enteramente distintas de otras prácticas tales como las actividades materiales (Dubois, 1987: 288-289), lo que supone reconocer su materialismo de base y el concepto de determinación. Ahora bien, esta idea, de la que algo se ha dicho anteriormente, ha sido uno de los frentes de la discusión teórica desde el principio de su formulación. Recordemos una vez más la matización que Engels debe efectuar por los excesos reduccionistas, exponiendo que la superestructura posee autonomía con respecto a la base, aunque ésta sea la que *en última instancia* resulte determinante, lo que no le sirve a Pedro Cerezo para liberar al marxismo de su descarrío en sociologismo (Cerezo, 2003: 18). En todo caso, desde esta matización engelsiana, el problema de la determinación de la literatura por la base material, en nuestro caso, no ha cesado de matizarse ni de problematizarse (Asensi, 2000: 146, n. 9), como no ha dejado de matizarse en consecuencia la cuestión del reflejo con sus espejos rotos, sus homologías, sus mediaciones e incluso sus elipsis.

Ahora se comprenderá que la denominación de la disciplina que nos ocupa, Sociología de la Literatura, aunque resulte operativa y cumpla de manera muy general antes una función deíctica que denotativa, en realidad no es la más apropiada por cuanto ampara también una clase de estudios en realidad no sociológicos en su origen, estudios además fundamentales en

el seno de la disciplina. Con este nombre se reconoce una filiación o relación de dependencia con respecto a la sociología, ciencia que, como tal sector independiente del saber, tiene su origen a mediados del siglo XIX y cuyo nombre, debido a Comte,

es inmovible [...] Mediante la palabra *Sociología* lo social se recoge y anuda fuertemente en un haz, se unifica como objeto de conocimiento, y el nexo verbal alrededor del cual se agrupa viene así a convertirse en el punto firme de referencia que simboliza la unidad de aquellos fenómenos cuya investigación y tratamiento teórico dará cuerpo a la nueva disciplina. (Ayala, 1961²: 6).

Como estas palabras, aunque escritas en 1947, siguen manteniendo desde mi punto de vista su validez, nos muestran a las claras los riesgos de emplear la antes dicha denominación de nuestra disciplina por cubrir con la misma unos estudios que, si bien sociales, no son sociológicos, tal como venimos planteando. Así lo reconocen, entre otros, Peter Ludz (1966) y Garrido Gallardo:

En cierto sentido, se podría afirmar que un estudio sociológico de la literatura y una interpretación marxista de la misma son contradictorios. Cualquier interpretación marxista es, en último término, social, pero al marxismo le parecería poco ser calificado simplemente como sociología ya que lo que pretende poner de relieve es el meollo de la historia: todo hecho cultural es parte de la historia social, es decir, de la historia *tout court* según el

reduccionismo del materialismo dialéctico. (Garrido Gallardo, 1996: 109).

Por otra parte, dado que no todos los estudios sociales que integran nuestro dominio de estudio son marxistas, se comprenderá mi preferencia a la hora de nombrar el ámbito de tales actividades cognoscitivas como “Estudios sociológicos y sociales de la literatura”. Con el empleo de este segundo adjetivo, podemos amparar al mismo tiempo estudios elaborados al margen de las problemáticas sociológica y marxista —también, de las semiótica y sistémica—, esto es, podemos reconocer como propios de este dominio las especulaciones libres, racionalizaciones de experiencias creadoras y demás reflexiones metaliterarias sobre el poliedro literatura y sociedad, aunque carezcan en la medida que fuere de los procedimientos considerados científicos. De todos modos, forman parte del corazón periférico de que venimos hablando.

Un último aspecto fundamental del paradigma sociológico de los estudios literarios que deberemos tratar tiene que ver precisamente con su estatuto científico. Aunque el debate actual posmoderno, tal como hemos considerado en uno de los apartados iniciales, ha obligado a definir las posiciones del discurso de la ciencia, ha provocado la corrección de excesos y ha abierto nuevos y, así lo creemos, fecundos espacios de discusión teórica en el seno de las humanidades, lo cierto es que no podemos ignorar, aunque sólo sea en unos simples trazos, los planteamientos que desde las teorías sociológicas y sociales de la literatura se

han ido exponiendo en este sentido hasta llegar a la situación actual.

Pues bien, las discusiones acerca del estatuto científico de la sociología, sin adjetivos, así como sus problemas metodológicos y de determinación del objeto, han afectado a esa sociología particular que es la sociología de la literatura al existir, en lo que insistiremos después, una relación de dependencia disciplinar. Esta afirmación puede ayudarnos a comprender la previamente señalada falta de unidad existente en este dominio de estudio, la presencia de varias disciplinas, etcétera. No otra cosa afirma Narciso Pizarro en su libro *Metodología sociológica y teoría lingüística*:

La sociología es una de las disciplinas que tienen un estatuto más ambiguo en el campo de las ciencias humanas. Mientras que para algunos el término sociología designa todavía el proyecto —aún por realizar— de construir una teoría científica de los fenómenos sociales en la que lo político, lo económico, lo cultural, lo lingüístico, etc., no son más que aspectos de una ciencia integradora, para los más, la sociología es una disciplina específica, un sector limitado de las ciencias sociales. Esta disciplina se define entonces al circunscribir un objeto y / o al definir un método. (Pizarro, 1979: 155-156).

No obstante, como razona Miguel Beltrán (1991: 79), estos problemas no son exclusivos de ella, sino que afectan en mayor o menor medida a todas las ciencias sociales, aunque en el caso que nos ocupa los mismos se presenten con mayor intensidad. Por lo que concierne a la variedad de sociologías, expone que ésta

es el resultado histórico de tener que habérselas con el objeto más complejo y duro de roer que imaginarse pueda. A saber: el hombre en su dimensión social, hacedor y producto de la *polis* (Beltrán, 1991: 81), lo que le lleva a defender la necesidad de un pluralismo cognitivo de base no ecléctica que primará, según la región del objeto realidad social a estudiar, el tratamiento cuantitativo, cualitativo, histórico, comparativo o crítico-racional (Beltrán, 1991: 94).

No puede hablarse, pues, de la existencia de *una* sociología de la literatura, tal como reconocía en los años de la refundación de este dominio de estudio un sobresaliente cultivador de los estudios sociológicos de base empírica, Robert Escarpit (1970: 43) al afirmar que no resultaba adecuado hablar de la existencia de *una* sociología de la literatura, sino que debía señalarse la existencia de un terreno que comenzaba a ser desbrozado y de unos equipos de trabajo que comenzaban a constituirse y a entrar en contacto entre sí —el hecho de que hablara de equipos de trabajo es todo un síntoma, dicho sea de paso, de la sociología literaria por él promovida, pues ésta ha de habérselas con la consulta y recogida de un ingente horizonte de datos, la realización de encuestas, su cuantificación, etc., lo que sobrepasa la investigación individual.

Pero no queda aquí esta cuestión, ya que hubo quienes llegaron a afirmar, como es el caso de Juan Ignacio Ferreras (1980: 16-17), que no existía una sociología *de* la literatura, sino una sociología *ante* la literatura, esto es, una sociología que comenzaba a enfrentarse a la literatura. Por su parte, Orecchioni (1974: 47) señaló también esta situación al considerar

difícil definir el adjetivo y por tanto la dignidad de ciencia autónoma para la que llama sociología histórica de los hechos literarios. En dirección no muy diferente se había pronunciado en los años sesenta Albert Memmi al señalar el momento *problemático* y *programático* de esta disciplina como tal:

La sociología de la literatura adolece de un evidente y excesivo retraso y está todavía prácticamente por fundar. Se duda sobre sus perspectivas metodológicas: no se está seguro ni de la manera de plantear los problemas ni de su jerarquía; no está fijado el campo exacto de la disciplina: de ahí que frecuentemente quede ahogada dentro de la sociología del arte o de la sociología del conocimiento; no se distinguen con suficiente vigor los problemas específicos de los problemas comunes a otros sectores. (*apud* Cros, 1986: 11).

Ahora bien, no sólo no podía hablarse de la existencia de *una* sociología de la literatura, sino que hubo de señalarse la presencia de unos estudios que, aun ocupándose de ese dominio de estudio, no soportaban el adjetivo de sociológicos a no ser que dicho término fuera expurgado de su tradición familiar. Se trata de los llamados estudios marxistas de la literatura. Así lo razonaba Matamoro al decir que la palabra *sociología* tampoco es demasiado familiar a la tradición del materialismo histórico:

En efecto, desde la polémica Marx-Proudhon hasta Georg Lukács, pasando por las disidencias entre la dialéctica materialista y el positivismo, la

sociología y la consideración del grupo social o el todo social como un sujeto abstracto [el materialismo propugna una concepción de lo social bajo formas históricas determinadas y concretas], han sido armas de la ideología burguesa para resistirse al análisis de clase inmanente al sistema social. (Matamoro, 1980: 47).

En cualquier caso, no podía negarse que tales posiciones teóricas marxistas, independientemente de cuáles hubieran podido ser los caminos ulteriormente recorridos e independientemente de ciertos desarrollos “desnaturalizadores y dogmáticos” (Fontana, 1982: 214), surgieron como consecuencia de una compleja red causal que las puso en estrecha relación con la incipiente sociología en el tortuoso proceso de toma de conciencia del ser histórico que es el hombre de su propia realidad social (cf. Moya, 1970). De todas formas, como el lector supone, había, y hay, importantes diferencias teóricas entre el materialismo histórico y la sociología, diferencias relativas al concepto de historicidad, de lo real, de la relación entre teoría y praxis, etc., según hemos considerado.

El panorama, presentado en síntesis, se complica aún más si se especifica la existencia de unas prácticas propiamente crítico literarias que, a pesar de considerarse sociológicas, no renegaban de su condición esencial de discurso crítico y, en buena lógica, no rechazaban la valoración (cf. Dubois, 1970), ampliándose así el marco de discusión epistemológica por cuanto se oponen objetividad científica y valoración subjetiva, etc. y salta sobre la mesa el capital problema del estudio

sociológico y / o literario de la realidad social literaria externa o internamente considerada (cf. Cros : 1986: 13).

Llegados a este punto, el lector no se habrá sorprendido de la existencia de muy diferentes y encontradas posiciones respecto del estatuto científico de la sociología de la literatura, ni le dejará sorprendido por tanto la amplitud del arco que abarca las posiciones de quienes consideraron que esta disciplina no resultaba una actividad científica, tal como se afirmó recurrentemente desde la base del materialismo histórico (por no ofrecerse como ciencia unitaria de lo real y por su concepción del todo social como un sujeto abstracto), así como las de quienes pensaban que se trataba de una ciencia auxiliar (Garasa, 1973; Salomon, 1974) o de una disciplina "intersectorial" (Reis, 1981) o incluso, para cierta teoría de influencia marxista, la ciencia total de la literatura al tener por objeto la producción histórica y la materialización social de las obras literarias en su génesis, estructura y funcionamiento y en su relación con las visiones del mundo que las comprenden y explican (Ferrerías, 1980: 18).

De cualquier forma, incluso en el caso de Ferrerías que eleva la sociología de la literatura a la categoría de ciencia total de la literatura, se afirma la existencia de una relación de dependencia metodológica de la disciplina en cuestión con respecto a la sociología hasta el punto de padecer sus problemas e indecisiones³²

32. Una de las miserias de la sociología, sin recordar ahora los problemas relativos a su inconclusión disciplinar, a decir de Salvador Giner, proviene paradójicamente de su triunfo como sus-

(Gutiérrez Girardot, 1968), así como un considerable retraso, según Riezu (1978: 103), debido a la prioridad que la ciencia que estudia la realidad social ha dado a otros objetos de interés, llegándose a un interés tardío por el estudio sociológico de la literatura, interés que, dicho sea de paso, es justificado por algunos de los sociólogos dialécticos por ser la literatura un modo de *conocer* y construir mentalmente la realidad, lo que la hace objeto de la sociología del conocimiento, disciplina sociológica para la que conocimiento es la versión del mundo transmitida socialmente (Giner, 1986: 153-154).

Esta era la recurrente discusión mantenida en el seno de los estudios sociológicos y sociales de la literatura desde los años de su, lo diremos así, refundación en la bisagra de las décadas de los sesenta y setenta. No habían llegado los rigurosos estudios sociológicos de la institución literaria ni los sistémicos ni los socio-semióticos que, instalados en el dominio de lo que llamamos conocimiento científico, habían dado un paso decisivo en la construcción de unos estudios de naturaleza científica del poliedro literatura y sociedad,

La vocación del título de este apartado es de exactitud: voy a exponer sólo unas notas acerca de *instaurar un dominio o campo de ocupación* trato genérico del idioma de la modernidad, lo que ha permitido su banalización. Por otra parte, las críticas que, en general, están recibiendo las ciencias sociales en el debate actual posmoderno y la sociología en particular, tiene que ver con la idea de la misma, según exposición de Ayala (1961²: 23), como ciencia que supone un intento de cerrar el sistema de las ciencias, coincidente con la clausura geográfica del mundo bajo la dominación efectiva de la civilización occidental. El concepto de "postoccidentalismo" nombrado en estas páginas cobra aquí su sentido.

CAPÍTULO TERCERO

DEL DOMINIO Y OBJETO DE CONOCIMIENTO DE LOS ESTUDIOS SOCIOLOGICOS Y SOCIALES DE LA LITERATURA

Literatura y sociedad: notas sobre un dominio de estudio y su concepto

La vocación del título de este apartado es de exactitud: voy a exponer sólo unas notas acerca de lo que constituye un dominio o campo de ocupación de una clase de estudios sobre tan crucial asunto enunciado como "Literatura y sociedad"³³. En primer

33. En realidad, dado que la totalidad de los estudios literarios empieza o acaba planteando de algún modo esta cuestión axial, me vería obligado, de no establecer unos límites metateóricos, a

lugar, expondré unas consideraciones sobre el dominio de ocupación de los estudios sociológicos y sociales de la literatura; y, en un segundo momento, trataré de ofrecer un concepto de lo que pueda ser ese campo, completando así las notas ofrecidas al hilo de la exposición de los asuntos tratados con anterioridad, dado que toda operación de conocimiento, también la epistemológica, se hace desde una perspectiva gnoseológico-histórica que, hasta donde resulte posible, debe hacerse explícita. En el apartado siguiente, daré entrada a la no menor cuestión del objeto de estudio de las teorías que nos ocupan, si bien la problemática general quedará aquí planteada.

El fenómeno literario o el socialmente diferenciado sistema literatura constituye el dominio de ocupación de los estudios literarios. Este dominio cultural literario es un fenómeno complejo —poliédrico, hablando descriptivamente— del que no resulta posible dar cuenta teórica en su total complejidad, lo que justifica la existencia de múltiples teorías y otras actividades cognoscitivas aplicadas o generadas por dicho campo de estudio. Por otra parte, decir fenómeno literario equivale a decir literatura y sociedad, independientemente de cómo resulte conceptualizado por cada vía teórica. En todo caso, como razona Jaime Brihuega a propósito del estudio de la genealogía del parámetro arte y sociedad, nadie ha negado desde el siglo XVIII, de una manera explícita y frontal, la existencia de una

dar cumplida cuenta de esa totalidad de estudios, lo que escapa al planteamiento y objetivos del presente libro introductorio.

implicación mutua entre el arte y la sociedad (Brihuega, 1996: 111). Con esta afirmación de principio, estamos distinguiendo que los estudios literarios y, en ellos, los sociológicos y sociales, ocupados del citado dominio vienen a resolver —mediante teorías o vías de conocimiento, generales o específicas, o mediante la producción de conocimientos concretos— aspectos parciales relacionados con el dominio en cuestión que son antes consecuencia de lo que habla el estudio o la teoría que de esa clase de realidad que nutre el citado campo de ocupación. Con esto no hacemos sino reconocer que las teorías hablan no tanto de lo real literario mismo como de aquello que se plantean conocer a partir de lo real literario, esto es, las teorías se ocupan no de la misma realidad, sino de un objeto teórico elaborado por la propia perspectiva teórica en relación con el citado dominio. En cualquier caso, esta afirmación no debe hacer creer que rechazo el carácter material del pensamiento ni por lo tanto su comprensión como práctica social él mismo, como un modo de producción de conocimientos de naturaleza histórica. Esto es lo que explica, según ha quedado expuesto en uno de los apartados anteriores, la vinculación de las teorías a las ideologías sociales, no resultando gratuitos —en forma positiva: siendo productivos— las bases, modos y resultados del conocimiento.

Por otra parte, la especificación de esta clase de realidad en tanto dominio de estudio conlleva la necesidad de ofrecer algunas reflexiones que sirvan para elaborar un concepto de la misma. En este sentido, algunas ideas y comentarios han quedado expuestos sobre lo que pueda ser la literatura o, para ser más

exactos, sobre el sistema literatura. Se trata de un conjunto de prácticas específicas de cultura, prácticas estético-verbales, que, en relación de interdependencia con otros conjuntos de prácticas sociales en una formación social o formaciones sociales dadas, se desarrolla en sistemas diferenciados. Se trata, por lo tanto, de un hecho cultural complejo radicalmente histórico y, como tal, viene a cumplir unas funciones sociales. Ahora bien, la afirmación relativa a la complejidad de la realidad que convenimos en llamar literatura me lleva a precisar, en buena lógica, la cuestión de la naturaleza de la misma. En este sentido, decir hoy que los hechos literarios son productos estéticos supone reconocer desde un principio que son prácticas históricas, esto es, que su espacio no es transhistórico ni permanente o eterno, aunque se opere recurrentemente con una idea de intemporalidad y de trascendencia, lo que ha sido explicado sociológicamente por Francisco Ayala en los siguientes términos:

El arte —dicho queda— constituye, como sistematización de la cultura, una dirección de la actividad humana orientada hacia lo intemporal del valor estético. Pero se encuentra emplazado dentro de la corriente de la historia, y sería una vana especulación la que pretendiera apurar, en vías conjeturales, la posibilidad de un arte fuera del tiempo histórico. Su tendencia eternizadora actúa mediante concreciones temporales engarzadas en la estructura social y prendidas al devenir. Está, pues, incluido dentro del proceso histórico-social, y es ahí donde deberemos estudiarlo. (Ayala, 1961²: 428)

En todo caso, los claros argumentos de Ayala a favor del reconocimiento de la historicidad de las prácticas artísticas no pueden situarse en el mismo plano de los que al respecto mantiene el materialismo histórico, por ejemplo, ya que en este caso se teoriza acerca de la radical historicidad de las prácticas artísticas como formas ideológico-estéticas productivas de la historia, mientras que Ayala distingue claramente dos órdenes diferentes —el arte en la historia—, por lo que el problema que plantea su estudio, según expone, es averiguar el modo de la *inserción* de la actividad artística en la estructura social y las perspectivas de un despliegue autónomo del arte según las diversas situaciones históricas de la sociedad (Ayala, 1961²: 428). Con esta afirmación de principio, dejo de lado la concepción esencialista que está presente *naturalmente* en el mayor número de teorías literarias y en la historia de las mismas.

Afirmar, pues, que el hecho literario es una práctica estética supone el inicial y básico reconocimiento tanto de la existencia de un excedente social que hace posible dicha práctica en determinadas sociedades, al no satisfacer la mismas necesidades sociales primarias, como el reconocimiento de una ideología que hace posible su producción (Matamoro, 1980 : 59). Así pues, el hecho de que aceptemos que la literatura es una actividad artística, inútil a simple vista, no debe hacer suponer que por ser tal esté por encima de la historia; así como tampoco debe hacer suponer que tal inutilidad y gratuidad aparentes lo sean en realidad, ya que toda obra de arte vive sobre la materialidad de una mercancía, es decir, que integra útilmente el mercado de producción, consumo y circulación, y está destinada

a ser producción y reproducción ideológica, teniendo lugar sólo en aquellas sociedades que han alcanzado complejidad económica y por tanto complejidad de relaciones sociales y de representaciones de dichas relaciones (Matamoro, 1980: 60). La gratuidad de toda obra, como dejé escrito en cierta ocasión, tiene un “precio histórico”.

Estas prácticas, así entendidas, tienen un comienzo histórico, tal como han sabido ver desde diferentes soluciones teóricas de vocación materialista, J. C. Rodríguez (1974); Jacques Dubois (1979), que las vincula al periodo de constitución de la formación social burguesa³⁴; S. J. Schmidt (1980) y Antonio Sánchez Trigueros (1999), entre otros. El primero, con provocadora eficacia y pragmatismo teóricos, lo dejaba escrito ya desde el primer renglón de su *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas* en los siguientes términos:

La literatura no ha existido siempre. Los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de “literarios” constituyen una realidad histórica que sólo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones —asimismo históricas— muy estrictas: las condiciones

34. Dubois (1979: 167-171) afirma que la literatura tal como la entendemos hoy corresponde a un fenómeno relativamente limitado a la historia de la formación social burguesa y ligada a un proceso de autonomía impuesto por la división del trabajo en el sistema capitalista, señalando las dificultades que tiene la explicación de la inserción del sistema literario en el sistema social. Para lograr el estudio de tal inserción propone un nuevo concepto de institución.

derivadas del nivel ideológico característico de las formaciones sociales “modernas” o “burguesas” en sentido general. (Rodríguez, 1974: 5).

El segundo, en sus *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, al tratar del ámbito de aplicación de la teoría de las acciones comunicativas estéticas, afirma lo siguiente:

Una teoría de las acciones comunicativas estéticas solamente puede referirse a aquellas épocas históricas en las que exista algo así como un ámbito social “cultura” delimitable o delimitado y dentro de él, un sistema constitutivo “arte”. Cuando los buenos conocedores del desarrollo histórico [...] defienden la opinión de que no se puede hablar de esto, por ejemplo, en la Edad Media, se debe deducir como conclusión que sería harto problemático postular para este periodo de tiempo un sistema de acciones comunicativas “arte”. Para el ámbito de la “comunicación *literaria*” se puede partir del hecho de que en Alemania tan sólo hacia finales del siglo XVIII se fue diferenciando socialmente un sistema social “literatura” independiente. (Schmidt, 1980: 125-126).

Y, en el caso de Antonio Sánchez Trigueros, queda explicada y fundamentada la historicidad del concepto literatura que pone en estrecha relación con la génesis histórica de la noción de sujeto literario, categoría ideológica central de la ideología burguesa, desde su sistematización filosófica kantiana hasta nuestros días. Tanto la noción de sujeto como la de discurso literario vienen a funcionar socialmente como una

suerte de verdades naturales, ahistóricas y permanentes o eternas, descubiertas o manifestadas en la historia, pero no producidas por la historia (Sánchez Trigueros, 1999: 467). Pues bien, en cuanto a la historicidad del concepto de literatura escribe:

El origen etimológico y la evolución semántica de la palabra literatura, en las lenguas en que existe el término, nos viene a dar una pista sobre la historicidad del concepto, que en el sentido que hoy sigue funcionando, más o menos enmascaradamente, no aparece hasta finales del siglo XVIII, como se puede documentar en el texto de Madame de Staël [...] Ahí la literatura es asociada al arte como conjunto de pensamiento y expresión, que remite a los valores del espíritu, a los valores del arte y a la consecución de la libertad. Las bases de la purificación del término ya están diseñadas, cubriendo ya el territorio de la poesía concebida como creación al que se ha añadido el definitivo adjetivo de artística. (Sánchez Trigueros, 1999: 465).

A partir de aquí, puede explicarse el desarrollo institucional de la literatura, es decir, puede explicarse el modo de organización colectiva que asegura de la manera que fuere su conservación en una sociedad dada, procurando su socialización y, de este modo, la hegemonía de su discurso y de lo que éste pueda suponer. Este desarrollo institucional afecta, como puede comprenderse, tanto al proceso de escritura —tradición, usos retóricos y métricos, géneros, etcétera— como a otras formas y prácticas sociales (cf.

Kuentz, 1979) ya que se trata de un proceso material, en el que interviene básicamente la producción, el mercado, el consumo y, muy especialmente, el aparato escolar³⁵ (cf. Althusser, 1970).

Ahora bien, reconocida la naturaleza histórica de estas prácticas artísticas y la historicidad de su concepto, debemos plantear la cuestión fundamental de su especificidad, ya que si bien todos los hechos literarios son hechos ideológicos, no todos los hechos ideológicos son hechos literarios. Pues bien, hemos de afirmar que el carácter estético de un texto no puede establecerse en una esfera abstracta de principios ideológicos ni en la verdad o moralidad de sus afirmaciones

35. Balibar, Laporte, Macherey, Vernier y Althusser han analizado, entre otros, la función histórica que la escuela y la enseñanza masiva de la lengua y de la literatura han tenido en Francia en el periodo de la revolución burguesa y en años posteriores, lo que nos puede suministrar una información a la hora de explicar otros funcionamientos sociales concretos y el propio discurso teórico de la literatura. A sus trabajos remito. El tratamiento de este aspecto requiere en realidad una monografía, si es que queremos explicar con fundamento la función histórica del discurso literario y de su estudio —pensemos en la historia de la literatura o en el comentario de textos o en la estética literaria, por citar sólo algunas disciplinas y esa suerte de crítica escolar. En todo caso, no podemos ignorar las discutidas relaciones entre el Aparato Ideológico Escolar, según el concepto althusseriano, y la producción y reproducción de la ideología literaria. Y digo discutidas, por cuanto con ser la enseñanza de la literatura un instrumento poderoso “se nos va a revelar no como determinante del fenómeno literario [...] sino como uno de los lugares de privilegio donde se materializa y reproduce (hasta nuestros días) el concepto histórico, y no eterno, de la literatura, al que me estoy refiriendo” (Sánchez Trigueros, 1999: 479).

ni en una aislada serie de procedimientos verbales ni únicamente en los efectos que proporcione. Debe establecerse operativamente en unos elementos objetivos que existen tanto en el conjunto de estímulos verbales, forma discursiva verbo-simbólica, como en quienes reciben y descodifican los mismos. En cualquier caso, el lector no debe olvidar la vieja discusión teórica planteada acerca de la radical naturaleza lingüística o ideológica de los hechos literarios, pues esto le ayudará a comprender mejor ciertos excesos contenidistas y, dialécticamente, ciertos excesos formalistas que han llenado el siglo XX, siglo que pareció cerrarse con una suerte de superación teórica de tales excesos como ha planteado con claridad Sultana Wahnón:

Tipo especial de conocimiento o tipo especial de lenguaje, ésta es la oposición fundamental que se establece en ambos enfoques en lo que se refiere al concepto de literatura. Pero esta nítida distinción se empezó a hacer un poco más confusa cuando los enfoques lingüístico-semióticos empezaron a reparar en el componente cognoscitivo del lenguaje literario (caso de Lotman y, en general, de la semiótica de la cultura), al mismo tiempo que los enfoques marxistas empezaron a reparar en el componente lingüístico-semiótico del conocimiento literario. (Wahnón, 1991: 145-146).

La exposición mínimamente satisfactoria de este radical enfrentamiento teórico daría para un libro. No obstante, no podemos dejar de afirmar al respecto que, al tiempo que cuestionamos las posiciones teóricas de quienes básicamente han convenido y convienen

en afirmar que la literatura es por excelencia un arte cerradamente verbal que se relaciona con la ideología según determinadas circunstancias y opciones, resaltamos la existencia de otras perspectivas teóricas al respecto que vienen a considerar que la literatura no mantiene ningún tipo de relación con la ideología como si se tratara de dos realidades diferenciadas porque sencillamente *es* ideología. Esta concepción última, que compartimos, no supone la desconsideración de la dinámica estructura verbal del hecho literario —resulta oportuno recordar lo dicho hace años por Gutiérrez Girardot (1968) acerca de que el análisis sociológico fundado en conceptos como realismo o reflejo social y elaborado sobre la base de esquemas causales no esclarece en modo alguno el sentido y significación sociales de una obra literaria, siendo el aspecto social de una obra no el mundo social que la obra describe sino la totalidad del lenguaje literario mismo—, lo que justifica por otra parte la actualidad teórica de quien hace décadas considerara que la palabra era el fenómeno ideológico por excelencia. Nos referimos a Bajtín. A partir de aquí se comprende el actual momento de superación teórica al que hemos aludido.

Después de tan breves como operativas explicaciones teóricas efectuadas acerca de la naturaleza y función del hecho literario, estamos en condiciones de ratificarnos en que el carácter social del mismo no puede deslindarse lógicamente de su consideración como hecho comunicativo de carácter secundario ni de su consideración como práctica estética. En rigor, como se ha señalado, no cabe una consideración teórica externa del mismo como hecho aisladamente social,

aunque ésta haya contado y cuente con numerosos desarrollos, al menos desde un punto de vista específicamente teórico literario, lo que justifica la existencia de las referidas nuevas teorías que persiguen un saber complejo de la literatura, al tiempo que sientan las bases de un nuevo horizonte de pensamiento sobre el fenómeno literario.

Los estudios sociológicos y sociales de la literatura y su objeto de conocimiento

La complejidad del dominio de estudio y el número de problemáticas, vías disciplinares y teorías respectivas en el seno del paradigma sociológico de los estudios literarios previamente señaladas inducen a pensar en la existencia de muy diferentes posiciones respecto del objeto de conocimiento. Se comprende una vez más que nos veamos obligados a hablar de la sociología de la literatura sobre todo como un lugar de cruce de teorías relacionadas por el dominio literatura y sociedad. Esto nos permite comprender que algunas de las discusiones y polémicas mantenidas entre distintas posiciones teóricas (cf. Goldmann *et alii*, 1964) resultaran baldías. En realidad, no hablaban un común idioma teórico ni, en consecuencia, hablaban de una realidad compartida sino de distintos objetos de conocimiento. Edmond Cros así lo dejó dicho a propósito de alguna de las famosas discusiones de los años sesenta entre sociólogos y marxistas. El profesor francés establece una distinción básica entre las vías teóricas propiciadas por Escarpit y Goldmann por cuanto parten de

bases diferentes y se ocupan de objetos de conocimiento también diferentes. Esto le lleva a establecer una nítida separación entre las sociologías experimental y empírica, así como el *content analysis* norteamericano, y una de las aportaciones más coherentes del horizonte marxista: la del estructuralismo genético. Las primeras se interesan, viene a decir, por el hecho sociológico que representa el hecho literario, por lo que carecen de sentido las polémicas surgidas entre empiristas y goldmannianos, pues se aplican a objetos de teoría diferentes. Según expone, el estructuralismo genético ha representado con relación a la sociología tradicional de la literatura una modificación radical en el estudio del hecho literario, habiendo sido sus principales descubrimientos teóricos el del *sujeto transindividual* y el del carácter *estructurado* de todo comportamiento intelectual de este sujeto (Cros, 1986: 19-21), conceptos de los que se servirá el propio Cros en su proyecto teórico sociocrítico.

Por lo tanto, si no hay acuerdo en el idioma teórico elegido, el resultado final no podrá ser otro que el de trabajar en dos direcciones alternativas y sobre objetos de estudio radicalmente distintos. Esto es lo que le lleva a Jorge Riezu a considerar que desde el marxismo se teoriza en favor de *otra* ciencia de los fenómenos artísticos y literarios, tal como decíamos, rechazándose la ciencia de la literatura así comúnmente reconocida, cosa que, según expone, no ocurre en el caso de la vía sociológica:

Pueden quizá señalarse dos corrientes principales [en la sociología de la literatura]. La primera acepta una posible interpretación sociológica de la obra literaria, pero sin desechar las formas tradi-

cionales y académicas de la crítica literaria y de la ciencia de la literatura [...] la otra línea constituye la llamada corriente marxista o de inspiración marxista dominada por un cierto entusiasmo sociologista que casi pretende afirmar la infructuosidad de todo cuanto hasta ahora ha constituido y logrado la ciencia de la literatura. (Riezu, 1978: 92-93).

Siguiendo con esta cuestión y antes de ofrecer unas consideraciones al respecto con una finalidad propéutica, paso a recoger una breve muestra de nuevos razonamientos y argumentos sobre las distintas posiciones sociológicas y sociales de la literatura, que nos ayudarán a esclarecer el problema del objeto teórico. Pues bien, entre estas explicaciones de orientación general y clara vocación clasificatoria, se encuentran las de Castellet, un pionero de la crítica sociológica en nuestro país, excepción hecha de la sociología de la literatura que, a decir de Mainer (1973), se ha hecho sin saberlo. El crítico catalán plantea que las relaciones entre literatura y sociedad pueden enfocarse desde dos perspectivas: la primera, tomando la sociedad como punto de partida; y la segunda, tomándola como punto de llegada. La perspectiva primera corresponde a la crítica sociológica, esto es, a una crítica que cree que no puede prescindirse de los elementos sociales que están en los inicios de toda obra literaria, tanto los referentes al autor como los que se refieren al momento histórico. Frente a esta perspectiva se sitúa la sociología de la literatura que estudia los efectos de la obra sobre la sociedad. Castellet considera la crítica sociológica como una crítica fundamentalmente marxista (Castellet, 1976: 157-158).

Esta clasificación de los estudios sociológicos del fenómeno literario se viene repitiendo con insistencia. Por ejemplo, Garasa (1973), que en su libro se ocupa fundamentalmente de lo que se viene llamando crítica sociológica, señala dos direcciones divergentes de este tipo de estudios: de la sociedad a la literatura y de la literatura a la sociedad. Por esta razón, distingue entre las investigaciones específicamente sociológicas que acuden a las obras como una instancia más en sus inducciones, entre la interpretación de una obra en su connotación social y entre la aplicación de métodos propios de la sociología a distintos aspectos del hecho literario. Básicamente distingue entre sociología de la literatura y crítica sociológica, siendo ésta última la encargada de puntualizar el condicionamiento social de los temas, asuntos, formas o estilos de las obras. También, al igual que Castellet, identifica la crítica sociológica con la crítica de base marxista, especialmente con la de Lukács.

Leenhardt establece asimismo esta separación radical, al distinguir entre una sociología del objeto artístico que el sociólogo sigue en su existencia social —composición social del ambiente creador, reglas y leyes internas— y entre otra corriente que toma la propia obra de arte como objeto considerándola en su inserción sociológica desde el punto de su creación, lo que requiere otra noción del ambiente o medio (Leenhardt, 1982: 139).

Por su parte, el mismo Robert Escarpit (1958 y 1970) establece estas diferencias básicas, el estudio de la literatura en la sociedad y de la sociedad en la literatura, aunque siguiendo a Wellek superpone un

esquema de comunicación social al hecho literario planteando la existencia de una sociología del escritor, una sociología de la obra y una sociología del público, resultando ser la segunda la más desarrollada, donde ubica las investigaciones de Lukács, Goldmann, entre otros. Para el sociólogo francés, pues, todo hecho literario supone escritores-creadores, libros-obras y lectores-público, lo que constituye un complejo circuito de intercambios, en el que confluyen el arte, la técnica, el comercio, etcétera.

Finalmente, conviene reparar en las consideraciones de Zalamanski (1974). Este sociólogo señala la existencia de una sociología empírica y de una sociología genética. La primera estudia el hecho literario apoyándose en la sociología; la segunda relaciona la estructura de una obra con la de un grupo social que es la que determina en un momento histórico dado, si bien Zalamanski se propone una sociología de los contenidos en el seno de la primera vía. Se trata de un estudio sociológico que ha de venir a completar el estudio de quién lee, esto es, se trata de determinar el contenido ideológico, tal como es entendido comúnmente, de un conjunto de obras en una época dada.

Poca duda cabe acerca del valor deíctico que en su conjunto poseen las anteriores explicaciones generales a la hora de poner un orden metatórico en los estudios sociológicos y sociales de la literatura —no carece de capacidad orientadora por su parte la explicación que Alfredo Luzi formula a este respecto, señalando dos líneas fundamentales de estudio de la sociología de la literatura: la que privilegia el momento de la elaboración textual, en la que convergen ciertas formas de la

sociología del autor y de semiología atenta a los componentes sociológicos de la organización del discurso; y la que se orienta al momento de la recepción y de la estratificación de las clases sociales, localizable también en la lectura (Luzi, 1998/1999: 95)—, por lo que resulta operativa la distinción básica de la existencia de una vía netamente sociológica ocupada del estudio de los efectos sociales de la literatura o de su mera circulación social, a la que la mayor parte de los estudiosos le reserva el nombre de sociología de la literatura; y de una vía dialéctica, que prefieren denominar crítica sociológica o genética o marxista, con la que reconocen el estudio de la obra en su origen social o como producto social. Cobra, pues, su sentido esa expresión metafórica espacial tantas veces repetida: de la literatura a la sociedad y de la sociedad a la literatura. En todo caso, lo que tales explicaciones no parecen discutir y, por lo tanto, parece que vienen a reconocer, es la existencia de dos entidades autónomas o contrapuestas, la literatura y la sociedad, que guardan entre sí determinada clase de relación. Por otra parte, al operar con la evidencia del fenómeno literario, en su origen o proyección social, no se preguntan por lo que pueda ser en realidad el mismo. Sólo les basta, en principio, especificar las facetas de estudio de esa realidad común sobre la que no cabe preguntarse y señalar la profundidad o superficialidad de la aproximación. Por este motivo, a pesar del reconocimiento del valor deíctico global de estas argumentaciones, no puede ignorarse que a la postre constituyen un serio obstáculo teórico para, en primer lugar, pensar la literatura como una cristalización social o específica forma productiva de lo real, lo que no

impide que en el plano de la teoría se opere sobre lo real mediante cortes o especificaciones de una clase de realidad o práctica social y se trate de averiguar origen, sentido, efectos y modos de esa cristalización histórica; y, en segundo lugar, para comprender lo que puedan suponer las manifestadas diferencias entre dichas teorías a propósito de su respectivo objeto teórico, lo que es una manera de nombrar su problemática o perspectiva teórica básica.

Pues bien, a la hora de ofrecer una explicación general de la cuestión que nos ocupa, habremos de tener en cuenta, entre otros aspectos, la episteme desde la que operan las diferentes teorías sociológicas y sociales, lo que nos proporcionará elementos de explicación acerca de la unidad y distinción entre las teorías más de lo que por sí mismas vengan a afirmar. Si nos situamos en esta perspectiva, habremos de señalar que la mayor parte se sustenta en la problemática básica del conocimiento que alcanzan en Kant y en Hegel su más alta fundamentación filosófica, lo que supone operar con la lógica del sujeto / objeto, las dos instancias supremas establecidas por la ideología burguesa clásica. Al análisis crítico del funcionamiento y consecuencias que este planteamiento básico tiene en el ámbito de la literatura y de su conocimiento se han dedicado numerosos estudios —Althusser ya se había ocupado en 1965 de la crítica radical de la teoría del conocimiento de la “filosofía occidental” en uno de los estudios incluidos en *Para leer “El Capital”*. En todo caso, tengamos en cuenta que este planteamiento básico es el que puede ayudarnos a comprender la lógica complementaria de los formalismos y de los

sociologismos, cuya hermandad inversa, de la que habla Juan Carlos Rodríguez, constituye también a las formuladas como texto y contexto, forma y contenido, autor y texto, etc., lo que ha tenido unos efectos históricos a la hora de comprender lo que pueda ser la literatura y a la hora de ignorarla en tanto que práctica histórica en su raíz, lo que ha sido explicado por Sánchez Trigueros con las siguientes palabras:

Lo de menos, por tanto, es que el crítico se adscriba a uno de los polos de las dicotomías establecidas de forma y contenido, texto y contexto, autor y texto, lector y autor, etc.; lo decisivo es su coincidencia en el objeto, su no poner en entredicho el concepto y aceptarlo como eterno y transhistórico, proyectándolo tal cual hacia el comienzo de los tiempos o bien quedarse en señalar su convencionalidad sin indagar en sus causas históricas y atribuirlo a la historia de las conquistas históricas del hombre. El objeto Literatura ha quedado concebido en el espacio ideológico moderno como expresión pura y plena de sentido de la intimidad del sujeto (en cualquiera de sus variantes: hombre, pueblo, nación, proletariado, literariedad, artisticidad) concebida como lingüística y sensible: el lenguaje usado en su expresión pura, esencialmente libre de toda finalidad, conformado por el nivel de la sensibilidad frente al de la racionalidad y dirigido sólo secundariamente, si acaso, a la objetividad y a la comunicación, sobre los que se ha elevado. (Sánchez Trigueros, 1999: 111-112).

A partir de aquí comprenderemos por qué la sociología empírica, tras salvaguardar la esencialidad

artístico-verbal de su dominio de estudio y rechazar en consecuencia cualquier indagación acerca del valor, se dedica al positivo descubrimiento, acopio y confirmación de datos de esa realidad en su objetiva existencia social, o sea, se orienta a un estudio del hecho literario y de las estructuras colectivas en sus aspectos cuantitativos relativos a la producción (sociología del escritor), la distribución (sociología del libro) y el consumo (sociología del público), estudio alejado del espacio textual. Sin embargo, la sociología de la lectura no rechaza el estudio empírico de experiencias estéticas, mediante el método de la encuesta y la aplicación estadística, como un modo de estudiar los rasgos y funciones de determinados sistemas ideológicos a través de la investigación de la lectura como acto social. La vía sociológico-empírica se completa con la del estudio no ya de quién lee sino de qué se lee, esto es, con una aproximación cuyo objeto sería el análisis del contenido ideológico de un conjunto de obras en una época dada (sociología de los contenidos o sociología de los temas) como medio de completar un estudio de la difusión, al inventariar los contenidos de unas obras determinadas como un modo de conocer los modelos ideológicos presentados a la imaginación de los lectores y destinados a actuar sobre la conciencia colectiva (Zalamanski, 1970: 124).

Este tipo de indagación sociológica empírica de contenidos entra en relación con la que practica una sociología dialéctica, la sociología del conocimiento o sociología del saber, al ocuparse ésta del universo mental de la obra —la literatura es concebida como un modo de conocer y construir mentalmente la rea-

lidad— y explicarlo por su estructuración a partir del universo social del que el autor es portavoz (cf. Prada Oropeza, 1999: 23-26), esto es, se trata de un estudio sociológico cuyo objeto es “el modelado del sujeto de la Historia por la sociedad”, según Ayala (1961²: XXIII). Dicho con otras palabras, las de Salvador Giner,

La sociología del conocimiento investiga los orígenes sociales de ideas, normas, creencias y valores de los grupos, y en especial de aquellas nociones que describen o pretenden describir la realidad. Por otra parte, también está interesada en el análisis de la conducta que se explica primordialmente a través de la existencia de tales contenidos de la conciencia colectiva. (Giner, 1986: 153).

Existe, pues, una rama de la sociología del conocimiento que se ocupa de la literatura al servir ésta valores y gustos estéticos a los individuos, esto es, al ofrecer unos contenidos de conciencia. Por eso, esta vía orienta su atención a elementos subjetivos —los individuos portadores de una conciencia que conviven con una versión social del mundo que se ejecuta individualmente— y objetivos —la dimensión objetiva de la realidad cultural en tanto que coincide con el conocimiento que es común (Giner, 1986: 154).

También operan desde los postulados de la teoría del conocimiento de la modernidad occidental, la propia de la ideología burguesa clásica, la larga serie de teorías y estudios que, desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante, tiene por objeto de conocimiento el condicionamiento de la literatura ya por el factor económico o

ya por otros aspectos de la realidad como puede ser el condicionamiento de clase. En todo caso, las entidades literatura y sociedad aparecen nítidamente delineadas en su autonomía, lo que continúa ocurriendo en el caso de las teorías cuyo objeto de estudio no es otro que el de la búsqueda del equivalente social de la obra u obras analizadas. Estas posiciones, claramente sociologistas, calaron en el seno de estudios materialistas del arte y de la literatura. No obstante, es en la problemática del marxismo donde comienza a operarse con unas posiciones materialistas históricas y dialécticas que suponen una alternativa a la teoría del conocimiento en cuestión, lo que conducirá a la formulación de la teoría superestructural del arte, en las que hallarán su fundamento las teorías del reflejo, de la mediación y del realismo, con desarrollos diversos y contradictorios, entre los que no faltan, como queda dicho, los propiamente sociogenetistas, etcétera. Pero los que más interesa ahora destacar son los que han elaborado un objeto de conocimiento con el que venía a operarse en ese nuevo ámbito reflexivo, una nueva práctica teórica, sobre la realidad histórico-social. Es el caso de los planteamientos leninistas de la literatura como ideología y vía histórica de conocimiento o el destacado caso de la incipiente poética sociológica del círculo bajtiniano cuyo objeto teórico lo constituye la especificidad ideológica de la literatura y su funcionamiento histórico-social más allá de los planteamientos contenidistas. Más allá de tales planteamientos y de otros propios del marxismo vulgar, se sitúa la reflexión lukacsiana, con sus etapas sociológica y hegeliano-marxista, cuyo objeto no es otro que descubrir leyes generales y particulares de la historia y del arte en cuanto rama histórica mediante

el método dialéctico. A partir de los planteamientos del marxismo y de la dialéctica hegeliana, con aportaciones de la sociología, encontramos en la frankfurtiana teoría crítica de la sociedad el objetivo de elaboración de una teoría sobre la estructuración de la sociedad industrializada y sus negativas consecuencias sobre el hombre y la cultura, apuntando hacia otra configuración de la vida social, planteándose como objeto teórico el ser-otro del arte o el arte como antítesis social. Por su parte, el estructuralismo genético, deudor de los planteamientos hegeliano-marxistas y particularmente lukacsianos, presenta como objetivo de su quehacer teórico conocer científicamente la cultura y en particular la creaciones culturales literarias, en tanto que éstas resultan portadoras de una estructura que "personifica" la estructura de una visión del mundo de un grupo social, siendo su objeto de conocimiento no los contenidos sino, en concreto, las estructuras de la categorías que una visión del mundo manifiesta en las obras, estructuras homólogas a las mentales de un grupo o clase social.

En no pocas de las posiciones teóricas a las que hemos hecho referencia en el anterior párrafo, se acaba operando con la teoría del conocimiento que remite a un sujeto trascendental. Sin embargo, desde las posiciones estructural-marxistas althusserianas se agudiza la crítica de dicha problemática, arrecian las polémicas sobre el humanismo, se operan las conocidas rupturas con el historicismo, se reivindica la especificidad teórica y política radical de Marx, delimitándose como objeto de conocimiento de la ciencia de la historia o materialismo histórico la comprensión de las leyes

que determinan la existencia real de los hombres que viven en las sociedades. A partir de aquí, se levanta una teoría de la producción de las ideologías literarias como formas ideológicas radicalmente históricas, constituyendo su objeto de estudio, en el caso de la teoría aquí sustentada de Macherey, por ejemplo, los silencios y los límites de una ideología, es decir, el estudio no de los signos de cohesión sino el de las contradicciones materiales que la producen; o, en el caso de las posiciones de Juan Carlos Rodríguez, la articulación de la literatura con el nivel ideológico y la problematización de las lecturas formales e historicistas.

Por su parte, la sociocrítica, vía de estudio que, fundada sobre presupuestos materialistas, ha tratado de constituirse pluralmente como una suerte de sociología del texto y del sujeto cultural, no tiene otro objeto de conocimiento que el estudio del logos social *en* la obra, entendida como un complejo sociodiscursivo, objeto que, aunque precisado, no es negado por ninguna de las teorías de esta perspectiva, que se concibe a sí misma como no sociológica ni formalista. Ahora bien, si el texto ficcional constituye el fundamental eje de estudio de la sociocrítica, hay un grupo de teorías que, concibiendo la literatura como medio de comunicación e institución social y concibiéndose a sí mismas como una aportación a lo que pueda ser un estudio científico de la literatura, aun en estos tiempos de postoccidentalista episteme fronteriza, operan no con la noción de texto sino con la de sistema. Estas teorías, entre las que cabe referirse, sin que esto nos lleve a obviar sus diferencias, a la teoría empírica de

la literatura, a la teoría de los polisistemas, a la sociología de la institución literaria de Bourdieu e incluso a la semiótica de la cultura,

entienden la literatura como su sistema socio-cultural y un fenómeno de carácter comunicativo que se define de manera funcional, es decir, a través de las relaciones establecidas entre los factores interdependientes que conforman el sistema. Lejos de las concepciones idealistas y atemporales del arte y la literatura, se preocupan principalmente por describir y explicar cómo funcionan los textos en la sociedad, en situaciones reales y concretas. Por ello, en lugar de dedicarse a la interpretación de una serie de obras canónicas, atienden a las condiciones de la producción, distribución, consumo o institucionalización de los fenómenos literarios. (Iglesias, 1994: 310).

Aquí radica el objeto de conocimiento de este grupo de renovadoras teorías que echan sus raíces en el seno de los estudios literarios contemporáneos, al que, como queda dicho, se le suma el estudio de la literatura en tanto que institución social que representa desde la vía sociológica la teoría de Bourdieu, cuyo objeto teórico no es otro que el estudio de las condiciones sociales de la producción y la recepción literarias, fuera de todo esencialismo e inmanentismo, etcétera.

Hasta aquí, el tratamiento de la cuestión del objeto a propósito de los estudios sociológicos y sociales de la literatura, deudores en no poca medida de esa teoría del conocimiento que se establece sobre la lógica del sujeto y del objeto. No obstante, a la quiebra de la misma

anunciada desde los planteamientos del materialismo histórico, habría que añadirle la fuerte discusión a que está siendo sometida en el debate posmoderno, a lo que nos hemos referido al principio de estas páginas. Como consecuencia de ese debate, están apareciendo no sólo nuevos dominios de estudio ya masivos ya no canonizados, sino nuevos planteamientos respecto del propio objeto literatura y del nuevo lugar de la teoría, lo que está afectando a la discusión sobre el objeto de conocimiento, máxime cuando viene a operarse con una epistemología fronteriza que cuestiona el modelo de la ciencia con que se viene operando en el marco de las humanidades y ciencias sociales.

Tras estas consideraciones generales sobre los estudios sociológicos y sociales de la literatura, que dejan trazados metateóricamente los perfiles de una problemática de conocimiento de las prácticas literarias de indudable interés, gran complejidad y conveniencia —una suerte de corazón periférico sin el que ningún corazón central halla su real y concreta existencia— es hora de cerrar esta reflexión que, así lo espero, sirva para conocer el desarrollo de estas teorías, su indudable imbricación (cf. Cases, 1970; Garasa, 1973; Leenhardt, 1967 y 1982; Wahnón, 1991, entre otros) y, sobre todo, su virtualidad cognoscitiva, si es que nos acercamos a las mismas antes como instrumentos de pensamiento de virtual eficacia histórica y no en cuanto preciosos y raros fósiles del pensamiento social.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Acosta, L. A. (1989), "La sociología de la literatura", en *El lector y la obra (Teoría de la recepción literaria)*, Madrid, Gredos, pp. 29-53.
- Aguirre Romero, J. M^a (2002), "La incidencia de las Redes de comunicación en el Sistema literario", <http://ensayo.rom.uga.edu/critica/teoria/hipertexto/aguirre/>
- Albiac, G. *et alii* (1978), *Bibliografía sobre marxismo y revolución*, Madrid, Dédalo.
- Albuquerque, L. y Garrido Gallardo, M. A. (1991), "Literatura y sociedad", *Mil libros de teoría de la literatura*, Madrid, C. S. I. C., Instituto de Filología, pp. 56-80.
- Althusser, L. (1965), *La revolución teórica de Marx*, México, Siglo XXI, 1967; 1973^o.
- (1970), "Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado (Notas para una investigación)", en ALTHUSSER, L. (1974), *Escritos (1968-1970)*, Barcelona, Laia, 1975², pp. 107-172.
- Althusser, L. *et alii* (1965), *Para leer "El Capital"*, México, Siglo XXI, 1969.

- Ambrogio, I. (1975), *Ideologías y técnicas literarias* (Traducción y notas de Antonio Sánchez Trigueros), Madrid, Akal.
- Amoretti, M. (1992), *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Angenot, M. (1977), "A Select Bibliography of the Sociology of Literature", *Science Fiction Studies*, 13, pp. 295-308.
- (1991), "Frontera de los estudios literarios; ciencia de la literatura, ciencia del discurso", en MALCUZYNSKI, M. P. (ed.) (1991), *Sociocríticas. Prácticas textuales. Cultura de fronteras*, Amsterdam, Rodopi, pp. 145-152.
- Anthropos* (1985), "Estética. Estética y marxismo", núm. 52, pp. 37-44.
- (2002), "Editorial", núm. 196, pp. 3-17.
- Asensi, M. (1987), "Estudios literarios y ciencia", en ASENSI, M. (1987), *Teoría de la lectura (Para una crítica paradójica)*, Madrid, Hiperión, pp. 11-20.
- (2000), "Sobre una de las consecuencias del heterismo en la teoría literaria", *Prosopopeya. Revista de Crítica Contemporánea*, 2, otoño / invierno, pp. 141-159.
- Ayala, F. (1947), *Tratado de sociología*, Buenos Aires, Losada; Madrid, Aguilar, 1959, 1961², 1968³; Madrid, Espasa Calpe, 1984.
- (1996), *El escritor y el cine*, Madrid, Cátedra (edición ampliada hasta 1995).
- Bajtín, M. (1975), *Teoría y estética de la novela (Trabajos de investigación)*, Madrid, Taurus, 1989.
- (1979), *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982.
- Balibar, E. y Macherey, P. (1974), "Sobre la literatura como forma ideológica", en Azpitarte, J. M., (ed.) (1975), *Para una crítica del fetichismo literario*, Madrid, Akal, pp. 23-46.

- Beck, U. (1998), *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo. Respuestas a la globalización*, Barcelona, Paidós.
- Beltrán, M. (1991), *La realidad social*, Madrid, Tecnos.
- Beugnot, B. y Moreaux, J. M. (1982), "Littérature et sociologie", *Manuel bibliographique des études littéraires. Les bases de l'histoire littéraire. Les voies nouvelles de l'analyse critique*, Paris, Nathan, pp. 361-422.
- Bobes Naves, C. (1994), «La literatura, la ciencia de la literatura, la crítica de la razón literaria», en Villanueva, D. (coord.), *Curso de teoría de la literatura*, Madrid, Taurus, pp.19-45.
- Bois, G. (2003a), *Refusez la mondialisation ou soyez esclaves. Essai sur la mondialisation*, Paris, Éditions F-X. de Guibert; vers. esp.: *Una nueva servidumbre. Ensayo sobre la mundialización* (prólogo de Nicolás M.^a López Calera), Granada, Editorial Universidad de Granada-Servei de Publicacions de la Universitat de Valencia.
- (2003b), "A favor de una aproximación histórica a la mundialización", *Izquierda y Futuro*, 3, pp. 3-4.
- Borrás Castanyer, L. (2002), "Investigación en teoría de la literatura y tecnologías digitales", *Humanitas*, 2, 1-12.
- Bourdieu, P. (1984), "Le champ littéraire. Préalables critiques et principes de méthode", *Lendemains*, 36, pp. 5-20.
- (1992), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 1995.
- Brihuega, J. (1996), "Arte y sociedad. Genealogía de un parámetro fundamental", en Bozal, V. (ed.) (1996), *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, Madrid, Visor, vol 2, pp. 109-126.
- Bueno, G. (1977), "Cuestiones sobre Teoría y Praxis", en Balibar, E. et alii (1977), *Teoría y Praxis*, Valencia, Fernando Torres, pp. 45-72.

- Bunge, M. (1985), *Seudociencia e ideología*, Madrid, Alianza.
- Cabrera, M. A. (2001), *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra.
- Casas, A. (2002), “Século XX: os paradigmas sociolóxico, marxista e sistémico”, *Boletín Galego de Literatura*, 26, 2º Semestre, 2001 (“Bibliografía sistemática de Teoría Literaria”), pp. 46-49.
- Cases, G. (1970), “La crítica sociológica”, en Corti, M. y Segre, C. (1970), *I metodi attuali della critica in Italia*, Turín, ERI/Edizioni RAI, pp. 22-40.
- Castellet, J. M. (1976), “Guión para una configuración histórica de la crítica sociológica”, en *Literatura, ideología, política*, Barcelona, Anagrama, pp. 157-163.
- Castells, M. (2003), “La dimensión cultural de internet”, <http://www.uoc.edu/culturaxxi/esp/articles/castells0502/castells0502.html>
- Castoriadis, C. (2002), *La insignificancia y la imaginación. Diálogos*, Madrid, Trotta.
- Celaya, G. (1980), *Memorias inmemoriales* (edición de Gustavo Domínguez), Madrid, Cátedra.
- Cerezo Galán, P. (2003), *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*, Madrid, Biblioteca Nueva-Universidad de Granada.
- Chicharro, A. (1987), *Literatura y saber*, Sevilla, Alfar.
- (1989), *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (Prólogo de Antonio Sánchez Trigueros), Granada, Universidad de Granada.
- (1994), “Teoría de la crítica sociológica”, en Aullón de Haro, P. (ed.) (1994), *Teoría de la crítica literaria*, Madrid, Trotta, pp. 387-453.
- (1996a), “El espacio de la sociología literaria: Cuestiones epistemológicas”, en Sánchez Trigueros, A. (dir.)

- (1996), *Sociología de la literatura*, Madrid, Síntesis, pp. 11-24.
- (1996b), “La ciencia de la literatura”, en Hernández Guerrero, J. A. (coord.), *Manual de Teoría de la Literatura*, Sevilla, Algaida, 1996, pp. 121-137.
- (1997), *De un dulce sentimiento de origen en Gabriel Celaya*, Torredonjimeno, Ayuntamiento de Torredonjimeno, Casa Municipal de Cultura, col. “Pliegos de Don Ximeno”, tercera entrega.
- (1998), *Ideologías literatúrológicas y significación (Estudio sobre teoría de la literatura y estética y pensamiento sociosemiótico)* (Prólogo de Edmond Cros), Montpellier, Centre d'études et de recherches sociocritiques, 1998, *Sociocriticism*, vol. XIV, 1.
- (2001), “Saber literario e historia: Algunas cuestiones de principio a la luz de la discusión actual acerca de los modelos objetivistas históricos”, en Vázquez Medel, M. A. y Acosta, A. (eds.) (2001), *La semiótica actual. Aportaciones del VI Simposio Internacional de la Asociación Andaluza de Semiótica (Sevilla, 28-31 de octubre de 1996)*, Sevilla, Alfar, pp. 149-155.
- (2002), “Atreverse a aprender y a enseñar Teoría de la Literatura”, *Extramuros*, 25, Año VII, marzo, pp. 7-8.
- (2004), “Para una historia del saber literario (Notas de una investigación historiográfica en marcha)”, *Revue Romane*, 39-1, pp. 115-131.
- Cros, E. (1986), *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos.
- (1997), *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor, 1997; Montpellier, C.E.R.S., 2002, segunda edición corregida y aumentada.
- Cruz, M. (1991), *Filosofía de la historia (el debate sobre el historicismo y otros problemas mayores)*, Barcelona, Paidós.
- (2002), *Filosofía contemporánea*, Madrid, Taurus.

- Culler, J. (1988), "El futuro de las humanidades", en Sullá, E. (ed.) (1988), *El canon literario*, Madrid, ArcoLibros, pp. 139-160.
- Dehesa, G. de la (2000), *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza.
- Delany, P. y Landow, G. P. (eds.) (1991), *Hypermedia and Literary Studies*, Cambridge, Mass.: M. I. T. Press.
- Dubois, J. (1970), "Hacia una crítica literaria sociológica", en Escarpit, R. (dir.) (1970), *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 57-78.
- "Vers une théorie de l'institution", en Duchet, C. (ed.) (1979), *Sociocritique*, Paris, Nathan, pp. 159-171.
- (1987), "Sociocritique", en Delcroix, M. et Hallyn, F. (eds.) (1987), *Méthodes du texte. Introduction aux études littéraires*, Paris - Louvain-la-Neuve, 1990, deuxième tirage, pp. 288-313.
- Dufrenne, M. y Knapp, V., (eds.) (1978), *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales. 3. Arte y Estética*, Madrid, Tecnos-Unesco, 1982.
- Eagleton, T. (1983), *Una introducción a la teoría literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Eco, U. (1972), *La definición del arte*, Martínez Roca, 2ª edición.
- Escarpit, R. (1958), *Sociología de la literatura*, Barcelona, Oikos-Tau, 1971.
- (1970), "Lo literario y lo social", en Escarpit, R. (dir.) (1970), *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 11-43.
- Escarpit, R. (ed.) (1970), "Bibliographie", *Le littéraire et le social. Éléments pour une sociologie de la littérature*, Paris, Flammarion, 1970 (trad. Esp.: *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 303-313).
- Fernández-Rañada, A. (2002), "La ciencia en la cultura", *Revista de Occidente*, 249, febrero, pp. 5-28.

- Ferreras, J. I. (1980), *Fundamentos de sociología de la literatura*, Madrid, Cátedra.
- Fokkema, D. W. y Ibsch, E. (1981), "Teorías marxistas de la literatura", *Teorías de la literatura del siglo XX*, Madrid, Cátedra, pp. 103-163.
- Fontana, J. (1982), *Historia (Análisis del pasado y proyecto social)*, Barcelona, Grijalbo.
- Garasa, D. L. (1973), *Literatura y sociología*, Buenos Aires, Troquel.
- García, M. A. (2002), "Marxismo y literatura. Sobre los modos de producción teórica", *Elvira. Revista de Estudios Filológicos*, Año II, 4, pp. 31-45.
- García Berrio, A. (1989), "Sobre el estatuto científico de la teoría literaria", en *Teoría de la literatura (La construcción del significado poético)*, Madrid, Cátedra, 1994², pp. 21-67.
- Gardes-Tamine, J. y Hubert, M-C. (1996), *Dictionnaire de critique littéraire*, Paris, Armand Colin.
- Garrido Gallardo, M. A. (1996), *Crítica literaria. La doctrina de Lucien Goldmann*, Madrid, Rialp.
- Giner, S. (1986), *Sociología*, Barcelona, Península, segunda edición.
- Godzich, W. (1998), *Teoría literaria y crítica de la cultura*, Madrid, Cátedra.
- Goldmann, L. et alii (1964), *Literatura y sociedad. Problemas de metodología en sociología de la literatura*, Barcelona, Martínez Roca, 1971².
- González, C. (1982), *Función de la teoría en los estudios literarios*, México, U.N.A.M.
- González de Ávila, M. (1997), "Sobre ciencia y verdad en el estudio crítico de los signos", *Discurso*, 11, pp. 35-49.
- Guillén, C. (2001), *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén.

- Gutiérrez Girardot, R. (1968), "Los problemas de la sociología de la literatura", *Ínsula*, 257.
- Iglesias Santos, M. (1994), "El sistema literario: teoría empírica y teoría de los polisistemas", en Villanueva, D. (comp.) (1994), *Avances en teoría de la literatura (Estética de la recepción, pragmática, teoría empírica y teoría de los polisistemas)*, Santiago de Compostela, Universidade, pp. 309-356.
- Jameson, F. (1981), *Documentos de la cultura, documentos de la barbarie. La narrativa como acto socialmente simbólico*, Madrid, Visor, 1989.
- Kuentz, P. (1979), "Le texte littéraire et ses institutions", en DUCHET, C. (ed.) (1979), *Sociocritique*, Paris, Nathan, pp. 205-214.
- Kuhn, T. S. (1962), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, F.C.E., 1971.
- Lacan, J. (1966), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 1971.
- Landow, G. P. (1992), *Hipertexto. La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*, Barcelona, Paidós, 1995.
- Landow, G. P. (ed.) (1994), *Teoría del hipertexto*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Leenhardt, J. (1967), "La sociología de la literatura: algunas etapas de su historia", en Goldmann, L. *et alii* (1971), *Sociología de la creación literaria*, Buenos Aires, pp. 45-71.
- (1982), "La aproximación sociológica", en Dufrenne, M. y Knapp, V., (eds.) (1978), *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales. 3. Arte y Estética*, Madrid, Tecnos-Unesco, 1982, p. 139 ss.
- Libros sobre Literatura y Sociedad* (edición realizada con motivo de las II Jornadas de sociología de la Literatura) (1983), Madrid, I. N. L. E. - Ministerio de Cultura.
- Link, J. (1997), "La réunification allemande comme événement symbolique. À propos de quelques caractéristiques

- du symbolisme collectif moderne”, en Carcaud-Macaire, M. (ed.) (1997), *Questionnement des formes. Questionnements du sens. Pour Edmond Cros*, Montpellier, C.E.R.S., t. 1, pp. 121-131.
- Llovet, J. (2002), “La teoría literaria como desafío a la filología”, en Martínez Fernández, J. E. *et alii* (eds), *Estudios de literatura comparada: norte y sur, la sátira, transferencia y recepción de géneros y formas textuales*, León, Universidad de León-Sociedad Española de Literatura General y Comparada, pp. 59-75.
- Ludz, P. (1966), “Marxismo y literatura. Introducción crítica a la obra de György Lukács”, en Lukács, G., *Sociología de la literatura*, Barcelona, Península, 1989⁴, pp. 15-61.
- (1966), “Bibliografía”, en Lukács, G., *Sociología de la literatura*, Barcelona, Península, 1989⁴, pp. 481-505.
- Luzi, A. (1998/1999), “Perspectivas actuales del método sociológico: lo literario y lo social”, *Discurso*, 12/13, pp. 89-102.
- Lyotard, J-F. (1978), *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1984.
- Mainer, J-C. (1973), “Sociología de la literatura en España”, *Sistema*, núm. 1, septiembre, pp. 69-80.
- Marchán Fiz, S. (1971), “Introducción” a Mukarovsky, J. (1971), *Arte y Semiología*, Madrid, Alberto Corazón.
- Marcos Marín, F. (1994), *Informática y humanidades*, Madrid, Gredos.
- Mardones, J. L. (1991), *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*, Barcelona, Anthropos.
- Martínez Fernández, J. E. (2001), *La intertextualidad literaria (Base teórica y práctica intertextual)*, Madrid, Cátedra.
- Maurel, A. (1997), *La critique*, Paris, Hachette.

- Matamoro, B. (1980), *Saber y literatura (Por una epistemología de la crítica literaria)*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- Méndez Rubio, A. (1997), "Hacia una caracterización política de las culturas", en Cáceres Manuel (ed.), *En la esfera semiótica lotmaniana. Estudios en honor de Iuri Mijáilovich Lotman*, Valencia, Ediciones Episteme, 1997, pp. 208-222.
- Mignolo, W. D. (1978), *Para una teoría del texto literario*, Barcelona, Crítica.
- (1983), "Comprensión hermenéutica y comprensión teórica", *Revista de Literatura*, XLV, 90, pp. 5-38.
- (1986), *Teoría del texto e interpretación de textos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Miller, J. H. (1999), "¿Sobrevivirán los estudios literarios a la globalización de la universidad y al nuevo régimen de las telecomunicaciones?", *Prosopopeya. Revista de Crítica Contemporánea*, 1, otoño / invierno, pp. 71-90.
- Morawski, S. (1974), *Fundamentos de estética*, Barcelona, Península, 1977.
- (1977), *Reflexiones sobre estética marxista*, México, Ed. Era.
- Moya, C. (1970), "El positivismo y los orígenes de la sociología", en *Sociólogos y sociología*, Madrid, Siglo XXI, pp. 13-47.
- (1992), "Límites de la sociología", *Claves*, núm. 25, septiembre, pp. 41-47.
- Nebreda, J. J. (2003), *La disolución del sujeto moderno o La fábula del mundo verdadero*, Granada, Universidad de Granada.
- Nedoshivin, G. A (1960), "La estética marxista-leninista como ciencia", en Sánchez Vázquez, A. (ed.) (1970), *Estética y marxismo*, México, Era, I, pp. 97-112.

- Orecchioni, P. (1970), "Hacia una historia sociológica de la literatura", en Escarpit, R. *et alii*. (1970), *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, pp. 45-56.
- Pizarro, N. (1979), *Metodología sociológica y teoría lingüística*, Madrid, Alberto Corazón.
- Pospelov, G. N. (1971), "Literatura y sociología", en Goldmann, L. *et alii* (1971), *Sociología de la creación literaria*, Buenos Aires, Nueva Visión. pp. 73-96.
- Pozuelo Yvancos, J. M. (1988), *Teoría del lenguaje literario*, Madrid, Cátedra.
- (1999), "El conflicto de las Humanidades y la teoría literaria: Una retórica de la crisis", *Prosopopeya. Revista de Crítica Contemporánea*, 1, otoño / invierno, pp. 91-114.
- Prada Oropeza, R. (1999), *Literatura y realidad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Prosopopeya* (1999), "Concentración y dispersión de la teoría literaria", 1, otoño / invierno, pp. 3-5.
- Pulido Tirado, G. (2002), "Revolución tecnológica y literatura: repercusiones en el paradigma crítico y en el canon literario", *Humanitas*, 2, pp. 75-92.
- (2003), "La literatura en la sociedad postindustrial: El impacto de la revolución tecnológica", *Sociocriticism*, XVIII-1, pp. 121-151.
- Reis, C. (1981), *Fundamentos y técnicas del análisis literario*, Madrid, Gredos.
- Riezu, J. (1978), *Para una teoría sociológica de lo literario*, Granada, S/E.
- Rioja, A. (2002), "Ciencia y cultura: una aproximación crítica", *Revista de Occidente*, 249, febrero, pp. 29-51.
- Rodríguez, J. C. (1974), *Teoría e historia de la producción ideológica. I. Las primeras literaturas burguesas (siglo XVI)*, Madrid, Akal.

- (1985), *La norma literaria*, Granada, Diputación Provincial; Madrid, Debate, 2001.
- (1994), “¿Sociologismo o literatura? Para una crítica del sociologismo crítico”, en *La literatura del pobre*, Granada, Comares, pp. 50-63.
- (2000), “La alegoría, lo grotesco y el distanciamiento como claves para una alternativa literaria (En torno a las teorías literarias contemporáneas)”, *Cuadernos de Filología Italiana*, 7, pp. 177-191.
- (2002), *De qué hablamos cuando hablamos de literatura. Las formas del discurso*, Granada, Comares.
- Rodríguez Puértolas, J. (1984), “La crítica literaria marxista”, en Aullón de Haro, P. (coord.) (1984), *Introducción a la crítica literaria actual*, Madrid, Playor, pp. 209-250.
- Romera Castillo, J. et alii (1997), *Literatura y multimedia*, Madrid, Visor.
- Salas Romo, E. A. (2002), “Reflexiones sobre el reto de las humanidades ante las nuevas tecnologías”, *Humanitas*, 2, pp. 93-102.
- Saldaña, A. (1994-1995), “Postmodernidad: *Todo vale*, aunque de nada sirva”, *Tropelías*, 5/6, pp. 349-369.
- (1998), “Luces y sombras de la razón moderna”, Blesa, T. (ed.) (1998), *Mitos (Actas del VII Congreso Internacional de la Asociación Española de Semiótica*, vol. III, Zaragoza, AES-Tropelías, pp. 587-592.
- Salomon, N. (1974), “Algunos problemas de sociología de las literaturas de lengua española”, en Brotel, J.-F. y Salaün, S. (1974), *Creación y público en la literatura española*, Madrid, Castalia. pp. 15-39.
- Sánchez Capdequi, C. (1994), “La imaginación social. Aproximación teórica a la sociología de C. Castoriadis”, *Suplementos Anthropos*, 42, febrero, pp. 141-148.
- Sánchez Trigueros, A. (1996), “Historicidad de la teoría: Las raíces ideológicas de Vladimir Propp (Una propuesta de investigación)”, en *Philologica (Homenaje*

- al Profesor Ricardo Senabre), Cáceres, Universidad de Extremadura, pp. 505-514.
- (1999), “Aproximación a la génesis histórica de la noción de sujeto literario”, en MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, José Enrique (Coord.), *Trilcedumbre. Homenaje al profesor Francisco Martínez García*, León, Universidad de León, 1999, pp. 455-480.
- Sánchez Trigueros, A. (dir.) (1996), *Sociología de la literatura*, Madrid, Síntesis, 1996.
- Sánchez Vázquez, A. (1965), *Las ideas estéticas de Marx*, México, Era.
- (1985), “Mi obra filosófica”, *Anthropos*, 52, agosto, pp. 7-9.
- (1993), “Estética y modernidad”, en *Estética y modernidad. Actas del XII Congreso Internacional de Estética*, Madrid, Instituto de Teoría Estética y Teoría de las Artes, pp. 63-70.
- Sánchez Vázquez, A. (ed.) (1970), *Estética y marxismo*, 2 vols. México, Era.
- Sánchez-Mesa Martínez, D. (ed.) (2004), *Literatura y cibercultura*, Madrid, ArcoLibros.
- Schmidt, S. J. (1980), *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura (El ámbito de actuación social LITERATURA)*. Madrid, Taurus, 1990.
- Senabre, R. (1994), “Filología y ciencia de la literatura”, en Villanueva, D. (coord.) (1994), *Curso de teoría de la literatura*, Madrid, Taurus, pp. 47-68.
- (2000), “La novela, entre dos siglos”, *Prosopopeya. Revista de Crítica Contemporánea*, 2, otoño / invierno, pp. 7-19.
- Talens, J. (1994), “El lugar de la teoría de la literatura en la era del lenguaje electrónico”, en Villanueva, D. (coord.) (1994), *Curso de teoría de la literatura*, Madrid, Taurus, pp. 129-143.

- Uspenski, B. A. (1993), "La historia y la semiótica (La percepción del tiempo como problema semiótico)" *Discurso*, 8, pp. 47-89.
- Valles Calatrava, J. R. (dir.) (2002), *Diccionario de teoría de la narrativa*, Salobreña, Alhulia.
- Vázquez Medel, M. A. (1987), "La semiosis estética en los textos literarios", *Discurso*, 1, pp. 113-122.
- (1999), *Mujer, Ecología y Comunicación en el nuevo horizonte planetario*, Sevilla, Mergablum Edición y Comunicación.
- Vericat, J. (1977), "Teoría y Praxis en las ciencias sociales", en Balibar, E. *et alii* (1977), *Teoría y Praxis*, Valencia, Fernando Torres, pp. 141-165.
- Villanueva, D. (1991), "Posibilidades y límites de los estudios literarios", en *El polen de ideas (Teoría, crítica, historia y literatura comparada)*, Barcelona, PPU, pp. 15-46.
- Wahnón, S. (1991), *Introducción a la historia de las teorías literarias*, Granada, Universidad de Granada.
- Wellek, R. (1969), *Historia de la crítica moderna (1750-1950). I. La segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Gredos.
- Wellek R. y Warren, A. (1948), "Literatura y sociedad", en *Teoría literaria*, Madrid, Gredos, 1969 (reimpr.), pp. 112-131.
- Williams, R. (1968), *Cultura e rivoluzione industriale*, Torino, Einaudi.
- Zalamanski, H. (1970), "El estudio de los contenidos, etapa fundamental de una sociología de la literatura contemporánea". en Escarpit, R. *et alii* (1970), *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 119-129.
- Zavala, I. M. (1991), "Hacia una poética social: Bajtin, hoy", en *La posmodernidad y Mijai Bajtin. Una poética dialógica*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 99-121.

Zima, P. (1985), *Manuel de sociocritique*, Paris, Picard Éditeur; Paris, L'Harmattan, 2000.

Zweig, S. (2001), *Castellio contra Calvino. Convivencia contra violencia*, Barcelona, El Acantilado.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO PRIMERO: UNA MIRADA AL PRESENTE DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y AL FENÓMENO DE LA MUNDIALIZACIÓN.....	
Mundialización, razón disciplinar y razón histórica.....	21
Estado de comprensión, tiempo presente y experiencia del sin sentido.....	38
Una aclaración sobre los estudios literarios de nuestro tiempo, la ideología y la ciencia.....	48
Situación histórica y estudios literarios.....	55
CAPÍTULO SEGUNDO: LOS ESTUDIOS SOCIOLÓGICOS Y SOCIALES DE LA LITERATURA EN EL SENO DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS.....	
Los estudios sociológicos y sociales de la literatura o el corazón periférico.....	71
Los estudios sociológicos y sociales de la literatura y la estética.....	87

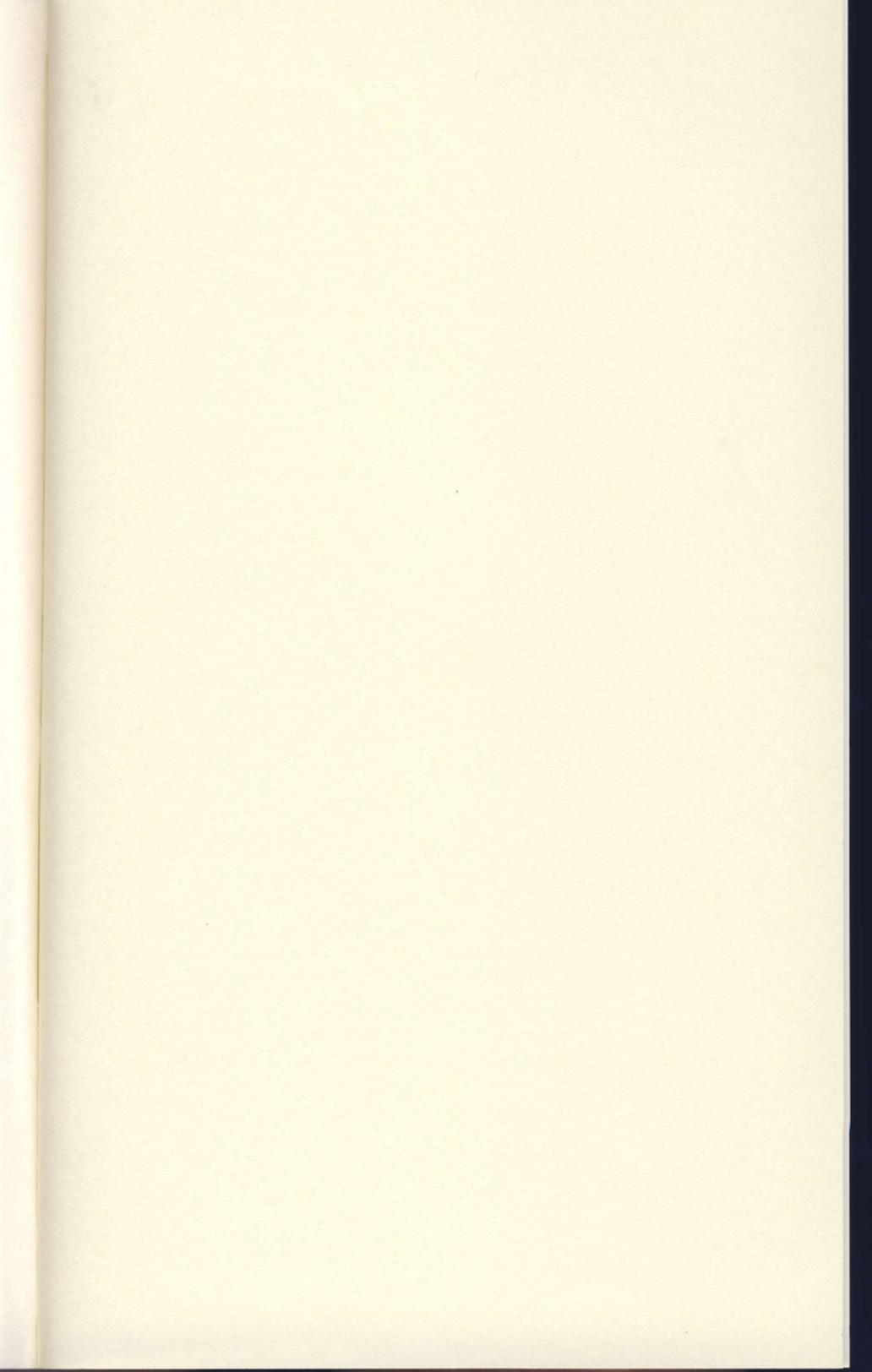
- Wallerstein, I. (1985), *El sistema mundial: un análisis del desarrollo de las sociedades modernas desde 1500*, Barcelona, Labor.
- Zweig, S. (2001), *Castillo contra Calvario*, Editorial Valles Calientes, Barcelona.
- (1988), *La narrativa*, Salobreña, Alhulia.
- Vázquez Medel, M. A. (1987), "La semiótica estética en los textos literarios", *Discurso*, 1, pp. 113-132.
- (1999), *Mujer, Ecología y Comunicación en el nuevo horizonte planetario*, Sevilla, Mergabium Edición y Comunicación.
- Vericat, J. (1977), "Teoría y Praxis en las ciencias sociales", en Balibar, E. et alii (1977), *Teoría y Praxis*, Valencia, Fernando Torres, pp. 141-165.
- Villanueva, D. (1991), "Posibilidades y límites de los estudios literarios", en *El polen de ideas (Teoría, crítica, historia y literatura comparada)*, Barcelona, PPU, pp. 15-46.
- Wehnón, S. (1991), *Introducción a la historia de las teorías literarias*, Granada, Universidad de Granada.
- Wellek, R. (1969), *Historia de la crítica moderna (1750-1950). I. La segunda mitad del siglo XVIII*, Madrid, Gredos.
- Wellek, R. y Warren, A. (1948), "Literatura y sociedad", en *Teoría literaria*, Madrid, Gredos, 1969 (reimpr.), pp. 112-131.
- Williams, R. (1968), *Cultura e rivoluzione industriale*, Torino, Einaudi.
- Zalamanski, H. (1970), "El estudio de los contenidos, etapa fundamental de una sociología de la literatura contemporánea", en Escarpit, R. et alii (1970), *Hacia una sociología del hecho literario*, Madrid, Edicusa, 1974, pp. 119-129.
- Zavata, I. M. (1991), "Hacia una poética social: Bajtin, hoy", en *La posmodernidad y Mijail Bajtin. Una poética dialógica*, Madrid, Espasa Calpe, pp. 99-121.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO PRIMERO: UNA MIRADA AL PRESENTE DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y AL FENÓ- MENO DE LA MUNDIALIZACIÓN.....	
Mundialización, razón disciplinar y razón histórica .	21
Estado de comprensión, tiempo presente y expe- riencia del sinsentido	38
Una aclaración sobre los estudios literarios de nuestro tiempo, la ideología y la ciencia	48
Situación histórica y estudios literarios	55
CAPÍTULO SEGUNDO: LOS ESTUDIOS SOCIOLÓ- GICOS Y SOCIALES DE LA LITERATURA EN EL SENO DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS	
Los estudios sociológicos y sociales de la literatura o el corazón periférico.....	71
Los estudios sociológicos y sociales de la literatura y la estética.....	87

Aspectos fundamentales del paradigma sociológico de los estudios literarios	100
CAPÍTULO TERCERO: DEL DOMINIO Y OBJETO DE CONOCIMIENTO DE LOS ESTUDIOS SOCIOLÓ- GICOS Y SOCIALES DE LA LITERATURA	
Literatura y sociedad: notas sobre un dominio de estudio y su concepto	125
Los estudios sociológicos y sociales de la literatura y su objeto de conocimiento	136
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	151





El corazón periférico (Sobre el estudio de literatura y sociedad) pretende servir de introducción al estudio de las perspectivas teóricas sociológicas y sociales que nutren los estudios literarios, si bien centrándose en ciertos aspectos epistemológicos y algunas cuestiones de principio que este tan extenso como contradictorio horizonte de conocimiento de la literatura ofrece a la reflexión. El libro consta de tres breves capítulos. El primero es consecuencia de pensar las propias condiciones de la reflexión que se va a iniciar. Para ello, se ofrecen los resultados de una mirada al presente de los estudios literarios y, en él, al fenómeno de la mundialización. El segundo trata de dilucidar el *lugar* que ocupan los estudios sociológicos y sociales de la literatura en el seno de los estudios literarios, pronunciándose acerca del tipo y validez del conocimiento que los mismos ofrecen del fenómeno literario. Finalmente el tercer capítulo aborda la sustantiva cuestión del dominio y del objeto de conocimiento de los estudios en cuestión, ensayando un concepto de ese dominio enunciado operativamente con el sintagma "literatura y sociedad".



Biblioteca de Bolsillo

DIVULGATIVA COLLECTANEA LIMITANEA

Universidad de Granada

DIRECTOR: MANUEL GONZÁLEZ DE MOLINA

23

ISBN: 84-338-3633-1



9 788433 836335



Editorial Universidad de Granada

ANTONIO CHICHARRO, de la Academia de Buenas Letras de Granada, es Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Granada. Su investigación se centra en aspectos de teoría e historia del pensamiento literario en España, poética y poesía españolas contemporáneas y problemas literatrológicos, línea de trabajo en la que se inscribe el presente libro. Ha sido profesor visitante en las universidades de Copenhague y "Paul Valéry" de Montpellier. Aparte de sus ediciones de Antonio Machado, Dámaso Alonso, Gabriel Celaya y Antonio Carvajal, sobresalen sus libros *Literatura y saber* (1987), *La teoría y crítica literaria de Gabriel Celaya* (1989), *De una poética fieramente humana* (1997), *Ideologías literatrológicas y significación* (1998), *La aguja del navegante (Crítica y literatura del Sur)* (2002), *Aviso para navegantes (Crítica literaria y cultural)* (2004) y *Para una historia del pensamiento literario en España* (2004).